

LETRAS

ORGANO DE
LA FACULTAD
DE LETRAS
Y PEDAGOGIA





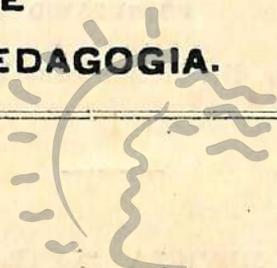
Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

31

LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

ORGANO DE LA
FACULTAD DE
LETRAS Y PEDAGOGIA.



Biblioteca de Letras
«Jorge Pucallpa Converso»



SEGUNDO CUATRIMESTRE
DE 1945

Facultad de Letras y Pedagogía

FACULTAD DE LETRAS Y PEDAGOGIA

DECANO

Sr. Dr. Pedro Dulanto.

DELEGADO DE LA FACULTAD ANTE EL CONSEJO UNIVERSITARIO

Sr. Dr. Luis Alberto Sánchez.

SECRETARIO

Sr. Dr. Héctor Lazo Torres.

REVISTA "LETRAS"

DIRECTOR

Biblioteca de Letras

Sr. Decano, Dr. Pedro Dulanto.

COMITE DE REDACCION

Sr. Dr. José Jiménez Borja.
Sección de Literatura.

Sr. Dr. Roberto Mac Lean y Estenós.
Sección de Pedagogía.

Sr. Dr. Julio A. Chiriboga.
Sección de Filosofía.

Sr. Dr. José M. Valega.
Sección de Historia.

SUMARIO

Itinerario de Manuel González Prada, por Augusto Tamayo Vargas.

Legislación y Realidad en la Epoca del Virreinato, por Carlos
Valcárcel.

Hacia una Filosofía de la Educación, por César Góngora Perea.

El Ortogonal en Tiawanaku, por Felipe Cossío del Pomar.

El empleo y desempleo en el área del Alto Huallaga, por Javier
Pulgar Vidal.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

SEMINARIO DE LETRAS

Francisco de Quevedo (1645-1945), por un grupo de alumnos del
curso de Autores Selectos de la Literatura Universal.

Libros y Folletos recibidos.

ACTIVIDADES DEL CLAUSTRO



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

358021

Itinerario de Manuel González Prada

La figura de Manuel González Prada ha sido detenidamente vista a través de sus múltiples y cada vez más sugestivos ángulos de ensayista, poeta, filósofo, político. A través de todos ellos ha quedado perennizado el "insatisfecho". No en la mera acepción frívola del vocablo, sino en la más alta y noble expresión. Buscador de la verdad, avizor de alguna meta siempre lejana, pero siempre deseable, Prada no se sació jamás en señalar el mal, ni en ahondar en la verdad; no se hartó —en su larga vida de apóstol— de tratar de conseguir fórmulas de adecuada confrontación del hombre con la Naturaleza, latiéndole, sin embargo, la angustiosa duda de no alcanzarlas jamás. Y, así, su obra fué una consumación de sus propias pasajeras verdades. Martirio: heroico y nunca bien reconocido martirio de este hombre de letras en persecución de una verdad inalcanzable. Martirio al que él hubiera sometido a todos los hombres si le fuera necesario y posible.

“Decirlo todo sin disfraz, ni velo,
decirlo sin empacho y sin rubor.
Y ¡que la plebe de las almas ruja!
¡Que haga el volcán de necios explosión!

Si una verdad guardara yo en mis manos
y esa verdad oscureciera el sol
y en un desierto convirtiera al mundo
¡Mis manos abriría yo!”

Esa fué la razón de sus contradicciones, de sus contrasentidos, de sus abandonos. Cada verdad se iba quemando entre sus dedos; y deleznable materia al fin, no servía ya para nuevas y concretas aspiraciones.

Las creencias que formaron su niñez: aristocracia, religión, eslabones de una concepción familiar conservadora, se esfumaron pronto bajo un agobiador raciocinio precoz ¡Cómo se irían derrumbando en sucesivos cataclismos de ideas! Y surgieron materiales puros, desprendidos de toda vieja raíz, al influjo de un disciplinado estudio, de una concienzuda indagación de los problemas fundamentales de la vida. Reaccionó contra las enseñanzas y contra el medio.

“Una sola cosa debemos a nuestros semejantes: la verdad; por lo demás siendo irrefregables como un axioma, podemos ser violentos como una tempestad”.

«Jorge Puccinelli Converso»

Y violento fué ante la injusticia de los maestros; violento en escaparse del Seminario; violento en no terminar su carrera de abogado por el caduco Derecho romano; violento en romper la tradición familiar de los González de Prada para ser simplemente G. Prada a los 20 años; violento contra la repetida copia de la literatura española en los países de América. En sucesivas violencias “meditadas”, en sucesivas destrucciones de verdades que no las sentía propias, trascurrieron los años juveniles. Pero cada rebeldía tiene un tributo que pagar. Al deshacerse de su mundo religioso, al romper una costra de ideas filosóficas, para seguir a Demócrito

en su construcción y destrucción de átomos, a Lucrecio en su exaltación de la materia, quedaron atormentando, sin salir a la superficie, las antiguas concepciones. De allí su ahondamiento en el estudio de la muerte. De allí su mal disimulada angustia. Tras un aparente dogmatismo surgía el poeta debatiéndose entre la muerte y la inmortalidad. Su razón lo llevaba al convencimiento de que sólo la ciencia podía abrirle el camino de la verdad, pero el subconciente, cargado de viejas pesadillas, lo transportaba a la inquietud artística y a la lacerante idea de que la vida no era sino una tragedia. Contra ella, contra el mundo de fantasmas, que sin duda lo atormentaban en las horas de recogimiento, González Prada levantó una barricada de ideas. Pero todas ellas llevaban palpitando la emoción de la lucha interior. Aceptó la vida como un hecho, como un fenómeno, pero tuvo palabras para decir que el hombre "puñado de polvo que la casualidad reúne y la casualidad dispersa" no tiene sino dos verdades: "la pesadilla amarga de la existencia y el hecho brutal de la muerte". Perdía la serenidad, la contemplación de la vida tranquila y jugosa que tenían los pensadores áticos; sentía que lo agujijoneaban recónditas intranquilidades y fortalecía un lenguaje plástico con las mismas contradicciones que bullían dentro. Brote magnífico fué, así, su poesía al lado de una prosa elocuente y rotunda.

Manuel González Prada y Ulloa había nacido en Lima, el 6 de enero de 1848 y a los 16 años componía ya su primera obra: una página teatral titulada "Amor y Pobreza". Traducía, por el mismo tiempo, "La Desgracia de los Nibelungos", que dejan en su tormentosa formación interior la fuerza de la pasión de Crimilda y el arrebatado noble de Sigfrido. Comienza la producción poética. Influencia primero de los románticos alemanes. Más tar-

de, de los románticos franceses. Son confidencias para consigo mismo; estudio de las formas ajenas al relato de los versificadores españoles: triolet, rondel, balada. Lo seduce la intimidad, el coloquio y recoge el momento becqueriano. El romanticismo está quebrándose. Heine representa un paso hacia el realismo, hacia la mueca criticista, junto a la armonía de un pequeño grupo de palabras. Manuel González Prada va siguiendo esta línea que lleva la poesía hacia el espíritu cientificista del positivismo, bajo los corrientes del perfeccionamiento parnasiano. En "El Correo del Perú", de Manuel Trinidad Pérez, se recogen algunos poemas de Prada, aún oscilante entre el romanticismo de los *lieder* y las nuevas manifestaciones parnasianas nacidas al calor de la literatura de Leconte de L'Isle. Por otra parte, el diario "El Nacional" recoge sus primeras lecciones duras de crítica política y social, aunándose a la tarea de algunos prominentes hombres de letras del Club Literario que estudian las nuevas manifestaciones filosóficas y la crisis del romanticismo. El siente cruzar hondo el tropel de ideas rebeldes. Y quiere, tal vez por ello, ver de cerca los resultados de un terremoto acaecido en Arequipa; palpar las consecuencias de las sacudidas violentas de la Naturaleza. También dentro de él la lava forjaba, entonces, su salida.

"El Parnaso Peruano" publicado por Cortéz en Valparaíso, en 1871, recogió algunos poemas de Manuel G. Prada con la siguiente glosa:

"Poeta por temperamento, ha escrito cuanto ha sentido y ha escrito para dar pábulo a su corazón, sin ir en busca del aura popular, sin lanzarse a la popularidad tras un aplauso o una felicitación. Esto explica la parsimonia con que ha dado a la publicidad sus producciones".

Y es que en realidad, Prada estaba pugnando por alcanzar contenido y forma. Pocos en el Perú se prepararon como él para una obra doctrinaria y literaria. Alcanzó un vasto conocimiento de literatos y pensadores orientales, europeos y americanos. Buscó, después, en la Ciencia la razón suprema de todo resultado. Fué, por eso, guía, conductor de una larga sucesión de generaciones literarias, que si bien no reconocían toda su dirección, en el fondo trataban de acompasar su tarea con las bases del pensamiento y de la acción de Prada. Los años pasados en el campo—ya en las cercanías de Lima, ya en Mala—sirvieron de amable retiro para sus estudios,—de viviente lección diaria—y le proporcionaron muchas horas para escribir con calma. Tuvo un contacto directo con el peonaje y también aquello sirvió para nuevos aguijones de la crítica. Y si la estancia fué marco de sus “Baladas Indígenas” fué, asimismo, campo de observación para su estudio “Nuestros Indios”. En esos años creció el demoledor al lado del poeta.

González Prada estuvo en la defensa del fuerte “El Pino” en la línea de Miraflores, cuando la Guerra del Pacífico trajo a nuestra tierra días de sangre y derrota. Ante la ocupación chilena, se mantuvo encerrado en su residencia, sin pisar la calle. De aquella época son sus sainetes y sus letrillas. Recordaba en el forzado encierro a Pardo y Aliaga paralítico. “Cuartos para hombres vacíos”, “Escenas Nocturnas”, “El Cometa de 1882”, “La máquina de volar”, “Chino, doctora y doctor”, “La Redención de la Mujer o la Dama de los Tomates”, “Mijiganga”, constituyen distracciones del escritor frente a lo duramente inevitable, frente a los desgarramientos de aquella hora de abatimiento, de pesar por la suerte de la nacionalidad herida. Ya barruntaba interiormente la necesidad de luchar por una reacción nacional. Nació el

acusador de los dirigentes de un país embarrancado, el predicador de una Patria desgarrada por las luchas intestinas y por la acción armada del vecino. Desde este momento es que Prada cobró relieve. Y se anticipa a la acción de los intelectuales españoles de la generación del 98. Como ellos está con lacerante herida abierta y lo mueven a la obra el “desastre nacional” y la preocupación por los males de la humanidad. Como ellos está dispuesto a trástocar las viejas formas literarias por otras nuevas. La literatura está acondicionada por el proceso histórico. Hay un “que hacer” fundamental en aquellos instantes. Para Grau tiene la primera palabra y en ella se columbra un pensamiento revanchista, similar al que mantenían los intelectuales franceses después del 70.

“El futuro monumento de Grau ostentará en su parte más encumbrada un coloso en ademán de extender el brazo derecho hacia los mares del Sur”.

A la vez está patente, y ya desde aquí siempre activa, la quemante crítica contra las clases dirigentes del país:

«Jorge Puccinelli Converso»

“En la guerra con Chile no sólo derramamos la sangre, exhibimos la lepra”.

Eso en cuanto al problema nacional en sí. En cuanto al problema literario, su artículo de Hugo define posiciones. Mantiene calor por Víctor Hugo —romántico, salvado del ataque parnasiano y realista— por haber pasado de la monarquía al liberalismo y de aquí a un sentimental socialismo de epidermis, que se traslucía en sus obras de acercamiento a los humildes y a los menesterosos. Prada lo ensalza con metáfora que recuerde a Choquehuanca:

“La figura ideal de Víctor Hugo irá creciendo en proporción a la distancia que la separe de nosotros”.

Con aquella pasión criticista y con la esperanza de una revolución literaria del país, es que Prada comienza su tarea en el “Círculo Literario”, donde anuncia la posibilidad de una literatura radical. La impetuosidad del “Sturm Und Drang” pre-romántico se transformó en él bajo los nuevos ideales del positivismo, que barnizó con dedicaciones científicas a todos los intelectuales. Muerto Márquez, el fundador de esa agrupación renovadora, Prada quedó como ganfalonero y se convirtió en el portavoz de todas las inquietudes de avanzada. Ya decíamos en un estudio sobre la novela realista en el Perú:

“En la resuelta y decidida corriente de la generación González Prada se encuentra el positivo paso de un nuevo Perú literario. La marca es grave y fecunda. Alrededor del combatido apóstol del “Círculo Literario” está la personificación de la cultura peruana de nuestra post-guerra”.

Y más adelante completábamos aquella frase con aquesta otra:

“Al referirme a su tiempo —al de Prada— tengo que señalar su decidida importancia y su innegable influencia. Gouyau, Menard, Nietzche se dejaron sentir a través de él. Y mantuvo el aliento de un Perú en crisis político e ideológico. Ya José de la Riva Agüero en su “Carácter de la Literatura Independiente” —que responde a otra época del autor— y especialmente el “Don Manuel” de Luis Alberto Sánchez” han presentado la recia y discutida personalidad de González Prada. En lacerante y destructiva frase mantuvo, desde

las brillantes horas del "Politeama", un estado especial de efervescencia que provocó el panfleto y la crítica de nuestra sociedad".

Dos fueron, así, sus nortes: la escuela científica y cultorana con su escuela de realismo, y la diatriba dentro del fenómeno político y social. Con respecto al primero, Prada decía: "Si un autor sale de su tiempo ha de ser para adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas y palabras muertas". Con respecto al segundo: "La guerra civil termina lo que la invasión empieza". Con estas dos orientaciones nació el Partido Radical de la Literatura que devino en verdadero partido político con la "Unión Nacional".

El año 1887 fué para Prada de muerte y resurgimiento. La muerte de la madre y el matrimonio con Adriana de Verneuil, compañera perenne, germen de muchas obras y de muchas horas tranquilas al lado de los gorriones, de los perros y de la neblina de la casa de Puerta Falsa del Teatro. Muerte e inmortalidad volvieron a zumbar una detrás de otra. Y después, nuevamente a la acción en medio de un mundo hostil.

«Jorge Puccinelli Converso»

Contra la muerte puso de contrapeso la acción:

"Muertos no son los que en la tumba fría
La paz disfrutan de envidiable calma
Muertos son los que tienen muerta el alma
y viven todavía.....

Era necesario demoler y a ello se concreta Prada. Su obra es eminente demoledora. En el Politeama desde aquel sonado 29 de julio de 1888; en el Círculo Literario, en "Germinal", "La Luz Eléctrica" y "El Bien Público"; a tra-

vés de la frase erudita, de la cita precisa, pero también a través del giro resonante, de la frase hecha estatua, al decir de Lora y Lora, de la pasión quemante, del fulgor de la metáfora; a través de todo ello, Prada demolió. Destruyó valientemente. "O combatientes o esclavos". Pero le faltó fé. Le faltó confianza en una organización tal o cual. No tenía sistema político. De allí la diferencia entre Prada y Mariátegui. Diferencia entre el desgarramiento de las contradicciones y la alegría de una fé por encima de los sufrimientos corporales. Prada, sin motivo aparente, luchaba con su escepticismo a cuestas. Mariátegui, con su doblegado organismo, supo apuntalar una esperanza y a ella se cogió.

Por eso cuando Prada no sabía si ser o no ser caudillo de las nuevas ideas; si seguir combatiendo peligrosamente sin llegar a una meta, o dejar el camino a los demás, es que decidió el viaje. Y allá en Europa tuvo felizmente admirable serenidad de sentirse estudiante con más de 40 años de vida y con una aureola política literaria sobre sí.

En París publica una recopilación de discursos y ensayos bajo el título de "Páginas Libres". Allí está su conferencia en el Ateneo, llena de enjundia crítica, con profundo conocimiento de la literatura europea, y con claras ideas sobre el porvenir de las letras en el Perú. También su discurso en el entierro de Márquez, donde está patente su dolorosa concepción de la vida, el transitorio y trágico destino del hombre. Está su aguerrida plataforma revanchista; su convicción laica; su devoción por Vigil; su admiración por Grau; sus ataques a Castelar y a Valera; su visión de Hugo; su ingreso en el mundo de la duda de Renán. Piedra angular de su talento literario está también su conocidísimo ensayo: "Notas acerca del idioma", clave de su lenguaje fuerte, den-

tro de un clasicismo que recuerda a Quevedo y de una rebeldía que se adelanta a los versos indianistas de Chocano.

“Aquí, en América y en nuestro siglo, necesitamos una lengua condensada, jugosa y alimenticia, como extracto de carne; una lengua fecunda, como riego en tierra de labor; una lengua que desenvuelva períodos con el estruendo y valentía de las olas en la playa; una lengua democrática que no se arredre con nombres propios, ni con frases crudas como juramento de soldado; una lengua, en fin, donde se perciba el golpe del martillo en el yunque, el estridor de la locomotora en el riel, la fulguración de la luz en el foco eléctrico y hasta el olor del ácido fénico, el humo de la chimenea o el chirrido de la polea en el eje”.

En su libro de poemas “Miniaturas”, que edita cariñosamente su esposa, 1901, se encuentra íntegramente al poeta. Entre las dos corrientes que se formaron como reacción contra el romanticismo: parnasianismo y simbolismo, Prada se declara parnasiano. Lo obsesiona la forma, lo deleita la utilidad de la ciencia aplicada al arte; no se pierde en la revolución de esencias que significa el sueño de Baudelaire o de Verlaine, a quien censura. Se adelanta sí, en lo formal, a ciertas modificaciones métricas del modernismo y es así precursor de él, por más que lo niegue Torres Rioseco. Precursor al igual que Martí, aunque fuera personalísimo en el estilo, o tal vez por ello mismo. Y antecesor del modernismo, se confunde una vez más con la generación de Unamuno y de Machado que en España hundió las manos de lleno en la corriente modernista.

“Muchas de las innovaciones métricas en Darío, Silva y Herrera Reissig—dice Sánchez— aparecen en los versos

inéditos de González Prada con fecha muy anterior a estos. Su ningún amor a la publicidad tiene no poca culpa de que no se le haya colocado aún en el sitio que le aguarda el Parnaso americano. Pero ese día amanece ya”.

Más que el sentido innovador, es de admirar en Prada la perfección del giro, el lenguaje siempre en permanente vivencia. Ya en un “rispetto”:

¡Felices de los muertos! Ya no miran
la luz traidora de unos claros ojos.
¡Felices de los muertos! Ya no aspiran
dulce veneno en unos labios rojos.
¡Felices de los muertos! Ya no sienten
voces que halagan y halagando mienten
¡Felices de los muertos! Ya no lloran
ni vanamente compasión imploran.
¡Felices de los muertos! Ya olvidaron
y de penar y combatir cesaron.

Ya en “Ritmo Soñado”, reproducción bárbara del metro alkmánico, como la tituló Prada:

“Sueño con ritmos domados al yugo de rígido acento,
libres del rudo carcán de la rima.
Ritmos sedosos que efloran la idea, cual plumas de un cisne
rozan el agua tranquila de un lago,
Ritmos que arrullen con fuentes y ríos y en Sol de apoteosis
vuelen con alas de nube y alondra.
Ritmos que encierran dulzor de panales, susurro de abejas,
fuego de auroras y nieve de ocasos.
Ritmos que en griego crisol atesoren sonrojos de virgen,
leche de lirios y sangre de rosas.

Ritmos, oh amada, que envuelvan tu pecho, cual lianas tupidas cubren de verdes cadenas al árbol”.

En los triolets, en las baladas—que hablan de su atracción por Heine—en todas ellas está presidiendo un acento sonoro, para ser entendido por todos, sin rodeos; “hablar simple y sencillo” como a Montaigne le gustaba; con la vehemencia que él pedía y que Prada relievra en su ensayo sobre el idioma, pero a la vez con una delicada nota de lirismo. En la poesía, como ya dijimos, refugiaba su hondura artística el panfletario.

Para el tiempo que se edita “Miniaturas”, Prada empapado de ideales anarquistas se acerca al elemento obrero. “La Unión Nacional”, su vieja agrupación radical, ha entrado en componendas políticas y él, ideólogo recalcitrante, se aleja de la acción para continuar sólo su prédica. “El Intelectual y el Obrero”, muestra claramente la nueva posición de Prada. Hay belleza al comenzar con aquellos versos que son una parábola de gañán y el poeta: “Tan fecunda tu labor como la mía; los granos de trigo alimentan el cuerpo, las canciones del poeta regocijan y nutren el alma”.

Bajo el ropaje universalista lo anima aún el revanchismo. En tanto llegue la desaparición de las fronteras hay que odiar al vencedor de la contienda del Pacífico, según él. Su espíritu anárquico se manifiesta a través de sentencias como aquella tan conocida de: “El soplo de rebeldía que remueve hoy a las multitudes viene de pensadores o solitarios”. No quería creer que, por el contrario, la acción cunde en las organizaciones, en la comunidad de ideales. Y cuando pensaba que estaba laborando por la sociedad estaba rumiando un revolucionario individualismo.

La acción demoleadora de Prada, la acción criticista, su

vibrante fuerza de combate están sintetizadas en "Horas de lucha" publicada en 1908. En sucesivos cuadros, llenos de imprecaciones, con el tremante eco del Apocalipsis, pero a la vez con bisturí de cirujano, Prada repasa a "nuestros conservadores"; a "nuestra aristocracia"; a los emigrantes; a los hombres de "nuestro periodismo", "mientras uno se acuesta montañés y se levanta girondino, el otro se duerme autocrático y se despierta anarquista"; a nuestros legisladores; a los hombres públicos que unas veces son para él "beduinos" y otras "ventrales". Viene a constituir esta obra, apasionado estudio de los más diferentes aspectos de la vida social y política. La reacción contra este libro fué grande. González Prada estaba ya acostumbrado a ver quemar su efigie.

Y volvió nuevamente sus ojos al artista que llevaba dentro. Siempre este flujo y reflujo. Publicó "Presbiterianas", en 1909, atacando la clerecía, pero poco después "Exóticas", en 1911, con la pregunta lacerante: ¿Adónde vamos?.....

El verso pulido, corregido una y más veces:

"Orgullo con las frentes orgullosas
bondad con las entrañas bondadosas:
esa la ley constante de mi vida;
sólo me inclino a recoger las rosas.

El poeta recordaba, en la figura, a Martí, señora gloria de una América en marcha.

Alrededor de Prada asomaban ya los hombres de Colonia. Los simbolistas del Perú con Eguren, con Enrique Bustamante y Ballivián. Preñados los ojos de nuevas formas, cargados de una efectiva esencia lírica: Valdelomar, Ureta. Nuevos pensadores: Zulen, Mariátegui. Y aunque apartados de él en ciertos aspectos, rondaban aún los viejos radicales.

Manuel González Prada resume los años de su vida como Bibliotecario. La Pasión por la cultura que había animado a todos los positivistas venía a constituir la base de toda acción política. Y González Prada quiere realizar parte de esa labor desde la Biblioteca. El pensamiento universal al alcance del pueblo. Años de pasiones encendidas, en los que Prada continúa siendo joven, inconforme, rebelde. Su artículo "Los Viejos" exhibe claramente su actitud permanente ante la vida. Y así murió el 22 de julio de 1918.

En 1922, Ventura García Calderón publicó en París una selección de sus "Minúsculas" y "Exóticas". Y en 1928, se reprodujo en Lima "Minúsculas". Se acentuaba en tonalidad poética. Luego vino una reproducción de "Horas de Lucha", en 1924; Luis Alberto Sánchez estudia con veneración al Maestro y ofrece "Don Manuel". Más tarde continúa inquietamente su labor de descubrir íntegramente a Prada y en Ercilla edita, en Chile, "Nuevas Páginas Libres", recolección de artículos, prólogos y ensayos, muchos de ellos inéditos. En el aspecto religioso: "Jesucristo y su doctrina", "Catolicismo y Ciencia", "Un rato de filosofía" . . . muestran nuevamente el tono racionalista, el encuadramiento de Prada dentro de la filosofía positivista del siglo XIX. Al lado de ellos está el estudio de "La Poesía", crítica que recuerda aquel estudio realista de la Carbonera publicado en "El Correo del Perú" bajo el mismo título de "La Poesía", pero con mayor vuelo, con indudable prestancia; también, un interesantísimo estudio sobre "El Verso de Nuevas Sílabas" y prólogos a la poesía de Mérida y de José Santos Chocano, llenos de la política radical de la Literatura que él delineara en el "Círculo Literario". En 1938 aparece en París, "Figuras y Figurones", con un prólogo de Rufino Blanco Fombona, el mismo vigoroso escritor venezolano que prologara la

edición de "Páginas Libres", hecha en Madrid en 1915. Y otra vez en el campo poético, se editan "Trozos de Vida" en París, "Baladas Peruanas", en Chile y "Grafitos" con prólogo de su hijo Alfredo González Prada también en la capital de Francia, en la misma imprenta de Louis Bellenand. Las "Baladas" muestran tendencia vernacular, sólo que Prada europeizante en su formación, nos ofrece un elemento indígena que recuerda los indios pintados por los artistas del siglo XIX. "Grafitos" es una interesantísima colección de poesía epigramática, con sabor indudable, con ironía manifiesta. Asoma el caluroso escepticismo de siempre:

"Dulce y feroz Naturaleza
ya bendecida, ya execrada,
si eres la madre que nos crea
eres el monstruo que nos mata.

Somos la ciega máquina impulsada
por viejos, ancestrales egoismos.
Al abraza a la mujer amada,
nos abrazamos a nosotros mismos.

«Jorge Puccinelli Converso»

"Pequeños poemas —dice Alfredo G. Prada— al capricho de la ocurrencia y con la espontaneidad con que las inscripciones, dibujos, caricaturas y garabatos aparecen trazados sobre los muros de los edificios antiguos".

Gracias a la tesonera labor de su hijo Alfredo y de la esposa, de éste prematuramente desaparecidos, se ha editado "Tonel de Diógenes", que muestra aspectos fragmentarios de la obra demoleadora de Prado.

Manuel González Prada "se caracterizaba por la disidencia y la insatisfacción", ha dicho Federico de Onís. Es esa la clave de la acción del ensayista. Contradictorio: era

intrínsecamente retraído, apolítico y aristocrático y aparecía conductor de multitudes, vibrante agitador. De la fé nacional, del revanchismo, vira hacia un anarquismo internacional donde mantiene invívita su palabra de condenación al agresor. Mañach explica sus contradicciones como resultado de un emotivo del racionalismo. Y añade:

“Mariátegui tuvo ya la perspicacia de advertir que estaba mucho más cerca del siglo XVII, es decir del racionalismo pre-romántico que del positivismo de su época, por más que de éste tomara acentos y actitudes”. “Teme la incertidumbre —ha manifestado también Mariátegui— y añadimos: señal de que la sentía dentro de sí”. Pero por otra parte, se ha señalado que se adelantó a su sino histórico y que “madrugó en exceso”. Prada, ante todo, cumplió su papel criticista, con una envergadura moral y una fuerza en el lenguaje, verdaderamente singulares.

“Sacrificando la sensibilidad estética al deber moral, lo individual a lo público, puso magisterio de austeridad y entereza y vivió y murió en desvelo constante oteando los caminos por donde hoy marcha la generación hija de su rebeldía”, concluye en su ensayo Mañach.

Y Manuel Beltroy resume los caracteres del escritor con esta frase:

“Discípulo de Renán y de Taine, alumno de Gracián y de Quevedo, al tiempo que aplica la ciencia histórica de los primeros y sutil crítica de los segundos al estudio y curación de nuestros males nacionales, renueva y reverdece la lengua y la literatura patrias. Y así descuella en el umbral de nuestro Novecientos con la noble severidad del sociólogo y la hermosura olímpica del poeta”.

Al recordar a Prada se relleva su innegable valentía en un medio donde la pusilanimidad es tradicional. El verdade-

ro patriotismo lo comprendió él, dentro del deber de señalar las llagas de nuestra sociedad, a fin de hacer una nación para nuestros hijos y no una recreación del pasado. Recuerda el escritor de este ensayo, con verdadera satisfacción, que ese valor de Prada como conductor de una generación que observó el Perú, que se ahondó en el Perú, fué defendido por él, al sustentar su tesis sobre la novela realista en nuestro país, que fué fruto de ese ahincamiento en la médula de nuestra nacionalidad. Prada derrumbó viejos mitos y le tocó a Mariátegui levantar nuevas creencias para una efectiva peruanización del Perú. Destrucción y construcción lógicas dentro del proceso de la historia.



AUGUSTO TAMAYO VARGAS.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»



Legislación y Realidad en la Época del Virreinato.

“acordamos y mandamos que las leyes en este libro contenidas y dadas para la buena gobernación y administración de justicia.... se guarden, cumplan, y ejecuten, y por ellas sean determinados todos los pleitos y negocios”.

CARLOS II

(Recopilación: Ley que declara la autoridad que han de tener las leyes de esta Recopilación).

Biblioteca de Letras
Jorge Puccinelli Converso

Las posesiones del Monarca español, estaban representadas por la Metrópoli y las “tierras de ultramar”. Teóricamente, un mismo espíritu informaba la legislación de los súbditos de España e Indias occidentales. Sin embargo, las claras diferencias reales del ambiente social y natural darían como resultado la presencia de leyes, normando la marcha de organismos especiales para el mejor gobierno de los territorios de allende los mares. Y aunque en todos los lugares de la monarquía se efectuaba un claro deslinde entre la jurisdicción temporal y espiritual, existía la particular recomendación de buscar, tesoneramente, las concordancia entre ambas, para la buena marcha de los negocios cotidianos.

El Rey era la suprema autoridad por derecho divino, inaccesible a la crítica de los hombres, y cuya potestad era transmitida a un sucesor directo (o indirecto) por voluntad del soberano. Rezaba la ley: "Como sobre todas las cosas del mundo los hombre deben tener y guardar lealmente al Rey, así son tenudas de la tener y guardar a su hijo o hija que después de él debe reynar". Como Señor de las Indias occidentales, mediante "donación de la Santa Sede apostólica y otros legítimos títulos", las declaraba expresamente sometidas a la corona de Castilla, con prohibición absoluta de enajenarlas en tiempo alguno. Y demostrando gobernar con paternal solicitud, recomendaba y mandaba, mediante reales cédulas, el tratamiento de súbditos para sus vasallos indígenas de América, tanto en lo referente al cuerpo cuanto a las cuestiones del espíritu y muy especialmente de la religión.

Con el objeto de lograr una efectiva inspección sobre el desempeño de los diferentes funcionarios políticos o administrativos, fueron instituidas las Visitas (que podían realizarse en cualquier momento) y las Residencias (que se efectuaban al término del empleo). Y en materia de gobierno espiritual, tenía, así mismo, participación directa en la designación de los cargos, mediante el Patronato. La Santa Sede daba consagración religiosa a los funcionarios eclesiásticos presentados por la Corona —quién cuidaba de remunerarlos.

Cuando termina la familia de los Habsburgo (con Carlos II) y sube al gobierno la de los Borbones (con Felipe V), se acentúa el centralismo administrativo y se afianzan las prerrogativas reales frente a la supremacía papal. Los bienes de la Iglesia eran obligados a tributar como si fuesen legos. Ningún papel enviado desde Roma podía circular

sin permiso real. El derecho de asilo y la inmunidad personal de los Clérigos sufrió limitaciones, y así sucesivamente.

Por debajo del Rey y asesorándolo, estaba su Consejo, organismo que en tiempos de Carlos III perdió gran parte de su antigua importancia, debido a la creación de la Junta de Estado. Específicamente, los negocios de América y Filipinas eran dirigidos por el Consejo Real de Indias — con asiento en la Corte. Había sido creado en 1524 “considerando los grandes beneficios de acrecentamiento y ampliación de los reinos y señoríos de nuestras Indias”. Este Consejo tenía jurisdicción suprema en América, dictaminando en todo negocio de ordenación y administración, examen de lo que había de firmar el Rey, consultas sobre leyes y provisiones. Cuidado principal, entre otros, era asegurar el humano tratamiento y la conversión de los naturales a la religión. Como garantía de buen gobierno, existía la prohibición que ninguno de los miembros tuviera encomienda, ni casase a sus hijos con quienes la poseyeran. Así mismo, se prohibía a los del Consejo recibir dádivas, préstamos o presentes.

Buscando el conocimiento exacto de las regiones conquistadas, para valorarlas en su importancia particular, se nombraba a un Cronista mayor y a un Cosmógrafo. El Cronista debía conservar el recuerdo de los hechos memorables y con ellos escribir una Historia —que se guardaba, publicándose únicamente lo grato a su Majestad. Y el Cosmógrafo, para que averiguase lo referente a las rutas de navegación, fenómenos astronómicos, redacción de tablas cosmográficas etc., exigiendo la ley que fuese Catedrático de Matemáticas.

Las amplias atribuciones del Consejo de Indias sufrieron algunas limitaciones cuando, en 1714, creaba Felipe V la Secretaría especial de Indias. Reinando su hijo Fernando VI se estableció el Departamento de Marina e Indias. Y un

año antes de la muerte de Carlos III, en 1787, se creaban dos Secretarías para las Indias —surgiendo nueva reforma en tiempos de Carlos IV.

El Rey estaba representado por un funcionario individual denominado Virrey. Durante el tiempo de la dominación española en América, se produjeron cambios en la extensión y número de los Virreynatos. Dos muy extensos en el siglo XVI: el de Nueva España o México al norte, y el del Perú o Lima al sur. Este sufría dos amputaciones en el siglo XVIII: primera, con la definitiva creación del Virreynato de Nueva Granada en 1739; después, con la erección del Virreynato de Buenos Aires en 1776. De manera que al finalizar la época del dominio español, existían tres extensos Virreynatos sobre el territorio de las culturas autóctonas de la América meridional.

Como el excesivo alejamiento de la Metrópoli impedía consultar al Monarca en asuntos de urgencia, los Virreyes de América vinieron a poseer mayor poder efectivo que el señalado por la ley. Tenía encargo real de proveer directamente todo lo que podía convenir a la buena marcha de la administración pública, ejerciendo la prerrogativa de perdonar los delitos y llenar los cargos vacantes con personas de "buena conciencia". Y para el mejor gobierno de los naturales, debían difundir el conocimiento de las ordenanzas referentes a su buen tratamiento y conversión. Por su parte, los Virreyes orientaban la marcha de los funcionarios mediante las Instrucciones. A diferencia del Rey, quién daba cuenta de sus actos solamente a la Divinidad, el Virrey era sometido a un juicio de Residencia, cuya duración no debía sobrepasar un semestre. Este juicio se aplicaba también a otros funcionarios menores, por ejemplo a los Corre-

gidores, para condenarlos o absolverlos de las acusaciones por los actos de su gobierno.

Al lado del Virrey, y en jerárquica subordinación, estaban las Audiencias. Eran tribunales de justicia, que a diferencia de sus similares europeas tuvieron efectivas atribuciones políticas. Los Oidores a su servicio llevaban prohibición de tratar, contratar, servirse de los indígenas u otras granjerías. Las Audiencias tenían especial recomendación de velar por el buen tratamiento de los Indios y solucionar a la brevedad sus pleitos. Con este objeto la Recopilación de 1680 nombra a los Protectores de indios, encargados de ayudarlos en sus litigios civiles o criminales. Y cuando surgían pleitos entre los naturales, el Protector debería buscar simplemente el estricto cumplimiento de la ley. Fueron protectores hombres tan ilustrados como el jurista, maestro universitario, Presidente de la Sociedad "Amantes del País", colaborador del "Mercurio Peruano", don José Javier Leandro Baquíjano y Carrillo, conde de Vistaflorida, "representativo de lo que en la nobleza limeña había de renovación ideológica". Además, la Recopilación ordenaba el nombramiento de Intérpretes con suficiencia y moralidad comprobadas, señalando el derecho de los indígenas a introducir una tercera persona, para que verificase si los traslados correspondían o no a lo que había declarado. Cuando la Audiencia se reunía en pleno bajo la presidencia del Virrey, recibía el nombre de Real Acuerdo. Los Oidores expresaban libremente sus opiniones. El Virrey escuchaba, quedando en libertad de seguir las o de rechazarlas, es decir que ninguna mayoría podía obligarlo a decidir contra su criterio personal.

Representando el poder del Estado en las ciudades, estaban los Corregidores. Los Corregimientos fueron estableci-

dos en América desde el siglo XVI, tanto para la mejor administración de las provincias cuanto para la adecuada recaudación de los Tributos — pagados en señal de vasallaje. Subordinados a la autoridad inmediata del Virrey, los Corregidores reunían los Tributos, que entregaban a los Oficiales de la Real hacienda, evitando todo trato con las Cajas de las Comunidades indígenas. Y para eliminar algún posible abuso, recomendaba la ley una vigilancia constante sobre las acciones de los Corregidores, especialmente respecto a la utilización y buen tratamiento de los indios. También se prohibía, en forma absoluta, que las mujeres trabajasen con el fin de pagar el tributo adeudado por los varones. Al término de su período, un obligatorio juicio de residencia decidía sobre el buen o mal gobierno del Corregidor.

Colaboraban en la recaudación de los Tributos los Caciques, escogidos entre los indios principales, y continuando generalmente con sus descendientes. Mandaba la ley que en los “cacicazgos sucedan los hijos a sus padres”, que los Caciques no fuesen mestizos y si alguno cayese bajo esta denominación debería ser cambiado de inmediato. Aunque con anterioridad aclaraba Solórzano, en su *Política Indiana*: “pero esto se debe entender de los Mestizos que no fueren descendientes de Caciques, porque si el Mestizo lo fuere no debe perder por serlo el Cacicazgo, que le viene por derecho de sangre, y esta ley dispone generalmente en Mestizos”.

Los hijos de los Caciques eran educados en Colegios especiales, con el fin de capacitarlos para sus funciones posteriores y adoctrinarlos en la religión, o como se decía: “que de ellos salgan instruidos en las cosas de nuestra sagrada religión y policía cristiana, y se ocupen o ejerciten en las obras de piedad compatibles con su edad y capacidad”. En Lima funcionaba el Colegio del Príncipe, fundado en 1619;

y en el Cusco, el Colegio de San Francisco de Borja, fundado en 1620. A sus claustros ingresaban únicamente, los que tenían derecho a la sucesión del cacicazgo.

Aunque la Recopilación de 1680 ordenaba que entre españoles e indios o entre estos últimos debería existir un comercio libre de trabas, quedando los naturales en absoluta libertad para construir sus mercados o "tiangués", en la provincias iba introduciéndose poco a poco la provechosa costumbre de efectuar *repartos mercantiles*. La nueva medida beneficiaba a los naturales, que en esta forma tendrían a su alcance mercancías de mucha necesidad y de difícil adquisición.

La Representación de la ciudad del Cusco en 1768, recuerda que en mérito de "Reales órdenes expedidas en 15 y 23 de Junio de 1751, se les permitió el comercio a los corregidores, y se formaron tarifas para cada provincia, señalando cantidad, calidad y precios de los efectos que se consideraban proporcionados, cautelándose con muchas conminaciones el exceso y la fuerza, que fué el punto esencial para el permiso, pues nunca pudiera concederse contra la libertad que se requiere en los contratos de compra y venta, tan expreso y declarado en las leyes que tratan de este punto".

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado estaban reguladas mediante concesiones mutuas. Los asuntos específicamente religiosos eran tratados por los Concilios —a los que podía asistir el Virrey en representación del Monarca. Existía una división territorial eclesiástica, paralela a la demarcación civil, comprendiendo arzobispados, obispados, curatos. En 1780 el Obispado del Cusco se extendía hasta las provincias de Lampa, Azángaro y Carabaya, que políticamente pertenecían al virreynato de Buenos Aires.

Los miembros del clero gozaban de privilegios especia-

les, estando divididos en regulares y seculares. Los primeros se agrupaban en Ordenes representadas entre otras por la de los Franciscanos o la de los Jesuitas. Permitía la ley desde 1588, que los mestizos y las mestizas pudiesen abrazar la carrera sacerdotal.

La enseñanza religiosa de los naturales era dada por los Doctrineros, retribuidos económicamente por los poseedores de indios encomendados. Debían conocer sus lenguas e iniciarlos en el idioma español, pues se consideraba que el idioma autóctono era insuficiente para dar a comprender los misterios de la religión. Con este fin se creó una Cátedra de "Lengua Indica" o Quechua en la Universidad Mayor de San Marcos, durante el gobierno del sexto virrey don Martín Henríquez. Inicialmente estuvo regentada por el presbítero don Alonso de Herrera, y luego por don Juan de Balboa — el primer peruano graduado en la Universidad. Ordenaba la ley erigir una Iglesia en cada pueblo de indios, dándoseles por una vez ornamento, cáliz con patena y una campana. A lado de los Doctrineros estaban los Misioneros, eclesiásticos abnegados que ganaban nuevos hombres y territorios a la civilización.

«Jorge Puccinelli Converso»

Con el objeto de velar por la pureza de la fe y conservación de las buenas costumbres, se estableció en tiempos del virrey Toledo el Tribunal de la Santa Inquisición. Los Inquisidores (que extendían sus pesquisas sin distinción de clases, sexos ni edades) carecían de jurisdicción sobre los Indios.

El sistema económico imperante en Europa, tenía como base la aceptación del monopolio. España lo usó hasta principios del siglo XIX, aunque a fines del siglo anterior daba término al exclusivismo comercial interno entre puertos como Sevilla o Cádiz y las colonias —por la pragmática de do-

ce de octubre de 1788. El antiguo sistema de flotas, en que los barcos mercantes eran escoltados por embarcaciones de la Armada real, fué modificado en 1735 mediante los llamados Navíos de aviso o barcos sueltos que poseían autorización para cargar mercaderías. (La restricción final al comercio fué rota, cuando el virrey de Buenos Aires, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, recibió una petición de dos comerciantes ingleses pidiendo se concediese permiso a su país —que por entonces apoyaba a los patriotas españoles contra el invasor Napoleón— para el desembarco y venta de mercancía. La indecisión primera se tornaba favorable al pedido, al presentar don Mariano Moreno la famosa “Representación de los Hacendados”, insistiendo sobre la inmediata libertad de comercio y la sin razón del monopolio. Y el seis de noviembre de 1809, resolvióse declarar abierto el puerto de Buenos Aires “al libre comercio de cualquier buque extranjero, de acuerdo a la reglamentación de los derechos aduaneros”).

La Hacienda pública, “nervio que da vigor al real del Estado”, tenía en la Casa de Contratación a la institución rectora del comercio de ultramar. Erigida por real cédula de catorce de febrero de 1503, tuvo su primitivo asiento en Sevilla hasta el siglo XVIII, en cuyo tiempo fué trasladada a Cádiz. (Antes de su creación, la marcha de los negocios de las Indias occidentales era dirigido por don Juan Rodríguez de Fonseca, Arcediano de Sevilla y Capellán de la reina Isabel). La Casa de Contratación fué el primer cuerpo administrativo, creado con la especial finalidad de orientar el movimiento comercial. Debía mantener estrecho contacto con aquellos funcionarios que pasaban a las Indias. Llamados generalmente Oficiales reales, ocupaban los cargos de Tesorero, Factor, Contador. Libros especiales, llevados con suma

escrupulosidad, servían para conocer la marcha del movimiento económico en toda su amplitud.

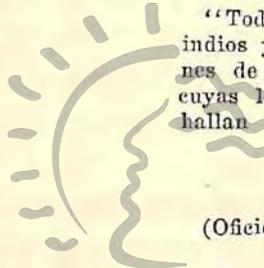
La Corona percibía como entradas los Tributos, Alcabalas, Quintos y otros impuestos. Las recaudaciones se depositaban en las Cajas reales, permaneciendo hasta el momento de su embarque a la Metrópoli. Con el objeto de facilitar la cobranza de los Tributos, los naturales fueron agrupados en Reducciones o pueblos en donde no debían residir individuos de otras razas.

En su calidad de vasallos del Rey, los Indios debían ser amparados por la justicia ordinaria y por la eclesiástica, pues “no pueden ser esclavos y son racionales”. La Recopilación de 1680 les permitía casarse libremente entre sí o con mestizos o con españoles, prohibiendo en absoluto su matrimonio con individuos de raza negra — y también llevar armas ofensivas o defensivas.

En los pueblos de Indios podían nombrarse uno o dos Alcaldes, con atribución de arrestar a los mestizos, pardos y negros hasta que llegase la justicia ordinaria. Procurando librarlos de la excesiva codicia de los peninsulares, se ordenaba de manera terminante y clara que no debían trabajar en Obrajes o Ingenios de azúcar, salvo que dichos lugares perteneciesen a los naturales. Como los primitivos “servicios personales” de los indios eran gratuitos, y se obtenía un menor rendimiento económico a la vez que se contradecía el espíritu de la ley con aquella velada esclavitud, se substituyó por la Mita o forma de trabajo obligatoria pero remunerada. Por último, velando por su conservación y aumento, declaraba la ley que ningún indio podría ser transportado a una región de clima diferente al de su origen. Muy particularmente es de notar como en la legislación española aparecen, de continuo, recomendaciones a las autoridades civiles y eclesiásti-

cas para que amparen a los aborígenes en sus vidas y haciendas y se les dé humano trato. Y tanto era el afán de mirar por su bienestar, que aún en los casos de rebelión armada aconseja la ley hacer medido uso de la fuerza, no extralimitarse en la represión.

De juris: la tendencia del Estado español era justa y humanamente generosa. Leal con los indígenas de las Indias occidentales, considerábalos como contribuyentes de la Corona, como súbditos menores y como miembros de la iglesia católica.



“Todo resultante contra los mismos indios y demás personas y disposiciones de los mismos reyes de España, cuyas leyes tengo por experiencia se hallan suprimidas y despreciadas”.

TUPAC AMARU
(Oficio al Cabildo del Cusco).

Las extensas prerrogativas de que estaban investidos los Virreyes en política, administración hacendaria y asuntos judiciales, daba lugar a que los Monarcas —recelosos siempre— y el Consejo de Indias vigilaran, estrechamente, la conducta de máximo representante colonial por intermedio de los funcionarios subalternos. Llegaban a España constantes noticias sobre la conducta de los Virreyes, enviada por los Oidores u otros, que aprovechaban mayormente de su pretendida adhesión al Rey para dar satisfacción a rencillas de índole personal.

Las Visitas y las Residencias, hechas con fines de supervigilancia estatal, no se ajustaban generalmente a lo que la ley señalaba, ya que los ejecutores o eran sobornados o eran negligentes, careciéndose de un escrupulosa investi-

gación de los actos del funcionario actuante o cesante. De esta manera, las merecidas sanciones quedaban burladas. Igual cosa ocurría con las Instrucciones de los Virreyes, pues el poco caso con que eran recibidas las convertía en letra muerta.

Premunidos de atribuciones que frecuentemente rebasaban las del propio Virrey, los Visitadores convirtiéronse en origen de nuevos rozamientos y sordas oposiciones, emanados de sus medidas inconsultas y precipitadas. Por último, el Virrey se encontraba en renovados conflictos de jurisdicción con los Prelados —celosos defensores de sus fueros. Comunmente se iniciaban por extralimitaciones u omisiones en el ceremonial de los actos públicos. Y hasta la efectiva subordinación al Rey tornábase nominal, cuando el poder de los favoritos era omnínodo en la Corte española.

Los graves Oidores dejaban frecuentes dudas acerca de su imparcial distribución de la justicia, puesto que, habiendo prohibición en contrario, adquirían demasiadas vinculaciones.

El trabajo obligatorio pero remunerado de la Mita, quedó cotidianamente desvirtuado debido a la avidez de ganancias de los peninsulares, convirtiéndose en algo contrario a los altos fines que la originaron. La Mita fué aplicada bajo cinco formas diferentes: de minas, de obrajes, de construcciones públicas y privadas (en la fundación de poblaciones), de servicios en las chacras y estancias (con excepción de ciertos productos), y finalmente de correos y transportes. Las más ruinosas para la salud corporal y espiritual de los indios, eran la mita de minas y la de obrajes. Esta afirmación se encuentra respaldada por las declaraciones de hombres tan ilustrados y de insospechada veracidad como el jurista Solórzano y Pereyra, quién clamaba reformas tanto en la manera de utilizar a los indios cuanto a la organización

del trabajo en la mina y en el obraje. Un documento de la época reza: "Y de esta suerte padecen infinitos agravios por las partes del Cuzco, donde al pasar y volver por los obrajes de Parapujio, Pichuichiro y Taray, robaban los presos, para mantenerse cuanto podían de los pasajeros, porque jamás les pagaban los jornales, pues todo se los engañaban los dueños de dichos obrajes". Y llegó a tal extremo el desacato a las leyes, que funcionarios peninsulares, como por ejemplo el Visitador Areche, declaraba: "la mita, según se practica en el Reyno, es a mi entender uno de los males que es fuerza cortar brevemente, si queremos población, civilidad y que se nos acerquen los Indios a lo que deben o pueden ser".

El cargo de Corregidor, puesto en frecuente subasta, daba como consecuencia que el nuevo funcionario tratase de efectuar un rápido reembolso del costo, y las necesarias ganancias. Al respecto apuntan don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa: "Cuando se dan estos empleos por beneficio como sucede ahora, haciéndole con el fin de sufragar a los gastos de guerra, no es posible encontrar en los sujetos tales circunstancias, porque en este caso no se puede atender a ellas tanto como cuando es el mérito solo de otros servicios el principal móvil de la gracia; y haciéndose la provisión por beneficio es lo mismo que condescender o consentir las extorsiones contra los indios; de modo que aunque las circunstancias de los sujetos sean mejores, es preciso que se perviertan, porque necesariamente el que se desposee de un caudal para conseguir uno de estos empleos, se hace la cuenta de que con el se ha de mantener el tiempo que la goza, ha de sacar libre la suma que dió por él, ha de añadir a ella el interés de su dinero, y últimamente ha de ganar lo proporcionado al trabajo de los cinco años que está empleado". Estos desconsiderados propósitos, implícitamente fomentados, encontra-

ban dos oportunidades nuevas y favorables: la cobranza de los Tributos y los Repartos mercantiles.

La recaudación de los Tributos estaba convertida en un vehículo de fraude, debido a la presencia de listas dobles. El padroncillo oficial mostraba que la recaudación era estrictamente legal. Sin embargo, el verdadero rol de las cobranzas efectuadas era conocida únicamente por el Corregidor. Allí estaban apuntados los dineros arrancados a las familias de los inválidos, de los locos y hasta de individuos que habían fallecido —quedando a los deudos el pago póstumo. Los menores de edad y los ancianos eran obligados así mismo, a rendir vasallaje económico, en abierta contradicción con la ley. Por último, dábase el caso frecuente de repetirse la cobranza a un mismo indio, por la negligencia de haber extrañado su comprobante de pago.

Los fines de colaboración práctica, origen de los *repartos* mercantiles, se transformaban en odiosísimo monopolio y en una fuente de lucro para los Corregidores. Ulloa y Juan afirmaban que realizados “con regularidad, como parece que se arregló en un principio, no perjudicaría, porque atendiendo a su mayor comodidad, y a que no careciesen de lo necesario para vestirse, para trabajar y para el trajín y comercio, se ordenó que los corregidores llevasen una cantidad de aquellos géneros que fuesen propios para cada corregimiento, y los repartiesen entre los indios a unos precios moderados, a fin de que teniendo con qué trabajar sacudiesen la pereza, dejasen la ociosidad tan connatural a sus genios, y agenciasen lo necesario para pagar los tributos y mantenerse”. En la Representación cusqueña de 1768 se cuenta cómo los Corregidores defraudaban al fisco el impuesto de la Alcabala o pago por concepto de ventas: lo repartido más allá del límite no se consignaba oficialmente, y en consecuencia

quedaba burlada la Real hacienda. En general son elocuentes los testimonios de los virreyes Amat, Jaúregui, Vértiz y el mariscal de campo del Valle.

La carta enviada por el virrey Amat a los Corregidores y otras autoridades, en diciembre de 1768, es una repulsa oficial. Dice a la letra: "El abominable abuso que el tiempo ha ido autorizando de repartir los corregidores, no sólo con exceso a la tarifa que se les prescribe en sus mismos despachos, sino de géneros inútiles distintos de los que se les origina, y lo que es más, la compulsiva con que involuntariamente se les hace recibir a los indios, apremiándoles a este fin con cárceles y acerbísimas prisiones de obrajes, ha subido a un punto en esa provincia y las comarcanas, que se ha hecho escándalo de esta capital y de todo el reino, principalmente en la ciudad del Cuzco, en donde, como cabecera, ha resonado más que en otras este desorden del que informado había resuelto tomar una resolución que satisficiera a Dios, al rey y a todo el mundo, procediendo a exterminar ejemplarmente los transgresores de las leyes divinas y positivas, que no se han contenido con las providencias repetidas que he librado a fin de redimir a esos miserables de tan injusta tiranía o persecución; pero siendo inevitable perfeccionar la sustanciación de los informes con que me hallo antes de poner en práctica la última determinación en un asunto de gravedad, os prevengo, señor, que incontinenti al recibo de ésta, hagais que se pongan en plena libertad todos cuantos de vuestra orden o de vuestros intitulados tenientes se hallen reducidos a prisión en cárceles o en obrajes, y con la misma celeridad hagais que se convoquen todos aquellos en quienes se haya verificado exceso de repartimiento, bien sea en las sustancias, o en el modo, o en la cualidad, o en el precio, y como que a ellos determinais por propia uti-

lidad, sin ejeno impulso, les recibas otra vez las especies, modereis el importe de las que tomasen por propio arbitrio, y en una palabra, arregleis en todo las cosas literalmente a la tarifa, dándome cuenta justificada con las diligencias autorizadas, precisamente a vuelta de correo, en la segura inteligencia de que sólo espero estos documentos para indemnizaros del común estrago que habrán de sufrir todos los comprendidos en este crimen y no cumplieren con esta providencia, lo que ejecutaré de un modo que los escarmiente perpetuamente en lo futuro mi apurado sufrimiento”.

El Virrey Guirior en julio de 1777, prohibía que los Corregidores renovasen los repartos de mercancías “una vez verificados el que se les concedió a su ingreso”. Tratábase de impedir su repetición, bajo el falso pretexto de satisfacer las urgentes necesidades de los indios. Señalaba el Virrey un estado tan miserable entre los naturales, que las “expresiones con que hasta aquí se han pintado sus males vienen ya cortas a los que se les han aumentado”. El Rey aprobó la medida y dispuso que “en consorcio del señor Visitador general, informase si convendría privar del todo a los corregidores los repartimientos”. Un voluminoso expediente era constituido, recogiendo el dictamen de personas experimentadas. En última instancia la medida iba en beneficio de la Hacienda real, puesto que los Corregidores daban preferencia a sus cobranzas, poniendo en segundo lugar la recaudación de los tributos. Aunque podían encomendar la recaudación a los Caciques, no lo hacían generalmente para retener lo que les pagaban por aquella tarea. O lo hacían cuando el indio carecía ya de dinero, privando entonces al Cacique de parte de sus bienes, so pretexto de adeudar la recaudación— no efectuada.

El virrey de Buenos Aires don Juan de Vértiz, en una

carta al ministro don José de Gálvez —octubre de 1780— le informaba: “Porque debe tenerse presente, que estos cobradores de los corregidores se encargan por lo común al mismo tiempo que de los tributos de las deudas, de los repartimientos; y aún les tiene cuenta a los corregidores esta unión de intereses, porque como para la cobranza de la hacienda real se hallan autorizados de los privilegios de estos créditos y acciones fiscales, se valen de los mismos auxilios para hacer sus particulares cobranzas, y para hacerse jueces de sus propias acciones y derechos contra todos los principios y elementos de las leyes civiles y estado político”.

Finalmente, el mariscal de campo don José del Valle escribía desde el Cusco a unos amigos de Lima: “es tal, y tan desmedida la avaricia de los corregidores de las últimas expresadas para cobrar sus repartimientos, que únicamente me niegan los auxilios de gente que les he pedido para el fin significado, desatendiendo el respeto de mis empleos, a la urgencia que les manifiesto en mis oficios pero ha llegado la obstinación y la codicia de los corregidores a tan increíble término, que me hacen recelar que si se les avisase que ya habían llegado los enemigos a estos arrabales, permitieran su pérdida y nuestro destrozo, antes de desprenderse de un hombre que les diese seis varas de bayeta”.

En el campo económico, las medidas tomadas por la Casa de Contratación y cauteladas por los funcionarios quedaban burladas por los contrabandistas, que eludían a las autoridades o las sobornaban. Los ingleses tuvieron papel destacado en el incremento del comercio ilícito, tanto en tiempo de ruptura oficial con España cuanto en los intermitentes lapsos de sus relaciones pacíficas. En la primera mitad del siglo XVIII los políticos españoles creyeron detener el contrabando inglés mediante ciertas concesiones. Inglaterra ob-

tuvo el asiento de negros por treinta años y el llamado "navío de permiso" o prerrogativa de introducir un barco de quinientas toneladas cargado de mercancías, vendiéndolas libre del pago de derechos en las ferias de los puertos del Atlántico. Los ingleses aprovecharon ilícitamente de la concesión, para cargar repetidamente su navío con objetos transbordados de numerosos buques que esperaban mar adentro. Y a tanto llegó el abuso, que las exasperadas autoridades decidieron registrar a los barcos ingleses en alta mar. Como los funcionarios españoles no hiciesen caso alguno de las protestas contra el derecho de visita, el ministro inglés Walpole declaraba la guerra a España en 1739. El comercio ilícito siguió su curso a lo largo del siglo XVIII y principios del siguiente, hasta decretarse el comercio libre en Buenos Aires, como medida necesaria para terminar con la ruinosa competencia de los contrabandistas. Realmente el monopolio comercial no traspasó más allá de los umbrales del siglo XVII, puesto que el "círculo cerrado de Flotas y Galeones (24) hirió a España con doble espejismo ilusorio y funesto. En la ida los lingotes, abarrotando el territorio peninsular, le dieron la primacía de la revolución mundial de precios, cuya sacudida desquició su industria. Y ya perdida ésta, sin querer abandonar el monopolio de tráfico (25) llenó sus puertos de mercadería ajena, para satisfacer los retornos. Con los que, al fundar competencia suplementaria a su manufactura indígena, obstaculizaban su propia rehabilitación, a cambio de oro en tránsito que emigraba, o para satisfacer compromisos antelados o por ley ineludible de nivelación económica, añadiendo así, elementos nuevos de perturbación con el sucesivo curso que tenía que abrirse este dinero tras-humante, a lo largo de comarcas y entre mercados y contra-

taciones hasta aquietarse en patria forastera” —anota Manuel Moreyra.

Los eclesiásticos abrumaban a los naturales con la “cobranza de sus obvenciones a lo infinito, inventando nuevas fiestas de Santos y costosos guiones con que hacían crecer excesivamente la ganancia temporal: pues si el indio no satisfacía los derechos que adeudaba, se le prendía cuando asistía a la doctrina y a la explicación del evangelio, y llegaba a tanto la iniquidad que se le embargaban sus propios hijos, reteniéndolos hasta que se verificaba la entera satisfacción de la deuda que regularmente se la había hecho contraer por fuerza el mismo párroco”. En la Representación de 1768 existen quejas contra los Doctrineros, pues la mayoría buscaba la realización de ganancias indebidas. Los bautismos, casamientos y defunciones estaban recargados en forma onerosa. En sus visitas a las punas, tomaban noticia exacta de las mujeres embarazadas y de los indios en edad obligándolos a casarse para cobrar los derechos. Averiguaban los nacimientos o defunciones no registradas, reclamando la paga del acto como si se hubiesen realizado. Motivo importante de lucro eran las fiestas tanto religiosas como cívicas. En el pueblo de Sicuani habían festividades en donde se recogía cerca de dos mil pesos de ganancia. Además de estas granjerías punibles, los Doctrineros utilizaban gratuitamente los servicios de los indios en trabajos que les dejaban utilidades. Y hasta se convertían en competidores del Corregidor, efectuando ventas, de donde nacían desavenencias mutuas. Estas transgresiones encontraban amparo directo o indirecto de parte de las autoridades superiores o de sus visitadores, a quienes eludían con sospechosa facilidad. El Obispo del Cusco don Juan Manuel Moscoso y Peralta, afirmaba que cuando llegó a su diócesis la encontró

agoviada "como todo el resto de las provincias del reino, por los gravosos repartimientos de los corregidores. Pedía el reino un freno que contuviese a estos ambiciosos a quienes no arredraban ni las repetidas cédulas de S. M. a favor de los naturales, ni los despachos en los tribunales para sujetarse a las tarifas. Salió de madre el lluvión de la codicia, valiéndose del privilegio del ministerio para enriquecer a costa de la sangre de tantos infelices vasallos, y de la misma corona que hemos visto fluctuar; y considerando que los párrocos podían estar tocados de aquel contagio (que es un mal de la ambición fácil de contraerse por el ejemplo), entré visitando mi diócesis, y expurgándola de las heces, que bajo el renombre de costumbre, envolvían visos de opresión en algunos estables de las doctrinas. Redújelas a mejor instituto: establecí reglamentos de equidad, alivié a los que se sentían recargados de derechos y contuve a los párrocos en sus deberes, renovando la primordial disciplina de los cánones en aquella parte posible".

En cuanto al trabajo de las mujeres, aunque la ley prohibía de manera terminante que fueran empleadas en tareas penosas, puede valer en general lo que señala el cronista Marino de Lobera: "así como echaban cuadrillas de hombres, echaban también de mujeres... semejante abuso tuvo por autores a los mismos encomenderos, pues nunca su Magestad el Rey nuestro Señor ha mandado que en sus reinos labrasen minas las mujeres de la manera que hemos dicho, estando en el invierno metidas en el agua todo el día, helándose de frío, como el autor testifica haberlas visto lavar el oro llorando, y aún muchas con dolores y enfermedades que tenían". Aquí también eran grande la diferencia entre lo que ordenaba la ley y la forma como se trataba cotidianamente a la mujer indígena.

El peninsular don Eusebio Balza (sobrino del corregidor Arriaga), resentido por algunos hechos notoriamente desafectos de las autoridades, señala, en su Representación al Consejo de Indias, sucesos que arrojan luz sobre el proceder de los altos funcionarios.

Defendiendo las regalías del Monarca, Balza acusaba al Cura del pueblo de Coporaque de haber originado disturbios, apoyado por el Obispo. Luego, el Prelado sobrepasando sus atribuciones, exigía conocer una causa criminal de sedición. Como el Corregidor reclamase la jurisdicción, el empecinado Obispo llegaba hasta el extremo de excomulgarlo. Cuando el Corregidor mandó informes reservados sobre la conducta del Prelado, tanto el Virrey como el Visitador tomaron el partido del Obispo, considerando la denuncia despectivamente como "papeles de la sierra". Y sin efectuar mayor examen, enviaban cartas de censura contra el Corregidor, procurando dar fin al entredicho de manera favorable al Prelado y eliminar cualquier futuro cargo de parcialidad. Aunque el documento de Balza linda con el libelo, sosteniendo afirmaciones absurdas y personalmente interesadas, existe un fondo general de verdad en sus afirmaciones acerca del desgobierno y del mutuo auxilio con que las autoridades superiores encubrían sus terrenales flaquezas, sobre el distanciamiento entre los funcionarios reales y eclesiásticos, y sobre la odiosidad latente que en todo momento separaba a los criollos de los peninsulares.

El docto ariqueño y Rector del Colegio de San Bernardo del Cusco, presbítero don Ignacio de Castro, señalaba con agudeza que el excesivo apartamiento en que se tenía a los Indios de las funciones del gobierno daba consecuencias desfavorables para la continuidad del dominio español. Escribe en su Relación de la fundación de la Real Audiencia del Cus-

co: "No puede negarse que el numeroso cuerpo de Indios que compone esta vasta dominación Peruana, se docilitaría mas si viera a los que han nacido entre ellos elevados a estos mismos empleos, y ministerios que reconocen tan expectables entre los que los conquistan. Ya advertirían que no eran tenidos en esa postergación, que los hace no poder jamás salir de un abatimiento; se reputarían incorporados a la Monarquía, partícipes de sus honores, enlazados en sus comercios, y como los vicios de su conducta no los retravesen, trabados en todos en los intereses de los que los han dominado".

De facto: la vida del indio era dirigida en su casi totalidad, al margen de la ley. De una ley que legislaba con grandeza de alma, pero sin tener en cuenta las condiciones reales que imperaban en América y las posibilidades de su adecuado cumplimiento— que todo legislador debe contemplar.

Sin embargo, no es leal criticar la actitud de España calificándola de monstruosidad única o nunca vista o algo así. Todo enjuiciamiento auténtico debe nacer de una mirada previa sobre la conducta de los pueblos europeos que poseyeron colonias, y de una interior repulsa a toda política colonialista de forzada subordinación, a todo altruismo culturizador que confiera derecho para una vandálica explotación de los países no europeos. Y en esta visión de una historia comparada las colonizaciones— por lo menos hasta el siglo XVIII—, nótase la relativa superioridad del español, que nunca se hurtó a un amalgamiento existencial con los pobladores autóctonos, viendo en sus colonias algo más que simples factorías. Mariátegui ha señalado lo deleznable del colonizador español: "Tenía una idea, un poco fantástica del valor económico de los tesoros de la naturaleza, pero no tenía casi idea alguna del valor económico del hombre". Esta

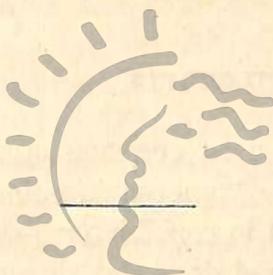
subestimación había sido notada ya por Solórzano— en la primera mitad del siglo XVII. Análogas cosas deben pensarse del colonizador portugués, holandés, inglés o francés, antes del enjuiciamiento integral de la historia durante la época del Virreinato.

CARLOS VALCÁRCEL.

BIBLIOGRAFIA

- Recopilación de leyes de los reinos de las Indias.—Boix, editor. Madrid 1841.
- Política Indiana, por Juan de Solórzano y Pereyra.—Cía. Ibero-Americana. Madrid s-a.
- Representación de la ciudad del Cuzco, en el año de 1768, sobre excesos de Corregidores y Curas, en "Relaciones de los Virreyes y Audiencias etc.", col. Lorente, t. III.—Imp. Rivadeneyra. Madrid 1872.
- Documentos históricos del Perú (Col. Odriozola, t. I).—Tip. Alfaro. Lima 1863. (Es casi una transcripción del t. V de la Colección publicada por P. Angelis, en Buenos Aires el año de 1836).
- Carta 3-X-781 p. 214-15.—Exposición 18-X-781 p. 216-25.—Carta 20-VII-782 p. 251.—Carta 3-I-781 p. 127.—Carta 5-III-781 p. 144-53.—Oficio 24-X-780 p. 293.
- La verdad desnuda (Col. Loayza, serie I, t. III).—Imp. Miranda. Lima 1943. Representación No. 1-101 p. 57-120.
- Documentos sobre la rebelión del cacique Túpac Amaru, pub. por Carlos Valcárcel.—Boletín de la Bib. Centr. de la U. de San Marcos, nos. 3-4. C. I. P. Lima 1944. Grupo B. doc. No. 11, p. 213-17.
- Relación del virrey Guirior. Col. Lorente, t. III. Imp. Rivadeneyra. Madrid 1872. No. 60-72 p. 29-35; No. 112-16 p. 66-71.
- Relación de la fundación de la Real Audiencia del Cusco en 1788 etc., por Ignacio de Castro.—Imp. vda. de Ibarra. Madrid 1795.
- Estado presente de la ciudad del Cusco p. 149.

- Noticias secretas de América etc., por J. Juan y A. Ulloa.—Imp. Taylor. Londres 1826.
- Comercio y navegación entre España e Indias, por Clarence H. Haring.—Fondo de cultura económica. México 1939.
- Estudios sobre el tráfico Marítimo en la época colonial, por Manuel Moreyra y Paz Soldán.—Lib. e Imp. Gil. Lima 1944. El ilusorio monopolio etc. p. 43-49.
- Los precursores de la independencia de Chile, M. L. de Amunátegui. T.III.—Imp. Barcelona. Santiago de Chile 1910. Cap. I, p. 5-116.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Hacia una Filosofía de la Educación.

INTRODUCCION

1.—LO QUE ES LA FILOSOFIA.

Sabido es que en su acepción etimológica, la Filosofía significa literalmente “amor a la sabiduría”, o “aspiración a la sabiduría”. Así lo concibieron primitivamente los griegos antiguos, allá en el despertar de su conciencia reflexiva. Muy pronto, empero, ese sentido original desaparece, para abarcar al mismo tiempo que ese “amor” (tendencia hacia el saber teórico), la “posesión” efectiva de la sabiduría misma, lograda como resultado de los esfuerzos y tanteos del hombre para alcanzarla. Esta etapa inicial y básica de la evolución de la idea de la Filosofía se cumple en el lapso comprendido entre la aparición del primer pensador jónico Tales de Mileto, hasta el gran humanista Sócrates.

Desde entonces, se puede decir, la Filosofía muda a cada rato de ropaje, no obstante conservar su indumentaria fundamental (“amor” y “posesión” de la sabiduría), paralelamente al desarrollo del pensamiento en el decurso del tiempo, hasta el punto de que, a la fecha, —andados más de

veinte siglos de historia— podemos recoger de aquí y allá, de boca de los mismos “filósofos”, multitud de definiciones, fruto del modo personal cómo cada uno de ellos se ocupa en filosofar. De esta suerte parece existir una aparente confusión de conceptos alrededor de la Filosofía, ya que en cada “filósofo” y en cada “sistema filosófico” oteamos una noción distinta de ella, dado en gran parte por la dirección en que se ejercita la actividad filosófica o la clase de objetos hacia los que vira la Filosofía en cada pensador.

Un notable filósofo, Guillermo Dilthey, que procuró deslindar la esencia de la Filosofía, en un ensayo acucioso (1), sirviéndose de la inducción histórica, concreta su opinión acerca de lo que acabamos de decir, en estos términos: “El nombre filosofía o filosófico tiene, según la época y el lugar, significados distintos, y las creaciones espirituales que han recibido este nombre por sus autores son tan diversas, que parecería que las distintas épocas hubieran asociado a la hermosa palabra filosofía, acuñada por los griegos, imágenes espirituales siempre distintas. Pues unos entienden por filosofía la fundamentación de las ciencias particulares; otros amplían este concepto añadiendo a la fundamentación la tarea de deducir de aquélla el conjunto de las ciencias particulares; o la filosofía se circunscribe al complejo de estas ciencias; otras veces se la define como la ciencia del espíritu, la ciencia de la experiencia interior; finalmente se entiende también por ella la comprensión de la conducta de la vida o la ciencia de los valores universalmente válidos”. . . Después agrega el mismo Dilthey que la Filosofía es una autorreflexión del espíritu y a la vez una teoría del saber. Siguiendo este mismo pensamiento de Dilthey, otro inves-

(1).—G. Dilthey.—‘La esencia de la Filosofía’.—Ed. Losada.—Buenos Aires.—

tigador, J. Hesén, (2) define la Filosofía diciendo que es “una autorreflexión del espíritu sobre su conducta valorativa teórica y práctica, y a la vez una aspiración al conocimiento de las últimas conexiones entre las cosas, a una concepción racional del universo”. Y recientemente, un pensador notable, Aloys Müller, (3) alude también a las discrepancias en torno a esta cuestión, y reúne, como muestra, muchas y contradictorias definiciones de la Filosofía; concluye afirmando al término del tratamiento de los temas propiamente filosóficos (Ontología, Lógica, Teoría del Conocimiento, Ética, Estética, Religión, Metafísica y Concepción del Universo) que la Filosofía es una ciencia que se ocupa del estudio reflexivo de los valores y de lo suprasensible.

Dejando aparte todo lo anterior, y con propósito de llegar por nuestra propia cuenta a lo que hace que la Filosofía sea cabalmente Filosofía, y no otra cosa,—por ejemplo, Física o Astronomía— hemos de fijarnos en su núcleo, que resplandece más allá de cada filósofo y de cada sistema filosófico. Por de pronto, urge tener en cuenta que el hombre hace Filosofía en procura de un saber objetivo, universal y sistemado, que valga como un saber último, definitivo y esencial acerca del hombre, del mundo y en general de la vida. Para esto es que filosofamos, dice Aníbal Sánchez Reulet (4). Por eso filosofar, en el fondo, equivale a “teorizar”. Esta palabra posee, etimológicamente, un significado muy rico. “Teorizar” es al par que un pensar con ánimo de saber lo que las cosas son, un esfuerzo mental para explicarnos porqué y cómo estas cosas son. De ahí que, al teorizar, lo que hacemos es buscar un conocimiento que nos permita hallar una explicación racional y objetiva (en sí y pa-

(2).—J. Hesén.—Teoría del Conocimiento.—Ed. Losada.—Buenos Aires.

(3).—A. Müller.—Introducción a la Filosofía.—Ed. Calpe.—Buenos Aires.

(4).—Aníbal Sánchez Reulet.—“Raíz y destino de la Filosofía”, Tucumán.

ra sí) de cuánto es y acontece ante nosotros. Teorizar viene de "teorein", que en el idioma de Platón es algo así como observar, ver o contemplar *mentalmente* las cosas. Todo aquél que teoriza, o que quiere teorizar, tiene que adoptar una postura de observación, de visualización o contemplación mental. Sólo así es posible un auténtico filosofar. Y sólo de ese modo, también, podemos columbrar un concepto de la Filosofía, y de la actitud filosófica, en cuanto entrañan una actividad teórica o teorizadora.

No es ello todo, sin embargo. La disposición filosófica, o lo que es igual, la actitud teórica, con miras de hacer Filosofía, obliga a un colocarse frente a frente a aquéllo que debe constituirse en materia de la contemplación mental o reflexiva. Es un situarse en relación de polaridad con respecto al foco de incidencia de la actitud teórica; mejor dicho, una correlación funcional polarizada entre el sujeto teorizante y el objeto teorizado. Y esto apareja, o tiene que aparejar forzosamente un empuje de *extrañamiento*, es decir un hacerse extraño u otro por parte del sujeto que teoriza, a fin de distinguir claramente el objeto teorizado, o sea el objeto que se "enfrenta" y que es "visto" en la reflexión teórica como una realidad extraña y diferente. Esto no sería factible si el sujeto teorizante no experimentara previamente una afección recóndita de asombro, sorpresa o admiración como camino necesario hacia la extrañeza que debe ponerle en actitud teórica.

Platón y Aristóteles fueron quienes vieron en la admiración el comienzo de la Filosofía. "La turbación es un sentimiento propio del filósofo", decía Platón (5), y Aristóteles a su vez añade que "debido a su admiración comenzaron y comienzan los hombres a filosofar.... El hombre se sien-

(5).—Platón.—Teetetes.

te perplejo y maravillado, considérase ignorante. . . . por eso filosofaron con el fin de salir de la ignorancia" . . . (6). No se crea sin embargo que cualquiera admiración es fuente de Filosofía. Lo es tan sólo aquélla que al mismo tiempo que encierra la sorpresa del alma infantil ante lo abigarrado y abundoso de las cosas, supone un quedarse en suspenso ante las propias preguntas que surgen como consecuencia del asombro; emoción que, por otra parte, transparenta un franco sentido de los problemas planteados por el ser y devenir multitudinarios del mundo y de la vida, dentro de cuyo engranaje ingente se contempla el hombre mismo. De ahí el acento problemático que ostenta la admiración verdaderamente filosófica. Quien problematiza las cosas y en general todo cuánto se le presenta, en busca de un conocimiento verdadero, está filosofando. La problematicidad filosófica hunde sus raíces en la duda, especialmente en la duda metódica, como diría Descartes, o sea en la conciencia, mas o menos clara, de las dificultades en encontrar una respuesta adecuada o satisfactoria a las preguntas brotadas de la admiración. La Filosofía, por eso, proviene de una confrontación y tratamiento de problemas diversos planteados por otras tantas interrogaciones hijas de una turbación elevada y legítima ante el misterio del Cosmos. De ahí que ser filósofo es percibir problemas donde otros no ven si no hechos naturales que ocurren por que sí, al azar acaso, y que son, efectivamente, tal cual se muestran o parecen ser; y es además sentir imperativamente el afán de encararse a las cosas o fenómenos, para quitárselas la máscara que cubre su faz auténtica y desnuda.

Para el hombre corriente o vulgar, las cosas pasan casi desapercibidas. Estas se halla como en penumbra ante sus

(6).—Aristóteles.—Metafísica.

ojos. De vez en cuando una leve ráfaga de claridad o de asombro surge en torno; es entonces que mira un poco mejor y se percata de pequeños detalles, pero en su mayoría triviales y de poca monta. Por eso su estado natural es creer que las cosas están allí, ante él, tal cual son, por lo que su conocimiento es supuestamente "real" y por ende exacto. Algo más: el hombre vulgar mismo está como "perdido" o "abandonado" entre las cosas que le circundan, como si fuera una cosa más; y él existe así, en la existencia, como algo que se ignora y que por ignorarse precisamente vive como fuera de sí, como si fuera una presencia extraña a sí mismo. Esto le basta ciertamente, porque, en efecto, no necesita más para vivir y dejarse vivir; por lo cual vive sin inquietarse mayormente y sin querer hacer nada para que su vida sea otra cosa de lo que es. Por manera que, como diría Martín Heidegger, (7) se puede decir de este hombre que es un objeto más entre los tantos que existen, una cosa más encajada dentro de la pluralidad de las cosas que *están en el mundo*, lejos de sí. Es esta la etapa ingenua y primitiva en la vida del individuo y en la historia del hombre en general.

No sucede lo mismo ya en el hombre de ciencia. Este experimenta una manifiesta curiosidad por éstas o aquellas cosas. Para él, el mundo no ostenta la firmeza que tiene para el hombre vulgar o corriente. Al contrario, atisba que las cosas vacilan entre ser esto o lo otro, y que su aparecer y desaparecer tiene lugar según ciertas formas constantes, mas o menos uniformes. Pretende ir entonces un poco más allá de la cáscara que encubre los fenómenos, para descubrir su causa u origen, así como las leyes a que obedecen en su ser y transcurrir. En esta investigación avanza

(7).—Alberto Wagner de Reyna.—La ontología fundamental de Heidegger.—Lima.

con cautela, paso a paso, cuidándose de no ser engañado y deteniéndose ante tal o cual grupo de hechos; de modo que el saber que adquiere por esta vía, es siempre un saber circunscrito a determinada área de la realidad, que solamente cala cierta profundidad y que fragmenta la unidad primordial de todo lo que es en animales, plantas, minerales, astros, hombres, movimientos físicos, etc. todo ello lo mejor ordenado y dispuesto en apartados diferentes, bajo nombres tales como Zoología, Botánica, Física, Química, Mineralogía, Antropología, Psicología y demás ciencias particulares. De este modo el hombre de ciencia se queda con puñados de conocimientos parcialmente unificados, catalogados con el máximo rigor posible y subordinados en su mayoría, no en su totalidad, a leyes de carácter causal, de mera sucesión o de coexistencia, según los casos.

En el que hace Filosofía, o en el que filosofa, se ensancha la visión del hombre de ciencia. El filósofo es un tipo especial de hombre de ciencia, que se remonta más allá de la mera causalidad y busca el núcleo unitario del ser. El filósofo no se turba antes éstas o aquéllas cosas simplemente, sino ante la totalidad de los fenómenos, ante su sentido universal e intemporal. La extrañeza del filósofo resulta así absoluta e integralista. Y esto porque al caminar por entre la problematicidad de la totalidad existente, persigue la raíz espermática y radical de ésta. De ahí su incansable interrogar al mundo y a sí mismo. Es como un niño grande, pero ya maduro y con la conciencia en eterna vigilia, que tiene la manía de buscar el interior de las cosas, de sorprender realidades ocultas a la mirada superficial, yendo de aquí para allá permanentemente curioso e insatisfecho de todo, hasta de sí propio. Preguntas como éstas danzas en su cerebro: “¿Qué es lo que hay detrás de las cosas?” “¿De dónde venimos?”

“¿Adónde vamos?” “¿Qué valor tiene la vida, nuestra vida, la vida de cada uno?” “¿Cómo y por qué necesitamos justificar nuestra conducta?” “¿Qué debemos hacer?” “¿Qué es el ser?” “¿Qué son los valores en sí?” “¿Existe un Ser Supremo como causa y sostén del Universo?” “¿Hay una conexión íntima y funcional del hombre con la esencia del mundo?” “¿Qué es lo espiritual?”.

Así es cómo el filósofo camina sobre el terreno de la Filosofía, estremecido y descontento, teniendo que hacer frente a cada paso a las preguntas que le salen al encuentro desde los limbos de lo desconocido. Ya no se contenta con el saber empírico, contingente y caótico del hombre vulgar o corriente; ni tampoco con el saber sistematizado y fundamentado, pero parcializado, incompleto y superficial del hombre de ciencia, que en lugar de unir destruye más bien la conexión simbiótica de las cosas. A lo que el filósofo aspira es a desvelar la “razón suficiente” de lo que es y acaece, o sea el porqué y la significación última que subyace debajo del cambio y la movilidad perpetuas. Por eso tiene que abandonar continuamente las suposiciones, las explicaciones provisionales y los prejuicios, si quiere arribar con éxito a lo esencial, a lo que permanece y flota más allá de la vibración epidérmica y efímera. Tal el motivo por que el saber filosófico, al fin y al cabo, tenga el carácter de un saber sin supuestos y además de un saber esencial.

El hombre ha entrevisto, desde Sócrates, que la rendija por donde puede infiltrarse en el Ser, es él mismo. El hombre es, por antonomasia, el camino, la verdad y la vida. Por eso el conocimiento del hombre nos conduce al conocimiento de la estructura esencial del mundo. El mandato socrático vuelve a recobrar así la plenitud de su vigor y de su actualidad. El hombre es el punto céntrico de la Filosofía, su

clave, el eje en torno al cual despuntan todos los problemas que confronta aquélla. Conciente de esto, el filósofo se esmera, o debe esmerarse en preparar y afinar sus instrumentos cognitivos, para lo que debe mantenerse en el primer plano de la objetividad, precavido y alerta para no permitir que le desvíen de su ruta, ni menos enturbien su visión serena y penetrante, los espejismos de la presuposición antojadiza.

Sólo así es posible la Filosofía y es posible también el auténtico filosofar. Toda meditación filosófica (ha de encuadrarse dentro del cauce de una actitud teórica afanosa de realidad, mejor aún, debe ser una caza de esencias. De ahí que la *Filosofía* puede ser definida en último término como una *ciencia teórica de esencias*. Y tanto aquélla como el filósofo que la hace, han de estar exentos de los supuestos que desnaturalizan la contemplación reflexiva, y han de estar también empujados por una determinación de ir siempre más allá, hacia una objetividad cada vez mayor, más plena, más universal y necesariamente válida. Lo cual no significa que el filósofo haya de ignorarse a sí mismo como hombre. Al contrario, él está en todo momento presente al modo de flecha indicadora de la ruta a seguirse. Ya dijimos que la Filosofía surge del hombre y se extiende alrededor del hombre; y hacia el hombre también debe volver para verificar sus resultados. Y es que los problemas del hombre consueñan con los del mundo y se equivalen ontológicamente, por lo solidarios que son y por constituir tanto aquél como éste un sólo gran problema para la Filosofía. De este modo la Filosofía, y en general todo filosofar se mueve en función siempre de lo humano, por lo que su contenido deviene en edificio sólido que encierra el secreto suprasensible del hombre y del mundo.

Para concluir, pues, y resumiendo lo que precede, hemos de decir que Filosofía es no sólo la actitud teórico-re-

flexiva encaminada hacia la captura de esencias, si no también su resultado, su producto, concretado bajo la forma de un saber esencial; pero —entiéndase bien— sólo en tanto este producto brota legítimamente de aquélla actitud como tal. El saber que no es resultado necesario de una actitud enrumbada hacia la aprehensión de esencias, no es propiamente saber filosófico, y por ende no puede ser llamado Filosofía. Hablamos de Filosofía, en la acepción que damos aquí a esta palabra, no sólo cuando existe una búsqueda teórica de esencias, si no cuando ha habido aprehensión de éstas en un saber sistemado, objetivo, último, necesario y universalmente válido; saber que, además, puede servir de base y fundamento a todas las demás ciencias de hechos. Por eso es comprensible la Filosofía como una ciencia teórica de esencias. Y en esto se diferencia la Filosofía de las otras Ciencias, que son Ciencias fácticas o de hechos.

2.—LA FILOSOFIA COMO NECESIDAD VITAL.

De las consideraciones que anteceden, cabe presumir el rol de la Filosofía en la vida humana. El hombre hace Filosofía, como otras tantas cosas —arte, religión, derecho, literatura, etc., precisamente porque está en su propensión óntica el hacer todo eso. Y está en su ser el hacer Filosofía, por que necesita y está vitalmente interesado en ello. Es un interés y una necesidad insobornable e insoslayable. El hombre, en efecto, en el decurso de su existir, se ve en la urgencia de interrogar, al andar de sorpresa en sorpresa. En un principio tal vez sus preguntas inciden sobre asuntos triviales e insignificantes. Mas muy luego, cuestiones más espinosas le requieren por todas partes. De buena o mala gana, quiéralo o nó el hombre, durante el proceso de su paulatina maduración interior, recurre inevitablemente las etapas del hombre

ingenuo o vulgar, del hombre de ciencia y del filósofo. No hay quién se quede en el primer estadio, entregado a la espontaneidad y a la aceptación confiada de la realidad de sus percepciones. Pronto entra cada cual en el período del hombre de ciencia, que desconfía de sus sentidos y busca el nexo causal entre unos y otros fenómenos. Y al cabo, más tarde o más temprano, cae en la edad del filósofo, o cuando menos del filosofador; edad tardía, es cierto, pero edad hacia la cual llega el hombre psicológica e históricamente. Y esto porque tiene que interrogar forzosamente en el curso de su marcha a través del tiempo y del espacio, y debe hacerlo por que está en su destino el verse ante problemas que le apremian y que por hallarse generalmente ensartados los unos en los otros formando una cadena que va de lo inmediato y contingente a lo remoto y estable, exigen una resolución integradora, aún cuando, en un principio, sea indispensable abordarlos uno a uno, comenzando por los más pequeños que se hallan, por así decirlo, a la mano, para ascender luego hasta los más graves y trascendentes que comportan preguntas más complejas y dilatadas y que, desbordando el círculo de nuestras experiencias individuales y sensibles, rozan los linderos supraindividuales e inexperimentales de la realidad metafísica.

Lo efectivo es pues que el hombre se ve alguna vez en el trance de tener que filosofar. Y filosofa, porque interroga, teoriza, problematiza. Pregunta, en razón de precisar un conocimiento acerca de lo que en esencia son las cosas y en general el Universo junto con el cual convive y coexiste en simbiosis permanente. Problematiza, o sea convierte en problemas las situaciones propias y del mundo, los procesos subjetivos y objetivos, en vista de no ser dueño de un saber esencial que le permita salir de las dudas e incertidumbres

y le ofrezca una base segura para su acción intencionada y prospectiva. Y teoriza, por último, porque se esfuerza en contemplar en su esencia o "eidos" el medio circundante y aún la totalidad cósmica, tanto para determinarse adecuadamente en su conducta, como para penetrar en el valor y sentido de cuánto es y existe y poder hallarse así en condiciones de justificar ante sí y los demás su pensar, su sentir, su querer, su valorar y de justificar, si es posible el ser y acontecer universales.

De esta manera al hacer Filosofía, el hombre intenta iluminar la entraña problemática de su existencia. En parte esto por que el hombre no puede mantener su categoría humana sin un *motivo* que le asista y responda de lo que hace y de lo que es. La *motivación* consciente es requisito capital de su supervivencia ontológica dentro de la esencia humana y debe hallarse a la base de sus decisiones más auténticas y aún de su inactividad o pasividad, si por acaso en ello reposa. Por lo cual alguna razón suficiente han de tener siempre su hacer o no hacer vitales. De ahí la irrefrenable orientación del hombre hacia la Filosofía. Esta tendencia y necesidad de la Filosofía se torna más patente si consideramos que el hombre no se esmera solamente en perseverar en su ser, como diría Spinoza (8), si no que su propósito es siempre ser más de lo que es, realizarse de un modo cada vez más acabado y completo, desenvolver enteramente sus ricas posibilidades evolutivas, superando su actual e inconcluso ser. Y ello es posible únicamente en cuanto filosofa, vale decir en tanto cala más y más hondo en la raigambre esencial de su organización y de su devenir, y pone de relieve su excelsa posición espiritual en el Cosmos. (9).

(8).—E. Spinoza. *Ética*.

(9).—M. Scheler.—*El puesto del hombre en el Cosmos*.

Es indudable pues que en la medida en que el hombre hace Filosofía, sortea mejor las dificultades y cuestiones que a lo largo de su vivir encuentra, y sobre todo salva la gran dificultad y la gran cuestión de su propia existencia personal. Lo primero, en efecto, con que tropieza el hombre es con el obstáculo y el problema de tener que subsistir a toda costa, según tales o cuáles módulos y en la mejor dirección que sea capaz de intuir, a fin de arribar con éxito a la capa de mayor rango ontológico. Y para esto le es forzosamente indispensable filosofar en más alto grado siempre, aunque las más de las veces lo haga con prosaísmo o poca elevación, ya que se halla presionado por lo que Maeterlink califica de "trágico cotidiano". Y así el hombre ha menester en todo instante de la Filosofía, sea para enderezar con más propiedad su actividad teórica, sea para vindicar su función valorativa o para humanizar su comportamiento práctico y prospectivo; de este modo podrá alcanzar el plano de luz de la mayor conciencia y moverse en un ambiente acorde con los ideales y las normas que infunden sobresaliente valor y significación a la historia del hombre sobre la tierra. Tal la razón y la finalidad del quehacer filosófico. La Filosofía es por ello una necesidad vital imperiosa e ineludible.

3.—VIVENCIA DE LA FILOSOFIA

La noción de vivencia arranca del pensador alemán Guillermo Dilthey (10), quién la empleó para designar el "lazo de vida" o de conexión metafísica del filósofo con las cosas, en virtud de una relación esencial con la totalidad del Universo estimado y experimentado singularmente como realidad espiritual omniabarcante y divina. Muy luego, sin em-

(10).—G. Dilthey.—Introducción a las Ciencias del Espíritu.

bargo, en aquel mismo pensador, esa noción es extendida hasta comprender en su referencia a toda forma de comunión íntima e irracional del hombre con el mundo y de modo particular con la vida una e infinita, una de cuyas múltiples reverberaciones es él mismo.

El concepto de vivencia se expande posteriormente, y filósofos que vienen después de Dilthey, como Scheler (11), Spranger (12) y Husserl (13), principalmente, lo dotan de una resonancia más concreta y si se quiere especial. Así en Scheler llámase vivencia al hecho de vivir irracionalmente contenidos objetivos de la más diversa índole; en Spranger es algo así como una conmoción profunda que sacude los cimientos de la vida interior y se prolonga, al modo de una huella de vibración imborrable, bajo la forma de una energía vital potenciada que debe servir para la edificación del espíritu subjetivo, fomentando la evolución y estructuración personal de los valores; y en Husserl la vivencia es todo lo que se encuentra en el flujo de lo vivido y experimentado y dentro de la cual se insertan los elementos y aprehensiones psíquicas, siendo, por tanto, base pura de estos; la vivencia viene a ser así lo tenido primordialmente en la corriente pura del vivir subjetivo.

Para captar mejor el sentido de la palabra *vivencia*, dentro de la Filosofía y Psicología actuales, hemos de indicar su origen etimológico. Con el término *vivencia* el filósofo español José Ortega y Gasset quiso traducir al castellano la palabra alemana "Erlebnis". Este vocablo alude más que al simple y mero vivir en sentido general —lo que en alemán se designa con la palabra "Leben"—, o sea al ingenio de dejar vivir

(11).—M. Scheler.—Esencia y formas de la simpatía.

(12).—E. Spranger.—Psicología de la edad juvenil.

(13).—E. Husserl.—Investigaciones Lógicas.

la vida en nosotros; significa, sobre todo, *vivir algo*, es decir el vivir de lo vivido mismo, la vida vivida en función intencional de aquéllo que es vivido y hacia lo que cabalmente apunta el vivir como fenómeno anímico. De este modo en la vivencia poseemos subjetivamente un contenido intencional que llena, por así decirlo, nuestro vivir. Por lo cual, pues, la vivencia, como acto puro de dirección psico-espiritual implica la vida que es vivida por nosotros en correlación funcional (intencional) de aquéllo que es vivido como materia u objeto de la vivencia misma, y que por eso aparece identificada con ésta. No supone ello que haya conciencia, o sea un conocimiento de lo vivido en la vivencia. Al contrario, la vivencia puede transcurrir y transcurre, en efecto, comunmente, al margen de la conciencia. Esto por que la conciencia es un fenómeno de segundo grado e involucra un "saber" de la vivencia, pero nunca la vivencia estrictamente como tal. Es que la vivencia es siempre un proceso íntimo puro, ingenuo, primitivo, cual un oleaje recóndito que emerge en la dinámica de nuestro ser, al contacto pático —nó gnóstico— con la pulsación interior del mundo y de la vida infinita.

La vivencia es, por tanto, un proceso subjetivo complejo que se actualiza más bien allá en los estratos afectivos de nuestra existencia psico-biológica. De ahí el dejo irracional y primigenio de la vivencia. Es ella quién nos pone verdaderamente en comunicación con las realidades más sustantivas y últimas. Nosotros podemos pensar cualquier cosa o hecho, podemos imaginárnosla, representárnosla mentalmente; empero mientras no la tengamos realmente en la vivencia, mejor dicho, en tanto no la poseamos vivencialmente, como una presencia fresca e impalpable a la que hospedamos mágicamente, permanecerá en principio desconocida y distante para nosotros. Por eso la vivencia es la intercesora auténtica y

autorizada entre el mundo exterior y nuestro mundo interior; y así entonces la vivencia resulta el medio directo e inmediato de comunión de lo hondo con lo hondo, el puente que nos conecta con la pulsación metafísica de la vida universal, viviéndola en nosotros en fusión mística, conviviendo con su vaivén inmarcesible e ilimitado.

Consecuentemente con lo que antecede, estamos en condiciones de referirnos a la vivencia de la Filosofía. En efecto, sólo en tanto tengamos una vivencia de la Filosofía misma, podemos entrar en contacto con ella y saber, por experiencia personal, de su realidad, de su valor y de su significación vital y espiritual. Podemos tener, con mayor o menor vaguedad, alguna idea de la Filosofía; —y de hecho cada cual la posee— pero nunca llegaremos en verdad a sus dominios si no la tenemos positivamente en la vivencia, vale decir, si no la vivimos en nuestro interior, si no la convertimos en carne propia, en nervio, en sangre; si no convivimos con sus problemas, con sus esfuerzos, con sus tanteos en lo ignoto, viajando por su inmenso territorio y contemplando por nosotros mismos sus montañas, sus valles, sus llanuras, sus picos elevados, sus climas, sus abismos, etc., como bien recalca Manuel García Morente (14).

Lo importante, pues, —como dice este notable maestro español— no es que nosotros recojamos de aquí o allá determinadas fórmulas o pensamientos filosóficos, pensados por algún filósofo o que están en algún sistema filosófico. Seguramente la frase gramatical o verbal tendrá algún sentido para nosotros. Pero, en el fondo y a pesar del apoyo que nos preste la memoria, estaremos lejos de la realidad a que se refieren aquéllas fórmulas o pensamientos, puesto que éstos

(14).—M. García Morente.—Lecciones preliminares de Filosofía.

diríase, son representaciones alegóricas de algo muy hondo y vivo, o cuando menos moldes intelectuales en que se quiso o se intentó vaciar y a la vez fijar el flujo incoercible de la vivencia filosófica correspondiente, no conteniendo, por ello, la vivencia misma que los dió origen. Por lo cual se hace necesario, si pretendemos llegar a la Filosofía, que cada uno de nosotros, por su propia cuenta y riesgo, se ponga a filosofar, a vivir y a estar en trato con las cuestiones filosóficas. Si no hacemos así, caemos en el error craso de querer aprender a nadar, sin echarnos al agua. Ciertamente, como dice Hegel, siempre es útil en algo adquirir algunas nociones previas de la Filosofía para podernos lanzar con éxito, posteriormente, a filosofar por nosotros mismos. Aún así, sin embargo, jamás se podrá afirmar con rotundidad que hacemos Filosofía por el hecho de repetir mecánicamente determinadas fórmulas o concepciones filosóficas, como tampoco podemos garantizar nuestra aptitud para la natación con sólo habernos enterado, en un manual, de los movimientos requeridos, sin habernos metido en ningún momento al agua, por nuestra propia cuenta, para nadar.

Es preciso por tanto no olvidar que la única manera de penetrar efectivamente en el reino de la Filosofía, es filosofando, ante todo y sobre todo. Así pronto podremos saber, por personal experiencia, que la Filosofía es la tarea más elevada a que podemos entregarnos y la que tiene también más hondas raíces vitales y espirituales. Así vivida y creada, sentida y padecida, la Filosofía ya no será un cuerpo cerrado y extraño por donde circulan jeroglíficos, frases abracadabrantas o esquemas intelectuales yertos, sino que se nos presentará como la encarnación de nuestras propias y más altas preocupaciones y por ende como nosotros mismos en

cuánto aquélla refleja nuestro pensar, nuestro sentir, nuestro querer, nuestro valorar, etc.

4.—LA FILOSOFIA DE LA EDUCACION.

Concordante con todo lo expuesto, ¿qué debe ser entonces y qué es lo que perseguirá una Filosofía de la Educación? Si tenemos en cuenta lo que dejamos dicho acerca de lo que es la Filosofía en sí, fácil es percatarnos de los propósitos de una Filosofía de la Educación. En este caso, la educación constituye el foco y la meta del quehacer filosófico. La educación no sólo es un hecho social y un hecho histórico en la evolución cultural del hombre, sino que, además y sobre todo, es un ideal de superación y perfección. Por eso la educación es algo que hacemos; pero, al mismo tiempo, es también una dirección de este hacer. El hacer educativo llévase a cabo dentro y en función de la vida y del mundo, o mejor aún, sobre un ámbito específicamente delimitado del espacio y del tiempo. Es este ámbito lo que constituye propiamente el "mundo" y la "vida" humana, y es sobre el mismo ámbito que se ciernen las directivas ideales y normativas que señalan el derrotero de su hacer educativo. Empero no es ello todo, sino que hemos de tener en consideración asimismo las líneas universales, las grandes constantes en que se mueve el ritmo subjetivo de la vida humana; y sólo en tanto procedemos así podremos trazar el círculo de la educación como hecho y como ideal, en correlación dialéctica con los elementos externos.

Confrontaremos entonces, en primer lugar, y en sus lineamientos generales, la estructura biológica del hombre en función tanto del escenario geográfico como de la particular atmósfera histórico-social en que se mueve y con los cuales está conectado dialécticamente en el curso de sus ocupa-

ciones educativas que habrán de conducirlo hacia etapas cada vez más plenas y promisoras de mejoramiento. Examinaremos luego el hecho y el ideal educativo en sí mismos, tal como, por una parte se ofrecen y tal como, por otra aparecen como finalidades y aún como normas del ser y del quehacer humanos en sus múltiples facetas y trayectorias. Cotejaremos en seguida las bases y los principios reguladores de la educación. Después habremos de fijarnos especialmente en el tipo de personalidad del educador. Y terminaremos discutiendo la posibilidad y necesidad de una Filosofía de la Educación Peruana en función del hombre peruano.

De esta manera en el decurso de nuestro filosofar sobre la Educación, subiremos primero a las levantadas cimas de la teoría, toparemos luego en el suelo de la práctica y nos acercaremos poco a poco al ser humano concreto y vivo, para contemplarlo en relación con aquellos aspectos educativos que apreciamos como más decisivos y preponderantes en los destinos sociales, culturales y espirituales del hombre en general y del hombre peruano en particular.

Así entonces vamos a erigir a la Educación como materia problemática. Ella deberá ser el blanco de nuestra actitud teórica. Si la educación, como dijimos, es un hecho y un ideal, es también y tal vez primero, una dificultad y un problema humano por excelencia, por su contenido, por su intención y por su forma. Por eso es posible una Filosofía de la Educación; y no solamente posible, sino que, sobre todo, necesaria. El futuro del hombre depende de cómo sortee y resuelva la trascendente cuestión y el gran obstáculo que significa el tener urgentemente que educarse. Para ello, se hace indispensable hacer luz en torno, buscar los materiales e instrumentos que sean utilizables y preparar el terreno so-

bre que debe edificarse la obra de transformación hacia un progreso efectivo y beneficioso. De esto es lo que se ocupa y debe ocuparse la Filosofía de la Educación. Las páginas que vienen hacia ello tienden. Haremos, por tanto, Filosofía, filosofando sobre la educación del ser humano en la tierra.

Lima, Octubre de 1945.

CÉSAR GÓNGORA PEREA.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

El Ortogonal en Tiawanaku.

Hasta ahora, a pesar de las muchas hipótesis y de las muchas teorías sobre Tiawanaku, esta cultura sigue siendo una gran incógnita. En sus misteriosas ruinas se han detenido arqueólogos y antropólogos de todo el mundo; los ingleses Squier y Markham, los alemanes Von Tsusi y Middendorf, el sueco Nordenskiöld, el norteamericano Means, luego Uhle y, por último, Potznansky y Tello han medido, indagado e intuído en las Chullpas de Sillustani, en el recinto de Kalasasaya, en las esculturas monolíticas, en la cerámica, en las joyas, en la irradiación vastísima de la huella tiawanakota. Y siempre queda en pie, muda, la gigantesca interrogación sobre el origen, la época, la duración, el modo de vivir y de pensar de los fundadores de esta misteriosa cultura. Montando guardia, indescifrables, en la desolada región a orillas del Lago Titicaca, están las ruinas azotadas por un ventisquero cósmico que sopla hace siglos sobre las carcomidas piedras hundidas en la parda arcilla, vigiladas por mil cumbres nevadas bajo fantástico tropel de nubes verdes y rosas: la punta aguda del Yllimani, la mole de Sorata. Un montón de siglos entierra en la oscuridad de la prehistoria la ruta cronológica que conduce hasta el paisaje inhóspito, a una raza sin duda fuerte, que llega cargando sus dioses, sus artes y artilugios, sus adelantos y una cultura cu-

ya importancia en América es innegable, pues, aunque puede discutirse el privilegio de ser la cuna de las civilizaciones americanas, ya el hecho de sentar y discutir esta hipótesis es prueba de su importancia. Indudablemente su antigüedad corresponde a una época entre los 600 y 900 años A. de C., sin saberse cuando un cataclismo entierra para siempre el secreto de su aparición y destrucción.

Quizás la región Amazónica guarde en sus ciénagas, el origen de la raza que vino a poblar este vasto Ckolla-suyo, en la meseta andina. Quizás la Amazonía, en una de las periódicas transformaciones geográficas de la tierra, fué inundada y lanza desde su intrincada selva, hacia la tierra alta esta raza de artífices taciturnos y guerreros indomables, desde entonces silenciosos como sus rebaños.

Como documento fundamental de su existencia nos han legado los signos de su iconografía. La voz de Kon-Titi-Wiracocha y Manco Kapac esculpida en el duro pórfido de la "Portada del Sol". Una ideografía de signos indescifrables y sorprendentes: "Ojos Alados", "Caracol", "Pez", "Puma", "Cóndor", "Astro", "Cara", "Brazo", "Mano", "Pies", "Pierna", "Nariz", "Boca", "Oreja", "Cola", "Alas", "Sexo", "Corona", "Cetro", "Movimiento", a los que se añade una iconografía plectógena geométrica que enraiza su construcción geogónica en el signo "Cielo" y "Tierra", "Pacha" en lenguaje aimará. Signo *mater* del que se desprende toda la concepción teogónica de América y el omnipotente "Signo Escalonado", representado por el ángulo ortogonal, expresión geométrica basada en el ángulo recto o en la suma de estos ángulos.

Inciso en la dura traquita de la Puerta del Sol, en la combinación de una geometría precisa, de líneas rectas, el ortogonal nos revela a un pueblo de constructores de acabada organización social, capaz de resolver el problema de mo-

vilidad y laboreo de semejantes bloques de piedra, y maduro desarrollo espiritual para llegar hasta la expresión del pensamiento en una de las leyes mas solventes dentro de la relatividad de todas las leyes.

En efecto, el ángulo recto significa el equilibrio y la armonía, base de la quietud artística por su estabilidad, en oposición al ángulo agudo, símbolo de inestabilidad y dinamismo. Por este ángulo el estilo clásico tiawanakota está dotado de un poder emocional constante y universal. Con el Signo Escalonado los artistas tiawanakenses coinciden en los principios egipcios. Hermanan el signo escalonado al ortogonal, para representar la esencia de una ley. Osiris, la diosa egipcia, lo lleva en la posición de los brazos plegados, como su esposa Isis, madre de la medicina y orgullosa personificación de la primera civilización egipcia, y se repite, constante, en los bajos relieves con escenas de caza y de conquista.

El ortogonal es el ángulo arquetipo de la sabiduría, de la estabilidad, de la conjunción de la vertical, significando las fuerzas desconocidas del cielo, con la horizontal, simbolizando la tierra en la inflexible pesantez de sus leyes naturales. El ortogonal es la figura representativa del reposo y quietud a que aspiran los pueblos que han trabajado mucho o que han sufrido mucho.

John Ruskin declara que toda la arquitectura europea, la buena y la mala, tiene sus orígenes en Grecia, que "todas las modas y los estilos derivan de los descubrimientos de los antiguos griegos que dan la columna, como dá Roma el arco y los árabes la ojiva".

Tiawanaku, desconoce los principios del arte griego, la

aplicación de la columna, el arco romano, la cúpula o la oji-va; en la simplicidad de su llamado "Período Clásico", apenas si se reconoce el uso de pilares de lava y bloques de piedra tallada, asegurados por ganchos de bronce.

Pero esta incipiente arquitectura se ve realizada por el pensamiento inciso en los monolitos, bajo la representación del ortogonal. Este ángulo resume sus conquistas técnicas y espirituales. Es el ángulo que rige todo en este pueblo de arquitectos, pues más que artistas son arquitectos poseedores de una ciencia, una filosofía y un sentido estético fundido en esta representación geométrica.

Algunos arqueólogos creen ver en la estilizada geometría del Tiawanaku una sabia calendografía, otros una representación de las modalidades topográficas, orográficas y geográficas: mesetas, cordilleras, montañas, colinas, andenes; la tierra cubierta de agua, las islas, el interior de la tierra (sototierra), la tierra alumbrada por la luna o por el sol, la tierra sumida en oscuridad.

Potznansky dice que la causa engendradora del "Signo Escalonado" es la idea de que la bóveda celeste tiene una configuración escalonada; también puede ser la contemplación del rayo en su forma de zig-zag, "al brillar en el firmamento en las noches oscuras de tormenta y en esta manifestación cósmica creían ver la forma del cielo. Además a esta creencia habrá sin duda contribuído la forma peculiar que presenta la vía láctea en el hemisferio meridional, como también el característico aspecto de las nubes. (cúmulos)".

Esta explicación ingenua, más que ingeniosa, no puede ser tomada en serio. Tampoco la explicación para buscar la génesis del "Signo Escalonado" en la visión del paisaje.

"Aún es más comprensible, agrega Potznansky, el intento de buscar la génesis de esta idea en que los habitantes

de estas regiones cuando viajaban, subían de planicies bajas a planicies altas trasmontando sierras para bajar del mismo modo por la otra vertiente de la montaña, cual sobre peldañón gigantesco”.

“Por ello se imaginaban aquellos hombres la corteza de la tierra como una greca (véase la cornisa de la Puerta del Sol) por donde se ve que la forma de terraza de la cordillera Andina y el Antiplano, fué el motivo principal para admitir que la tierra tiene una forma escalonada, de cuya creencia es expresión el signo que se estudia”. (1).

Más que la apoteosis de la segunda época del Tiawana-ku, la Puerta del Sol, con su extraña iconografía de ritmo geométrico, con el convencionalismo de las cuarenta y ocho figuras alineadas en su friso, en postura subalterna, dinámicos, en posición inferior, vueltos hacia la inmovilidad de Wiracocha, el Ser Supremo, estático en su pedestal escalonado, es la afirmación omnipotente del ortogonal, la representación del orden cósmico, síntesis del hieratismo ideológico de una cultura labrada en la piedra, en la madera, en el barro policromado y en el ornamento de los tejidos.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

¿Cómo saber la verdad? La leprosa puerta dolménica nos invita a traspasar su enterrado umbral. Está abierta hace miles de años, porque jamás se cierra; ni ante el espacio ni ante la duda. El viajero puede entrar sin dificultad y recorrer las ruinas de Acapanac y Pumacocha, subir por los escalones megalíticos de Kalasasaya. Puede preguntar, medir, indagar, intuir o juzgar. Los guerreros alados, los pumas y cóndores le encaminarán por el severo arcaísmo de su

(1) Arturo Potznansky.—“Una Metrópoli Prehistórica en la América del Sud”.—Tomo II pág. 121.

existencia lítica. Su bocaza hemipléfica —¿por acción de un rayo o persecución de las idolatrías?— permanecerá siempre muda, a pesar del incógnito y feroz puñetazo, y no sabremos con certeza si los hombres alados de la primera y tercera franja, llevando bastón de mando, lanzas y peinados coquetudos, son dioses o semidioses. ¿Qué rol desempeñan los pájaros incididos en la franja central? ¿Por qué las figuras subalternas se dirigen hacia la figura central de Wiracocha?

En vano preguntaremos a los cóndores asomados al Signo Escalonado si efectivamente son receptores de la luz solar; a los “pumas”, si son ascendientes de los que hoy se esconden en las grietas andinas o símbolos de una fauna extinguida por el cataclismo; no podemos adquirir la certeza del significado de los signos coronados. ¿Simbolizan lluvia las lágrimas en la faz de Wiracocha o son “signos alas” de la divinidad? ¿Qué costumbres, usos y leyes representan los cetros? ¿Qué, la veneración por el Mallku, —cóndor macho con su crestón canoso—? ¿Es corona de jerarquía terrenal este crestón venerable o es aureola divina, de vencedor y poderoso?

Lo único que podremos constatar es que, todo en el arte Tiawanakota reposa en estrictos principios técnicos y espirituales. Que está regido por el formalismo de una cultura religiosa; es un arte dirigido por una casta sacerdotal encargada de vigilar el hieratismo de las fórmulas sagradas, de interpretar el simbolismo de una sucesión de ángulos rectángulos que resumen el orden y la armonía alcanzadas por las teogonías universales.

La expresión plástica de una forma intocable; la invariable encarnación de un predominio religioso, estético, sobre una filosofía geognóstica. Como los sacerdotes egipcios vigilan la inviolabilidad de la figuración de los dioses en un



arte que es resumen de representaciones de poder constante, así en Tiawanaku las hermandades "Amaotanaka" y "Yatinaka", vigilarán inflexibles, la inviolabilidad del ortogonal y su aplicación en la expresión del pensamiento tiawanakota. La invariable trayectoria de la línea vertical y horizontal cuya conjunción divina es el ángulo arquetipo.

Hay que seguir la irradiación del ortogonal al través del continente americano. Perseguir su huella por las cumbres andinas. Tocar a las puertas del laberinto de Chavín de Huantar, bajar por cumbres y andenes hasta las tierras calientes, hasta los valles calchaquis, cuyas culturas, sin esta clave, serían incomprensibles; recorrer los arenales de Nazca y las necrópolis de Paracas, de Pachacamac y remontarse por el Ckolla-suyo para constatar la elocuencia iconográfica de este signo universal, unido a la prehistoria del lejano Miltla, Uxmal y Chichen Itza. Veremos que por este signo el arquitecto-artista del Tiawanaku, desde el primero hasta el último de los períodos clasificados por los arqueólogos, logra unificar con una ornamentación geométrica sui generis, la iconografía, y los aspectos universales de América precolumbina demostrando el enlace, la relación de todas las culturas, bajo la expresión del signo inmutable: el Ortogonal.

FELIPE COSSÍO DEL POMAR.

El empleo y desempleo en el área del Alto Huallaga.

Conforme a los dictados del método de "análisis integral del área" estudiaremos en el presente artículo los datos que nos ofrece el Censo de 1940 para los Departamentos de Junín, Huánuco y San Martín, circunscribiendo nuestras apreciaciones a los fenómenos socio-geográficos por nosotros constatados en diferentes pueblos de los antedichos Departamentos que se hallan dentro de la hoya hidrográfica del Río Huallaga. De esta suerte, cuando empleamos la palabra área nos referimos a todos los centros urbanos, a los campos agrícolas, a los pastizales naturales, a los bosques y a los desiertos pétreos que están comprendidos entre las nacientes del Río Huallaga por el Sur y la boca del Río Chonta-yacu, a inmediaciones de Uchiza, por el Norte y entre la Cordillera Central por el Oeste y la Cordillera de Huachón o Azul por el Este.

Habiéndose dividido el Departamento de Junín y dado nacimiento al Departamento de Pasco, nuestras apreciaciones se refieren a los sectores Huallaguinos de las Provincias de Carrión y Pasco del nuevo departamento.

La población económicamente activa de los Departamentos de Huánuco, Pasco y San Martín fluctúa entre un

34 % y un 38 % del total de sus respectivas poblaciones, correspondiendo el 34 % a Huánuco, que tiene el mayor número de inactivos; el 36 % a San Martín; y, el 38 % a Pasco, que tiene el menor número de inactivos. (Véase cuadros A. y B.).

Es común a los Departamentos de Huánuco, Pasco y San Martín como lo es a todo el Perú que la mayor inactividad corresponda a las mujeres. (Véase cuadro C.). Los tres Departamentos son principalmente agrícolas, correspondiendo la cifra mas baja a Pasco con el 51 %, la mediana a Huánuco con el 70 % y la más alta a San Martín con el 75 % de la población dedicada a dicha actividad. En los tres Departamentos la actividad que ocupa el segundo lugar es la correspondiente a las industrias de transformación. El tercer lugar en Pasco lo ocupa la minería, por ser este Departamento el que tiene la mayor actividad minera del Perú, pero no significa esto casi nada para el presente estudio ya que los centros de mayor actividad minera del Departamento se encuentran fuera de los límites de nuestra área.

El resto de las ocupaciones distribuidas por muy pequeños porcentajes pueden agruparse por orden de importancia en la siguiente forma: 1.—Ganadería, Selvicultura, Caza y Pesca. 2.—Profesiones y Servicios personales. 3.—Industrias extractivas (menos minería para Pasco). 4.—Comercio, Crédito y Seguros. 5.—Administración Pública y Servicios de Interés General. 6.—Edificación, Construcción y Reparaciones. 7.—Transportes y Comunicaciones. 8.—Diversas ramas de la actividad no clasificada. (Véase Cuadro D.).

CUADRO A

POBLACION CENSADA DE LA REPUBLICA, ECONOMICAMENTE ACTIVA E INACTIVA, SEGUN SEXO, POR DEPARTAMENTOS

(Cifras absolutas)

Departamentos	Población Económicamente A C T I V A		Población Económicamente I N A C T I V A		POBLACION Censada	
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
	Huánuco	58,989	22,409	152,626	57,244	95,382
Junín	107,067	56,244	265,544	102,276	163,268	428,855
San Martín	20,643	13,870	60,330	25,798	34,532	94,843

CUADRO B

POBLACION CENSADA DE LA REPUBLICA, ECONOMICAMENTE ACTIVA E INACTIVA, SEGUN SEXO, POR DEPARTAMENTOS

(Cifras relativas) (1)

Departamentos	Población Económicamente Activa		Población Económicamente Inactiva	
	Total %	Hombres %	Total %	Hombres %
	Huánuco	34.78	72.47	65.22
Junín	38.08	65.56	61.92	38.52
San Martín	36.39	59.81	63.61	42.76

(1).—Los porcentajes de población económicamente activa e inactiva se han obtenido sobre el total de la población censada de cada Departamento. Los de hombres y mujeres están referidos, separadamente, a la población económicamente activa e inactiva de cada Departamento.

CUADRO C
POBLACION CENSADA DE LA REPUBLICA, ECONOMICAMENTE ACTIVA E
INACTIVA, SEGUN SEXO, POR DEPARTAMENTOS

Cifras relativas (1)

Departamentos	Población Económicamente activa		Población Económicamente Inactiva	
	Total %	Hombres %	Total %	Mujeres %
Huánuco	3.29	3.69	4.09	4.21
Junín	6.60	6.70	7.11	7.21
San Martín	1.39	1.29	1.62	1.53

(1).—Los porcentajes departamentales de cada una de las columnas están referidos a su respectivo total nacional.

Biblioteca de Letras
 «Jorge Puccinelli Converso»

CUADRO D

**POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA DE LA
REPUBLICA, SEGUN LAS GRANDES RAMAS DE ACTIVIDAD
ECONOMICA, POR DEPARTAMENTOS**

(Cifras relativas) (1)

Ramas de Actividad Económica %	DEPARTAMENTOS		
	Huánuco	Junín	San Martín
TOTAL %	3.29	6.60	1.39
Agricultura %	70.08	51.42	75.69
Ganadería, Silvicultura Ca- za y pesca %	8.31	9.93	1.14
Minería e Industrias Extrac- tivas Similares %	0.30	8.42	0.24
Industrias de Transforma- ción %	10.51	12.37	15.46
Edificación y Construcción y Reparaciones %	1.72	1.79	0.31
Transportes y Comunicacio- nes %	0.82	2.09	0.37
Comercio, Crédito y Seguros %	2.24	4.34	1.91
Administración Pública y Ser- vicios de Interés General %	1.42	2.59	1.69
Profesiones y Servicios Per- sonales %	3.52	5.57	2.63
Otras ramas económicas no Clasificadas %	1.08	1.48	0.56

(1).—Los porcentajes Departamentales de cada gran rama de actividad económica están referidos a la población económicamente activa de cada Departamento.

Conforme a la orientación agrícola del área y no industrial sino principalmente doméstica, es posible la ocupación de los niños desde los primeros años de la vida. Así, en el Departamento de Huánuco los niños en edad escolar, esto es, entre 6 y 14 años representan el 57 % de la población activa, en Pasco el porcentaje disminuye porque la actividad mi-

nera no permite el trabajo de los niños muy tiernos; y, en San Martín por razones de educación y por razones climáticas que afectan gravemente la salud de los niños, estos no pueden trabajar y el porcentaje se reduce a solo el 30 %. En este Departamento la actividad comienza con mayor brío a los 15 años y empieza a declinar después de los 45 años. Ahí la vida económicamente activa es muy corta, mientras en el Departamento de Huánuco de clima más benigno, con mejores condiciones higiénicas, sanitarias, la vida económicamente activa se inicia, en algunos casos, desde antes de los 6 años y solo comienza a declinar después de los 65. A esta edad el porcentaje de activos en Huánuco es todavía mayor que en Pasco y San Martín. (Véase cuadro E.).

La población económicamente activa tiene las siguientes principales categorías: 1.—Patrones y dueños, esto es, empleadores y gente que trabaja en la finca propia sin emplear a nadie. 2.—Empleados, que en el área son aquellos que trabajan en negocio ajeno, en labores principalmente intelectuales. 3.—Los obreros que son los que trabajan en labores principalmente manuales en las fábricas, minas o en la agricultura, pero bajo la dependencia de un empleador. 4.—“Parientes-Colaboradores”, aquellos que trabajan en cualquier clase de actividad pero sin ser empleado, ni obrero, ni dueño, sino un dueño potencial e interesado en el negocio. 5.—Independientes, son todos aquellos que trabajan en cualquier clase de actividad sin relación a jefes ni empleados, por lo cual tienen casi la misma calidad que los dueños de la primera categoría, pero no de bienes inmuebles, si no de su voluntad para trabajar o no, o para elegir a su arbitrio el lugar, el horario y la tarea. (Véase cuadro F.).

Las condiciones de empleo del área, expresadas por las cifras correspondientes al Departamento de Huánuco, son

CUADRO E
POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA DE LA REPUBLICA, CLASIFICADA
POR GRUPOS DE EDAD, POR DEPARTAMENTOS

(Cifras absolutas y Cif. Relat).

Grupos de Edad	Huánuco		Junín		San Martín	
	Número	%	Número	%	Número	%
De 6 a 14 años	5,350	6.57	9,550	5.85	1,060	3.07
" 15 " 19 "	9,172	11.27	18,865	11.55	4,760	13.79
" 20 " 29 "	21,399	26.29	43,571	26.68	11,212	32.49
" 30 " 44 "	23,914	29.38	48,795	29.88	10,695	30.99
" 45 " 64 "	15,415	18.94	31,495	19.28	5,897	17.09
" 65 y más años	6,133	7.53	11,006	6.74	866	2.51
" edad no declarada	15	0.02	29	0.02	23	0.06

Biblioteca
 George Puccinelli Converso

CUADRO F
POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA DE LA REPUBLICA, CLASIFICADA
POR CATEGORIAS DE OCUPACION Y SEXO, POR DEPARTAMENTOS

(Cifras absolutas y relativas)

Clasificación por categorías de ocupación y sexo	D E P A R T A M E N T O S					
	Huánuco		Junín		San Martín	
	Número	Porcentaje	Número	Porcentaje	Número	Porcentaje
Patronos y dueños	(a)	(a)	(a)	(a)	(a)	(a)
Hombres	25,991	44.06	41,343	38.61	8,416	40.77
Mujeres	4,347	19.40	18,605	33.08	2,059	14.84
Empleados						
Hombres	1,234	2.09	4,819	4.50	532	2.58
Mujeres	288	1.29	1,087	1.93	191	1.38
Obreros						
Hombres	15,012	25.45	40,403	37.74	2,439	11.82
Mujeres	6,273	27.29	16,461	29.27	2,732	19.70
Parientes-Colaboradores						
Hombres	7,915	13.42	7,284	16.80	3,516	17.03
Mujeres	6,953	31.03	11,968	21.08	5,576	40.20
Independientes						
Hombres	8,575	14.54	11,539	10.78	5,523	26.75
Mujeres	4,467	19.93	7,225	12.84	3,243	23.38
Categoría no Declarada						
Hombres	262	0.44	1,679	1.57	217	1.05
Mujeres	81	0.36	898	1.60	69	0.50

(a).—Los porcentajes de hombres y mujeres en esta columna son hechas a base de el total del número de hombres y mujeres respectivamente.

verdaderamente satisfactorias pues tienen la calidad de dueños y patronos el 37.27 %, cifra a la cual puede ser añadida el 18.26 % de los parientes colaboradores y el 16.02 de los dependientes que también tienen la situación de dueños, con lo cual se evidencia que el 71.55 % trabajan en negocio propio. Los obreros y jornaleros en general son el 26.14 % y los empleados solo el 1.86 % (véase cuadro G.).

CUADRO G

POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA DE LA REPUBLICA, CLASIFICADA POR CATEGORIAS Y POR DEPARTAMENTOS

(Cifras relativas generales para Huánuco)

Categorías de Ocupación	Huánuco %
Patronos y Dueños	37.27
Empleados	1.86
Obreros	26.14
Parientes Colaboradores	18.26
Independientes	16.02
Categoría no Declarada	0.42

Esta situación es la causa de que la vida sea sin ninguna prisa, sin grandes urgencias pues como cada uno es dueño de su trabajo y de su tarea, suele deferirse las obligaciones a voluntad de cada persona. Así, los artesanos no cumplen jamás con entregar las obras en un plazo fijo, no se puede hacer nada para un tiempo determinado y las gentes han adoptado la perniciosa costumbre de iniciar todas las tareas solo en día Lunes, perdiendo todo el tiempo que media entre la decisión y el lunes de la iniciación de la obra.

Actividad Agrícola.—El aislamiento del área hasta hace pocos años, y la enorme distancia que la separa de sus pocos mercados de consumo, ha condicionado una agricultura

dedicada exclusivamente a satisfacer sus propias necesidades.

La autarquía económica del área se logró en un 100 % durante los primeros años de La Colonia. Los conquistadores aportaron algunos elementos económicos como el trigo, la caña de azúcar, las ovejas, las gallinas, los cerdos, las vacas y los caballos; se adueñaron de todas las tierras que desearon y de la enorme fuerza humana de los indios que les fueron entregados a su cuidado, e hicieron la mas hábil distribución geográfica y económica del trabajo en relación con la estructura social de aquel momento. Comprendieron que no podían continuar exportando ningún artículo, como lo hicieran en los primeros días con el trigo y comprendieron también que los indios anhelaban para lenitivo de sus tristezas, consiguientes al desposeimiento de que habían sido víctimas, la coca que adormece y el alcohol que entusiasma. Por ello prefirieron las tierras productoras de caña, transformando a sus antiguos dueños en operarios de sus haciendas lo que se prueba fácilmente al observar el mapa del "Area de la Caña" en el cual se descubre antiguas poblaciones cuyos grandes cementerios aparecen hoy entre los cañaverales. También se hicieron dueños de las plantaciones de coca que los indios tenían en las montañas, principalmente en la cuenca del río Chinchao y las extendieron.

Así, el conquistador español tuvo en sus manos a parte de la fuerza política del Estado, las fuerzas invisibles pero poderosas del alcohol y de la coca, vale decir que tuvo tanto el control de las libertades físicas como de las psicológicas del indígena. Gracias a estos dos elementos fué facilísimo con muy pocos soldados mantener el orden entre los miles de hombres que se convirtieron en los cultivadores del maíz, las papas, etc. que consumían los blancos de las ciudades y

en los pastores del ganado que proporcionaban las carnes y las lanas con que se hacía los tejidos en los numerosos obrajes que instalaron los españoles para atender a sus propias necesidades de telas y también a las necesidades de los indios.

Esta situación duró toda La Colonia y *no se modificó, ni en lo menor, con la independencia*, porque razones económicas y sociales basadas en la Geografía las condicionaban así. Hasta hace muy pocos años hemos tenido un área económicamente autárquica en la cual unos pocos blancos y mestizos eran dueños de toda la producción de coca y alcohol de caña, artículos con los cuales comerciaban los indios que a su vez les vendían artículos de primera necesidad a precios muy bajos, ya que el indio jamás había tomado en cuenta el costo de producción ni la rentabilidad, sino que vendía solamente aquellos artículos que le sobraban de su industria doméstica a los precios que le fijaban los hombres de la ciudad.

Esta autarquía no era del todo absoluta pues los blancos y mestizos y los propios indios requerían del comercio exterior para conseguir ciertos artículos como: telas, licores, medicinas, herramientas, colorantes etc. y en cambio exportaban pequeñas cantidades de coca y aguardiente. Cuando hacia 1925 se abrió la carretera Huánuco-Cerro de Pasco, comenzó a cambiar la faz de la economía y ahora que la carretera a Pucallpa ha abierto nuevas rutas al comercio, la evolución económica ha permitido al indio, por primera vez, comparar el monto de los salarios que ha empezado a percibir en las obras de caminos y colonización con el rendimiento de su actividad en la agricultura que hasta este momento realizaba, dándose cuenta de que es mas ventajoso para él emplearse como jornalero en las nuevas obras que

seguir trabajando en su propia tierra o en las antiguas haciendas con lo cual ha producido una fuerte convulsión económica al negar su contribución a la agricultura de la época pasada, y al dejar de cultivar grandes áreas de sus propias tierras.

Dicha actitud ha podido ser tomada por muchos de aquellos indios que solían hacer un trabajo estacional, en las áreas de la caña y de la coca, aprovechando del tiempo libre que disponían entre las distintas faenas agrícolas de sus propias chacras y también ha sido tomada por algunos de aquellos otros indios que en calidad de operarios están adscritos a las haciendas los que han comenzado a evadirse, creando un problema a los empleadores pues en muchos casos han percibido una habilitación en dinero y luego han dejado la hacienda, defraudando al patrón.

Por esta causa se ha producido una crisis, principalmente entre los hacendados de la coca, muchos de los cuales han vendido sus haciendas o las han arrendado precisamente a los propios comerciantes de dicho artículo, quienes para resolver la escasez de brazos han elevado los salarios ya que están en condiciones de controlar los precios por ser casi los únicos productores y porque es fácil controlar los precios, para mantenerlos altos, en un artículo como la coca cuyo mayor precio es insensible para el consumidor, a quien un alza no le representa sino unas cuantas hojas menos en la ración diaria y quien a su vez por ser el jornalero mejorado no ha opuesto ninguna resistencia.

Pero ha ocurrido también algo muy interesante en cuanto al alza de los precios de los artículos de primera necesidad producidos por los indios. Al reducirse las áreas cultivadas, han disminuído los volúmenes de producción y los antiguos productores —que ahora ganan un salario mejor— se

han convertido a su vez en consumidores, por lo cual los precios se han elevado hasta igualarse a los que se pagaban normalmente fuera del área. Con tales precios es posible que el trabajo en la tierra propia empiece a constituir una actividad mas atrayente y hay el peligro de que los actuales jornaleros que están trabajando en las tierras nuevas de la selva dejen de acudir a ellas, creando la paralización de dicha naciente actividad agrícola, cuyo poder de absorción de mano de obra va a aumentar cada año, conforme a las leyes de la colonización.

La actividad agrícola es fundamental en el área y ella ha condicionado las diversas sub-áreas, que conforme a los datos del censo y al trabajo de campo realizado sabemos que dan ocupación en la siguiente forma:

Actividad agrícola	Total	Hombres	Mujeres
En el área de maíz	30,792	25,073	5,719
" " " " la papa	17,404	13,600	3,804
" " " " " coca	5,169	4,562	607
" " " " " caña	3,748	3,100	648
" " " " " del plátano	1,978	1,800	178
" " " " " café	1,535	1,318	217
" " " " " té	426	348	78
Total	61,052	49,801	11,251

Conforme a este cuadro resulta que el 75 % de la población del Departamento de Huánuco se dedica a la agricultura; pero como en 1940 esta actividad solo alcanzaba al 70.08 %, ha habido un incremento del 5 % explicable por las siguientes razones:

1.—Que propiamente a partir de 1940 las obras de colonización han dado nacimiento a dos nuevas áreas agrícolas que las estudiamos con los nombres de áreas del té y del plátano.

2.—Que a estas dos nuevas áreas han acudido de diferentes lugares trabajadores con sus familias que representan un aumento del 2,05 %.

3.—Las dificultades creadas por la guerra al transporte, a las pequeñas industrias y al comercio y los mejores precios de los artículos de primera necesidad, han provocado una mayor dedicación a la agricultura en las áreas del maíz y de la papa.

Otras actividades No Agrícolas.—Todas las demás actividades reunidas representan solo el 25 % de la población económicamente activa. De este porcentaje casi el 19 % se reparte entre Industrias de transformación y ganadería, restando un 6 % para 5 grupos de las mas diversas actividades, entre las cuales las profesiones liberales y los servicios personales alcanzan al 3.52 %.

Las Industrias de Transformación.—Esta actividad representa en el Departamento de Huánuco el 10.51 % y se refiere a la industria textil que se realiza en el área por los indios para atender a sus propias necesidades de telas, pues los campesinos usan tejidos de lana y algodón que confeccionan sus mujeres. Los hombres tejen también pero no telas para vestidos sino bayetas y jergas de lana de oveja que venden a los productores de coca que las necesitan para hacer los sacos en que empaican las hojas a fin de que se conserven en buen estado por un largo tiempo. Los hombres se dedican también a la fabricación de frazadas. Es interesante anotar que mientras en general en el área las mujeres trabajan en un porcentaje muy reducido respecto de los hombres en esta actividad textil hay solo 618 hombres y 4,301 mujeres.

Lo que significa que la obligación de vestir a la familia reposa exclusivamente sobre la mujer, la cual cumple per-

fectamente su deber, aunque con las limitaciones de la "callhua" o pequeño telar de madera de factura indígena que es el único equipo que emplea para tejer.

Esta actividad forma parte de la educación tradicional de las gentes del área a tal extremo que las mujeres jóvenes hacen radicar su mayor atracción y valía personal en el uso de numerosas mantas tejidas por ellas mismas. Tal el caso de Panao en que a veces las jóvenes solteras llevan sobre sí hasta 12 mantas blancas y cremas, según sean de algodón o lana, dispuestas con mucha armonía y usadas con mucho orgullo.

En este renglón de actividades, está al borde de la desaparición la antigua y próspera industria de arneses para cabalgaduras, arte del trenzado de cuero y de talabartería que dió ocupación a muchas gentes pero que ahora con la desaparición del transporte por acémilas ya no constituye mas que una curiosidad.

En Tingo María está naciendo una importante industria de tejido de bejucos con las cuales se fabrican a mano muebles muy resistentes y primorosos. A cargo de la enseñanza hay un profesor pagado por el Gobierno y ya son varios los jóvenes que se dedican a la fabricación de muebles de mimbre que podrán tener un buen mercado en Lima y quizás hasta en el extranjero.

La industria de curtiduría tuvo un marcado desarrollo en la Provincia de Pachitea, pues los indios disponían de los cueros de los animales sacrificados en el área, empleaban sustancias vegetales como la corteza del árbol magche-magche que crece en el área en los bosques de las alturas y vendían muy baratas buenas suelas con las cuales los zapateros de Panao realizaban la única industria que por muchos años se desarrolló en la capital de aquella Provincia. Hoy día los

cueros crudos tienen mas valor que los curtidos y las fábricas de calzados de Lima han invadido los mercados de Huánuco fabricando tipos semejantes a los que se hacían en Pano.

No hay industria de pieles aun cuando es posible desarrollar la de nutria pues el río Huallaga ofrece un habitat propicio para dicho animal y del cual existen especies salvajes de piel muy fina que en la región recibe el nombre de lobo de río.

Poca gente se dedica a la extracción y tejido de la fibra de la cabuya, la cual es una planta muy abundante y podría dar nacimiento a una industria organizada y estable, ya que hay grandes extensiones de tierras que no se pueden cultivar con otras plantas pero en cambio son muy propicias a la cabuya. En la actualidad se explotan apenas pequeñas cantidades para atender a las demandas domésticas de cordelería y a la fabricación de los cohetes y petardos que la emplean como empaquetadura.

Ganadería, Selvicultura, Pesca y Caza.—De todas estas actividades solo tiene alguna importancia la ganadería que da ocupación a 2,724 hombres y 3,919 mujeres. La ganadería de ovinos emplea a 572 hombres y a 1,134 mujeres. Todos los demás están dedicados a la cría de otros tipos de ganado tales como vacunos y porcinos, siendo casi nula la ganadería de equinos y caprinos y verdaderamente nula la de auchénidos, aunque estos animales tienen en el área grandes extensiones propicias para su desarrollo y según refieren Las Crónicas, la región estuvo muy poblada por llamas, huanacos y vicuñas. Los auchénidos no se utilizan mas que como animales productores de lana y como bestias de transporte, aunque son muy poco resistentes. También en algunos lugares del Perú se les emplea como productores de carne, rol en el cual

podrían constituir para el área una parte de la solución al problema de la escasez de carnes.

Los pastores del área son una verdadera contradicción social-geográfica, pues aunque tienen por función vivir para criar animales no viven a expensas de ellos, sino de la agricultura que la ganadería permite desarrollar. Es pues una ganadería que no tiene por finalidad la producción de carnes, leche, mantequilla o queso, sino guano para abonar los campos de cultivo, lanas para hacer los vestidos, fuerza para halar los arados. Es un pastor que vive como agricultor. Esta circunstancia se basa tanto en la reducida cantidad de los rebaños cuanto en que de ordinario el pastor apacienta rebaños ajenos de los cuales no puede disponer.

La pesca fué una buena ocupación y todavía se practica en pequeñas proporciones en el río Huallaga por los habitantes de Uchiza pero se ha empleado siempre el método parasitario de la pesca por medio del barbasco o cube que consiste en envenenar todas las aguas del río en muchos kilómetros de recorrido obteniendo por una sola vez una buena cantidad de pescado, pero dejando exterminadas todas las especies de peces en el río por mucho tiempo. En el orden a esta actividad el Gobierno ha sembrado recientemente alevinos de truchas en los ríos Panao, Higueras y alto Huariaca. En este último, hay actualmente alguna cantidad de truchas arco iris que dan lugar solo a la pesca deportiva.

La pesca por anzuelos se realiza en el río Huallaga y sus afluentes, especialmente en las proximidades de la ciudad de Huánuco y Ambo, en donde se pescan dos variedades de peces pequeños llamados bagres y cachuelos. Se realiza en la forma mas anárquica imaginable, sin control de ninguna clase ni en el tiempo ni en los métodos, por lo cual hay cada vez menor cantidad de pescado en el mercado. En

el área de la coca la pesca constituye una de las peores ocupaciones que puede realizar el poblador pues para ello van, los hombres, a las orillas de los ríos provistos de aguardiente y coca y con el pretexto de la pesca chacchan y se emborran y son picados por los zancudos y las malas noches acumuladas concluyen enfermando a los pescadores. De suerte que esta pesca es una verdadera desgracia social, pues tiene la rareza de atraer con violencia al pescador, sin ninguna utilidad económica y con grave perjuicio para la salud. Felizmente el número de la gente que se dedica a ella es reducida.

Los Servicios Personales.—En esta actividad están ocupados 838 hombres y 2,027 mujeres de los cuales el número mas alto corresponde a los sirvientes, que son 585 hombres y 1710 mujeres. Hay que indicar la particularidad de este género de ocupación consiste en la evasión de las mujeres del campo hacia la ciudad, pues muchas huyen de la casa paterna para hacerse sirvientas en la ciudad, donde fácilmente se asimilan a las costumbres urbanas. Muy pocas son las que regresan a su pueblo de origen y mas bien se encargan de hacer el traslado de sus parientes que encuentran trabajo inmediatamente ya que las vías de comunicaciones han llevado al área una población de forasteros que pagan cada vez mejores sueldos a los sirvientes. Las viejas familias de la ciudad solían tener muchos sirvientes porque lo único que les costaba era la comida que les daban ya que el sueldo fluctuaba entre S/. 3 y 9 al mes; pero ahora se les paga de S/. 15. a 30 al mes, mas casa y comida. La falta de sirvientes constituye un problema serio pues la gente está acostumbrada a que todo se haga por mano mercenaria y las señoras de buena situación social consideran muy poco distinguido el cocinar y barrer, así como el lavar, por lo cual

CUADRO H

**POBLACION ECONOMICAMENTE INACTIVA DE LA REPUBLICA, CLASIFICADA
POR GRUPOS DE EDAD Y SEXO, POR DEPARTAMENTOS**

(Cifras absolutas)

D E P A R T A M E N T O S

Edad	Huánuco		Junín		San Martín		Total		Totales
	Homb.	Muj.	Homb.	Muj.	Homb.	Muj.	Homb.	Muj.	
Menores de 6 años . . .	23,376	23,017	38,391	38,353	10,865	10,454	72,632	71,824	144,456
De 6 a 14 años	26,794	25,799	46,889	44,310	12,739	11,896	86,422	82,005	168,427
De 15 a 19 años	4,515	7,449	9,977	13,524	2,048	2,765	16,540	23,738	40,278
De 20 a 29 años	1,010	12,752	2,497	22,353	258	3,529	3,765	38,634	42,399
De 30 a 44 años	517	13,684	1,485	21,807	134	3,062	2,136	38,553	40,689
De 45 a 64 años	340	8,754	1,115	14,841	118	1,926	1,573	25,521	27,094
De 65 y mas años	682	3,912	1,402	8,057	130	895	2,214	12,864	15,078
De edad no declara . . .	10	15	20	23	6	5	36	43	79
	57,244	95,382	102,276	163,268	25,798	34,532	185,318	293,182	478,500



ellas solo se dedican a supervigilar a los niños y mandar a los sirvientes.

POBLACION ECONOMICAMENTE INACTIVA

La población económicamente inactiva del Departamento de Huánuco es de 152,626, de los cuales 57,224 son hombres y 95,382 son mujeres (véase el cuadro H.). El mas alto porcentaje de inactivos corresponde al grupo que el Censo denomina con el nombre de "otros inactivos mayores de 6 años" con 33.17 %; siguen los menores de 6 años con el 30.40 %. Las mujeres al cuidado del hogar alcanzan el 25.12 % y los estudiantes alcanzan el 10.74 %. Los desocupados pensionistas y rentistas juntos no alcanzan ni siquiera al uno por ciento. (Véase el cuadro I.).

CUADRO I

POBLACION ECONOMICAMENTE INACTIVA POR CATEGORIAS, EN EL DEPARTAMENTO DE HUANUCO

GRUPOS	Cifras absolutas	Cifras relativas %
Menores de 6 años	46.393	30.40
Mujeres al cuidado del hogar . .	38.344	25.12
Estudiantes	16.396	10.74
Desocupados	768	0.50
Pensionistas	20	0.01
Otros inactivos mayores de 6 años	50.629	33.17
	<hr/> 152.626	<hr/> 100.00

El caso de los inactivos mayores de 6 años es verdaderamente interesante de analizar pues se trata de una fuerte población que no produce para el área y que podía constituir una carga muerta y ser la causa del atraso económico

de la región, si es que, afortunadamente, en su mayor parte, en el 79.49 %, no estuviera formada por niños entre 6 y 14 años. Estos son los niños en edad escolar que no asisten a la escuela ni se dedican a ninguna ocupación económica remunerada. Muchos de ellos trabajan en la casa paterna, especialmente las niñas del campo que como es bien sabido en el área son muy laboriosas y sirven de gran ayuda a la mamá en las funciones domésticas. Cuando las escuelas sean tan numerosas que permitan la instrucción de toda esta población, el número de otros inactivos se habrá reducido a solo un quinto de su actual importancia. (Véase cuadro J.).

CUADRO J

OTROS INACTIVOS MAYORES DE 6 AÑOS POR GRUPOS DE EDAD Y SEXO

Grupos	Hombres	Mujeres	Total
De 6 a 14 años	18,764	21,484	40,248
De 15 a 19 años	1,433	2,005	3,438
De 20 a 29 años	510	773	1,283
De 30 a 44 años	371	475	846
De 45 a 64 años	210	1,293	1,503
De 65 y mas	661	2,636	3,297
Edad no declarada	7	7	14
	<hr/>	<hr/>	<hr/>
	21,956	28,673	50,629

Los jóvenes entre 15 y 19 años que no estudian ni trabajan son en número de 3,438, igual al 6,79 % de los "otros inactivos mayores de 6 años". Este grupo está constituido en su mayor parte por mujeres que aguardan matrimonio y que realizan actividad doméstica no remunerada, razón por la cual aparecen como inactivas. Mas peligroso es el caso de los hombres de este mismo grupo, pues de ordinario es-

tos no se dedican a actividad económica, ni trabajan en nada para sus propias casas, pues suelen ser un tanto inadaptados no cursan estudios secundarios o porque no tienen capacidad para ello o porque no tienen orientada su vocación. A esta edad la autoridad paterna suele ejercerse un tanto disminuída, por lo cual este grupo de jóvenes ofrece un grave peligro para la sociedad ya que algunos de ellos suelen dedicarse a la embriaguez y a una peculiar bohemia que consiste en buscar fiestas y vivir a expensas de ellas, sin trabajar en nada. Debo hacer presente que esta situación comienza a partir de los 18 años y dura hasta después de los 23 o 24 afectando a muy pocos jóvenes.

Algunas personas en Huánuco han sostenido que es posible disponer en las nuevas obras del área de toda la población económicamente inactiva; pero realmente ello es solo un sueño ya que no se puede contar con el trabajo de los niños menores de 6 años; las mujeres al cuidado del hogar quizás podrían ser disminuídas en su número si es que se electrificara la región y se pudieran disponer de cocinas eléctricas que ahorrarían tiempo, pues de ordinario estas mujeres emplean la mayor parte de su tiempo en la cocina. Así también estas señoras realizan la mayor parte de la tarea de lavandería que en otras áreas es una actividad económica remunerada y que en la nuestra es solo doméstica, ya que según el Censo de 1940 en todo el Departamento de Huánuco, dedicados a la Lavandería y Tintorería solo hay 8 hombres y 89 mujeres. Finalmente el standard bajo de la vida obliga a usar la ropa remendada, a veces entre los campesinos los remiendos llegan a ser tantos que es imposible saber de que color fué la tela originaria del vestido y los parches de distintas telas se cuentan por cientos: y, esta labor está encargada también a las mujeres al cuidado del hogar.

El único número de personas con el cual verdaderamente se puede contar es con los 768 desocupados los cuales en la mayoría de los casos mas que desocupados son un tipo especial de vagos pues solo desean trabajar de oficinistas en alguna dependencia del Estado o en las actividades privadas, pero como no encuentran el trabajo acomodado a sus gustos no trabajan y se acostumbran a vivir a expensas de los parientes, ya que en el área el sentido de parentesco es muy singular: obliga a los parientes próximos a dolerse del que tiene una situación económica inestable, pero nadie procura el cambio radical de la mala situación sino que acuden a los paliativos y a las donaciones por misericordia, que concluyen inadaptando al desocupado.

En resumen:

No hay en el área el problema de los desocupados, pero si hay el problema de las rentas muy reducidas, razón por la cual la capacidad adquisitiva de la mayoría de las personas es muy insignificante, dando una prueba de ello la pobreza de las casas en las cuales hay muy pocos muebles: lo remendados de los vestidos; lo viejo de los sombreros; una gran parte de la población camina descalza; la gente no se corta el pelo por economía; se afeitan una vez cada quince días o mas; algunas personas toman desayuno sin pan; no comen carne, no leen libros ni periódicos por no comprarlos (la venta del diario de mayor circulación en la ciudad de Huánuco no pasa de 200 ejemplares). En fin, una serie de costumbres adquiridas por la pobreza que ya es cuatricentenaria en la región; pero que felizmente parece que ha empezado a sacudirse y es posible que en breve saludemos alegres un nuevo día de bonanza y prosperidad general.

JAVIER PULGAR VIDAL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

"FIVE YOUNG AMERICAN POETS". — Third Series, 1944. —
New Directions.—Conn.

En América del Sur, los movimientos poéticos han registrado influencias, con frecuencia, de España y de Francia. Numerosos líridas han encontrado en esas literaturas fuentes de inspiración. Un grupo menor ha leído y estudiado a los poetas italianos, alemanes e ingleses, que salvando los peligrosos abismos de la traducción han dejado su huella en algunas etapas características, como la que corresponde al movimiento romántico, por ejemplo. En cambio, a pesar de que identidades geográficas lo sugerían, el contacto intelectual con la América del Norte ha sido, por muchos años, restringido o esporádico. Hoy día felizmente — y hablo de un hoy que se inicia con los años posteriores a la guerra europea del 14-18 — hay un mutuo interés entre las criaturas de una y otra parte del continente por comprender mejor el tono de sus manifestaciones culturales. En este clima de inteligencia han colaborado no solamente una efectiva corriente de intercambio de profesores y alumnos, periodistas y escritores que han recorrido América de uno a otro extremo, sino en forma fuerte y efectiva un nutrido conocimiento de las literaturas y un interés por conocer las producciones del espíritu que surgen en distintos ángulos del continente. No es posible hablar de amistad sin conocimiento. Y no es posible estrechar afectos sin la chispa que brota de la convivencia y la confrontación de las preocupaciones más nobles de la inteligencia. La difusión de los valores artísticos, tiene en este sentido, una función insustituible e invaluable.

Dentro de este concepto de difusión de los valores estéticos, la labor de la editorial norteamericana *New Directions* es encomiable. No es la oportunidad de referirme al carácter múltiple de sus actividades, pero sí quiero destacar una *serie de poesía* que comenzó a

editar el año de 1940 y cuyo tercer volumen ha aparecido últimamente. El título común a la *serie* es "*Five Young American Poets*"; pues en cada volumen aparece una selección de poemas de cinco líricos de la nueva generación. Precediendo a estas pequeñas antologías hay una explicación de su arte hecha por el autor, y una breve nota biográfica, en forma tal que el lector puede encontrar sin esfuerzo el centro de gravedad de la creación.

La obra que comentamos tiene sobre los dos libros anteriores, un contenido especial. Se incorpora por primera vez a esta *serie* una figura sudamericana. Hasta este instante la denominación *young american poets* se podía leer como "*poetas jóvenes norteamericanos*". Pero a partir de esta tercera *serie*, junto a Jean Carrigue, Tennessee Williams, Eve Merriam y John Frederick Nims aparece el poeta ecuatoriano Alejandro Carrión dándose las versiones castellana e inglesa de su lírica.

Uno de los aspectos más interesantes de *Young American Poets*, es el reunir en cada volumen nombres nuevos pero promisorios en el campo de la literatura. A través de este tipo de antología, muy superior a aquellas que se limitan a registrar uno o dos poemas, pues cada poeta ocupa más o menos cuarenta páginas, nosotros nos familiarizamos o con el tono actual, poesía de guerra de Tennessee Williams o con la actitud frecuentemente contemplativa de Jean Carrigue a través de sus "*Thirtysix poems and a few songs*", o con las preocupaciones de sabor clásico de John Frederick Nims,

Alejandro Carrión por ser el primer poeta sudamericano que ingresa a la *serie*, merece especial mención. Quién sabe si el más joven de todos, acusa una línea estética francamente depurada. Su tónica es absolutamente distinta a la de sus otros compañeros de viaje. Por ejemplo no coincide en nada con el contenido de poemas como "*Rhumba*" o "*Musical Comedy*" de Eva Merriam, figura que abre la tercera serie de *young american poets*. A través de la clara y vigorosa inspiración de Alejandro Carrión, América del Sur ha ingresado con éxito a la colección. Exhibe muestras como aquellos versos de "*Luz del nuevo paisaje*", traducidos al inglés por Dudley Fitts, que acreditan alta calidad artística del poeta ecuatoriano. Hay cierta escondida línea filosófica a veces y también promesa auroral en poemas como "*Bloqueo a la esperanza roja*". En síntesis, la serie de "*Young American Poets*" constituye útil documento para un mejor conocimiento de la poesía americana.

L. F. X.

“CANTO EN LA GUERRA”.— Manuel Villanueva. — Ediciones “Signo”.—Lima, 1945.

La muerte en su dura carrera por la tierra no ha podido ahogar la raíz eterna de la poesía, que emerge entre los despojos y las cenizas más oprobiosos, como una flor que se nutre del cieno, para dar al mundo el aroma de su mensaje. La última guerra, de la cual hemos sido espectadores lejanos, pero cuyo desgarramiento hemos sentido en pasión y carne propia, ha dado la elocuencia de su poesía en todos los continentes y en todas las horas. Como profetas antiguos, los poetas de hoy han hecho el macabro inventario de sus experiencias, pero siempre una luz de fé ha quedado encima de todo ello, a la manera de una gema preciosa. Ellos, en su palabra, han salvado lo permanente, lo que ha nacido con el mundo y no podrá extinguirse jamás.

Con estas consideraciones he leído la breve y armoniosa obra de Manuel Villanueva, “Canto en la guerra”. Su fino prologuista —Percy Gibson Parra— nos da a conocer un hecho singular en la historia del libro. Nos cuenta que él ha sido testigo del nacimiento del libro y del poeta. Este surgir, para inmediatamente enfrentarse al drama sangriento, es calidad verdaderamente excepcional que el joven poeta ha salvado con decisión y gallardía estética

Su voz inicial, la que dice la frase primera aprisionada en el torrente de su propia emoción, nos revela por entero su figura moral:

Biblioteca de Letras
“El mundo arde, compañero.
El mundo tiene las manos en el fuego.
Los campos se abonan de hombres
y las torvas ideas nos circundan.
Los vientres de las madres tiemblan
y las noticias hieren el destino de los hijos por nacer.
Entonces, tratamos de que el mundo
desande sus pasos de hierro
y somos un grano de sal en la catástrofe...”

Tiene la torturada visión de las ciudades bajo la maldición de los ataques aéreos, que concibe en figuras oscuras e irremediables:

“Allá vienen los perros gigantes
con hocico de hielo y de betún
a morder esta luna, la luna de la guerra.
Luna sangre, luna dolor, luna humo

luna oreja de niño, luna tallo quebrado,
luna muslo de alcanfor....”

Es dura, también su palabra para describir las ciudades abandonadas después de la sangrienta hora:

“Las ciudades humeantes
sin adioses, sin puertas, sin gorriones
van a morir al pie de sus colinas
en un quebrado grito de cemento....”

Y se interroga absorto sobre la forma absurda que tienen de morir los hombres, en plena aurora o en gesto de juventud:

“Entre humos y violetas cayeron.
Enseñadme los muros,
Llevadme al sitio mismo de las detonaciones
para tratar de comprenderlos....”

Su último canto está dirigido a aquellos que sobreviven como un alegato o una protesta dramática, enclavada en la vida:

“A vosotros, inválidos, os canto;
a vosotros que ante los desfiles
revivís vuestra lenta angustia de quebrados espejos;
a vosotros los incomprendidos;
a vosotros que hubiérais preferido ser tejado o aldea...”

El “Canto en la guerra” del joven poeta venezolano Manuel Villanueva enriquece esta alta poesía de nuestros días, y Mary Brandt, su gentil compañera, ha interpretado el sentir de estos cuadros desgarrados, con noble libertad estética.

L. F. X.

SEMINARIO DE LETRAS

FRANCISCO DE QUEVEDO (1645-1945).

Con motivo de conmemorarse el tercer centenario de la muerte del ilustre escritor español Francisco de Quevedo, un grupo de alumnos del curso de Autores Selectos de la Literatura Universal se interesó por escribir breves ensayos en los que se enfocaban distintos aspectos de la personalidad múltiple del autor de "Los Sueños". En esta forma amable y entusiasta ha nacido esta suite sobre la vida y obra de Quevedo. No se ha intentado un estudio exhaustivo de rigor académico, sino más bien recoger un conjunto de impresiones que su lectura suscita hoy día. Por eso no extrañará encontrar notas estableciendo relaciones con poetas como Juan del Valle Caviedes y César Vallejo. Circunstancias de espacio no han permitido que todos los trabajos presentados aparezcan a continuación, pero queda el cálido deseo de los alumnos de haber contribuido a recordar la figura egregia del gran satírico español.

L. F. X.

VIDA DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

El 17 de septiembre de 1580, Madrid acrecentó su caudal de grandes figuras literarias con el nacimiento del ilustre polígrafo don Francisco de Quevedo y Villegas. Fueron sus padres de viejo linaje montañés. Don Pedro Gómez de Quevedo había sido secretario de la Emperatriz María, en Alemania, la cual tuvo por él gran estima; y después estuvo con igual cargo al servicio de doña Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II. Doña María de Santibáñez, la madre de

Quevedo, asistió desde sus tiernos años a la cámara de la reina y fué dama de honor de ella. Estos dos aristócratas personajes contrajeron enlace en la primavera del año 1576. Y en la Parroquia de San Ginés se bautizaba a su hijo Francisco, el lunes 26 de septiembre de 1580. Quevedo tuvo cuatro hermanos, don Pedro de Quevedo y tres mujeres, una de las cuales tomó el hábito de carmelita descalza en el Convento de Santa Ana.

El espíritu de Francisco de Quevedo se llenó de sombras desde muy niño: su padre murió dejándolo de contados años. Y desde ellos daba muestras de dilatado ingenio, despertando la admiración de sus maestros. Y esa misma precocidad, ese mismo talento multiforme que lo había de llevar a los campos de la política, de la aventura, de las dignidades, lo impulsaron también a los fracasos, a la ingratitud, a la cárcel, en vivo contraste que marcó aún más en él un agrídulce sabor, un amargo desengaño, una marcada desilusión sobre los valores de su patria y del hombre en general.

Educado en el Colegio Imperial de los RR.PP. de la Compañía de Jesús, en Madrid, pasó luego a la Universidad de Alcalá (1596-1600), dedicándose allí al estudio de humanidades, de lenguas modernas y de filosofía, para salir licenciado en Artes. Posteriormente estuvo en la Universidad de Valladolid, graduándose en Teología a los 25 años.

Fué miembro de la Corte Real en Valladolid, donde se mantenía con sus letrillas, revelándose en el campo literario con las "Cartas del Caballero de las Tenazas", escrita en 1604. En 1606 regresa a Madrid, con el séquito de los reyes.

Surge en su vida un hecho al parecer fantástico pero que muchos biógrafos lo dan por cierto: el 21 de marzo de 1611, día de la festividad de Jueves Santo, en la Iglesia de San Martín, Quevedo vió a un hombre que, después de discutir con una dama de lindo porte, la agravia con una bofetada. Encolerizado don Francisco por este ultraje a la dama y al templo, cruza su acero con el atrevido y le dá muerte. Resultó después que el agraviante era persona de importancia, un portugués Comendador de la Orden de Cristo, por lo que Quevedo tuvo que huir al Reino de Sicilia, gobernado a la sazón por el Duque de Osuna, gran amigo suyo.

Se citan pruebas en contra de ese hecho el Jueves Santo de 1611 no cayó en 21, sino en 31 de marzo; no se ha encontrado formación alguna de proceso y en los archivos no figura, así, el nombre de Francisco de Quevedo; el 11 de abril de 1611 aparece Quevedo como "residente en la Corte" firmando una carta de pago y redención y el 27 del mismo mes de abril, firma, también ante la Justicia, recibos de varias piezas de autos de los pleitos que tenía con la Torre de Juau Abad y otros asuntos particulares. Parece, según estas pruebas, que Quevedo sólo partió para Italia en agosto de 1613, invitado



por su compañero de andanzas cortesanas: don Pedro de Girón, Duque de Osuna, siendo nombrado por él Ministro en Sicilia, trabajando activamente por la Corona. En 1615 fué nombrado embajador del Reino de Sicilia ante el Rey Felipe III de España. Habiendo cumplido satisfactoriamente su misión, el soberano se dignó concederle una pensión de 400 ducados al año, por decreto real de 2 de marzo de 1616. Gracias a su hábil intervención de entonces, obtuvo para el Duque de Osuna en Gobierno del Reino de Nápoles, donde le fuera encargado, posteriormente, la administración de la Hacienda Real.

Se cree que estuvo comprometido, después, en la Conjuración de Venecia, de donde escapó milagrosamente, disfrazado de mendigo y gracias a su dominio del idioma italiano.

Viaja nuevamente a España con el fin de obtener permiso de su Majestad para atacar Venecia, especificándose que no se mezclaría el nombre del Rey en esta empresa. En pago de los nuevos servicios se le honró con el hábito de Santiago y una pensión de 200 ducados al mes.

Con la caída del Duque de Osuna, en 1620, Quevedo se vé comprometido y sufre también prisión, a pesar de las protestas de su inocencia, siendo confinado en la Villa de la Torre de Juan Abad durante tres años y medio. El año 1628 fué, así mismo, expulsado de la Corte por seis meses, debido a su defensa del Patronato de Santiago, pues los Carmelitas habían logrado un "Breve" del Papa, en el que se nombraba Patrona de España a Santa Teresa, en unión con Santiago.

En medio de estas luchas e intrigas de su generación, fue brotando su sátira, su escepticismo y su estilizada amargura.

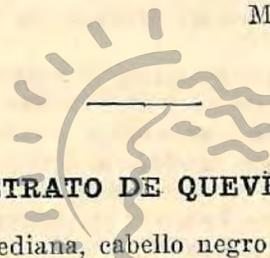
Los años de tranquilidad no son sino treguas en medio de la agitación de su vida. Su Majestad lo hace Secretario de la Corte, el 17 de marzo de 1632 y por aquella misma época se le ofrecen otras ocupaciones importantes en Palacio y luego la Embajada ante la República de Génova, pero con la experiencia de los desengaños sufridos, Quevedo prefirió no aceptar a fin de tener mayor libertad y así poder dedicarse al cultivo de su talento literario.

Era tan aficionado a la lectura que cuenta Tarsia que "sazonaba su comida, de ordinario muy parca, con aplicación larga y costosa; para cuyo efecto tenía un estante con dos tornos, a modo de atril, y en cada uno cabían cuatro libros que ponía abiertos y sin más dificultad que menear el torno se acercaba al libro que quería, aumentando a un tiempo el entendimiento y el cuerpo".

Casó Quevedo, ya en plena madurez física e intelectual, con doña Esperanza de Mendoza, Señora de Cetina, el 26 de febrero de 1634 y a los tres meses se separaba de ella. Murió doña Esperanza el 30 de diciembre de 1642.

Quevedo en el constante claro-oscuro de su vida, vuelve a ser puesto en prisión el 7 de diciembre de 1639, por sus desavenencias con el Conde-Duque de Olivares, a la sazón gran señor de España. Se le atribuyeron a Quevedo los pareados satíricos contra aquel, encontrados bajo la servilleta del Rey y fué encerrado en el convento Real de San Marcos, de León. A pesar de la consideración con que fué tratado con los frailes, no se salvaron éstos de sus sátiras. Perdida la "privanza" el Conde-Duque de Olivares, pudo Quevedo volver en 1643 a la Corte, donde permaneció poco tiempo, ya que se retiró a la Torre de Juan Abad. Viéndose muy achacoso decidió trasladarse, después, a Villanueva de los Infantes, donde hizo su testamento el 26, de abril de 1645, nombrando como heredero a su sobrino don Pedro Aldrete y Carrillo. Quebrantado por los males recibió la muerte con gran humildad, el 8 de septiembre de 1645 y fué enterrado en la Capilla Mayor del Convento de Santo Domingo.

MARY TAMAYO LAGOS.



RETRATO DE QUEVEDO

Era de estatura mediana, cabello negro y crespo, melena larga; la frente ancha, algo corto de vista, ojos muy vivos, cojeaba ligeramente, lo que no desmerecía su figura que tenía gran atractivo.

Filósofo profundo y gran hablista daba vida a los pensamientos maravillosamente; en él todo es acción, pero acción intelectual; maestro en el arte del bien decir, en prosa o en verso, en serio o festivo, lo hacía tan admirablemente en cada uno de los asuntos, que se revelaba como múltiple cultivador del arte.

DORA BARANDIARÁN.

GENIO DE QUEVEDO

Quevedo supo resistir todos los golpes dirigidos por la envidia y, la ignorancia; tal fué la malignidad y el número de sus enemigos que quisieron eliminarle de la vida mediante celadas de hombres armados para que le asesinasen en sus tantos viajes. No logrando

tales propósitos usaron de la detracción y de la calumnia para aumentar sus trabajos y prisiones, pues más de quince años vivió en ellas, según él mismo lo asegura en una carta que dirige a su amigo Don Diego de Villagómez desde su prisión de San Marcos, donde se encontraba con nueve heridas, y se alimentaba y vestía de limosna. Quevedo fué grande de espíritu, jamás conoció la idea de venganza, fué misericordioso, liberal y tan modesto que nunca se sintió halagado por la publicación de sus poesías, pues siempre las hizo a nombre del Bachiller de la Torre; fué justo y desinteresado, en muchas ocasiones pudo enriquecerse pero no lo hizo, así hubo un momento en que rechazó 50,000 ducados para silenciar los fraudes de la Real Hacienda de Sicilia.

Para unos, Quevedo es el más genuino representante de la agudeza y de la jocosidad, y el creador de un sinnúmero de frases y refranes felices; para otros es todo lo contrario: Hombre ominoso a la belleza, al decoro y al ingenio, y que si alguna vez llega a divertirse por ese cúmulo fantástico de delirios que constituyen su original extravagancia.

Alguaciles, escribanos, rufianes, y mujercillas constituyen las columnas fundamentales en la trama de sus bufonadas— a quienes de continuo los zahiere en forma sabia y magistral.

Como teólogo y estóico traduce a Epitecto, comenta a Séneca, interpreta la Escritura, y hasta se ocupa de abstractos problemas de Metafísica, todo lo que nos hace ver su palmaria erudición.

Sus obras constituyen una riqueza de gran valor a pesar del desecado habido en la crítica para señalar cuáles son las legítimas, y cuáles las adulteradas o supuestas; además gran parte de su producción poética fué ocultada por sus émulos, así lo asegura su amigo e ilustrador González Salas, en el prólogo al Parnaso: "Que de las veinte partes de poesías de Quevedo, que él mismo vió y leyó, apenas hay una".

Su producción literaria en prosa y en verso fué tan abundante, que se dice que escribió un pliego por día y que en los años de su vida por lo menos llegó a escribir 24,000 pliegos, lo cual demuestra la fecundidad indiscutible, del indiscutible ingenio de las letras castellas Don Francisco de Quevedo.

JOSÉ M. ARANA GARCÍA.

DIOS, EL ALMA Y LA MUJER EN QUEVEDO

Su concepto acerca de la existencia de Dios, es tan sencillo y de un dogmatismo ascético, manifestando una honda sorpresa que ello sea un problema, por cuanto su comprobación es notoria a cada instante, a donde se vuelvan los ojos y nos comunique los sentidos con la naturaleza; Dios dice, es incomprendible, porque si así no fuera, perdería su carácter de Dios, que el misterio surge cuando el pensamiento humano tan limitado en su capacidad, quiera entenderlo; esto resulta fácil para la fé que lo cree, pero imposible para el entendimiento humano que lo investiga; para la salud basta que Dios es Uno y Trino, pero para averiguar cómo es Uno y Trino ningún discurso es suficiente, aquí es a donde realiza su prueba basado en su estilo realista, de que no es posible la existencia de una choza sin su dueño, sin la persona que lo haya fabricado, de la misma manera no puede existir la naturaleza sin la intervención de Dios, en todos los aspectos tanto de la vida animal como de las fuerzas naturales. Llega a increpar a los ateos, mostrándoles la bondad y la magnificencia de Dios, con pruebas de un realismo tan hondo concluyendo en contra de los ateos que se colocan en una escala inferior a las moscas y las arañas.

Su concepto acerca del alma humana, partió de su inmortalidad, negada también por quienes negaban a Dios y a todo lo que El se autorice, fundando su prueba en la misma experiencia, sin tener la necesidad de recurrir a las Sagradas Escrituras y a los Santos, sino con el dictamen de las ciencias que ahora son las Ciencias Naturales, contra las ideas de los ateístas que clamaban que el alma desaparecía después de morir el cuerpo, tan igual como los brutos que el hombre de ellos en casi nada se diferenciaba, Quevedo, en una de las réplicas mas enconadas y violentas como era su escrito, les increpó diciendo: “tan bestial es tu error, que para convencerte es necesario recurrir al hecho de las mismas bestias”, hace varias comparaciones en los hechos humanos y el de los animales, sus semejanzas, que solamente en la envoltura material, el que desaparece, pueden ser o aparentar semejanzas, no así en el alma que es inmortal, participa de la magnificencia incorruptible de la Divinidad, y que se manifiesta en la inteligencia, que necesariamente tiene que fundamentar su base en lo material, que le sirve de soporte en su manifestación, y que por ser de valor espiritual es perfecto, encontrándose imperfecciones y rutinas, vaguedades en el pensar debido a las cualidades de su envoltura material, así como la luz de una linterna depende de la consistencia del vidrio que la soporta y defiende: brillante u opaca y que solamente la razón impera sobre la falsía de los sentidos.

Debido su escepticismo acerca del mundo, porque según él, el mundo carece de todo valor moral y estimable. Nada és, y si es nada vale. Solo aconsejó tener presente de que la primera lección que lee la sabiduría del hombre es al instante de morir, por que la muerte sí que era lo verdadero, y negando el valor de la vida en absoluto, le concedió importancia al alma, dominadora del cuerpo; subrayando los diversos preceptos y reglas, para con Dios, en especial, la humildad y la espera de alcanzar la misericordia divina, sin pedir ni hacienda, ni herencias, menos fortunas sino la gracia infinita de El, a quien se le debe tener mas que respeto, temor; creer con fé ciega de la verdad de su existencia, teniendo presente también la idea de la muerte y el mas allá; desechando las riquezas, porque solo el hombre puede ser así, dice que es pobre, no porque le falta, sino porque le falta para difamar y porque no le sobra lo que a otros les faltan; aconseja huir de los placeres y de toda sensualidad llegando hasta el epicureismo, porque ello conduce y el peligro que se debe evitar cuidadosamente, para de esta manera poder alcanzar la gracia eterna.

El concepto que tiene acerca de la mujer, considerado por él como el primer enemigo del hombre, sin embargo habiendo caído él mismo en los lazos amorosos reconoce que es imposible prescindir de ella pero solamente para los fines de la perpetuación de la especie, ya que es imposible dejar de poseerla, así como el beodo detesta a su primer enemigo el vino, sin embargo cede a la atracción irresistible a la bebida. No puede existir frase mas sahiriente que el de considerar al Infierno como un lugar maldito por lo que en ella se han congregado todas las malas mujeres, de lo contrario no sería mala habitación ese lugar. La mujer es el prototipo de la desfiguración, todo lo que en ella parece hermoso no es mas que grasa y pintura, la primera pasada de sus oídos a sus labios, la segunda sus uñas largas que desafían las garras de cualquier animal salvaje; es la representante de la soberbia y de la contradicción, si la amas te desprecia, si la quieres te deja y si la dejas te persigue. La mujer, para él, es el regalo que se debe amar y temer a la vez, pero es casi imposible, es difícil temer y amar al mismo tiempo a una misma cosa.

De todos modos se concluye al referirse de las diferentes recomendaciones que hace en las otras obras teniendo siempre un respeto hacia el matrimonio y detestando el celibato, haciendo unas verdaderas recomendaciones, en lo referente a las obligaciones tanto en el hogar o fuera de ella, tanto en su vida corporal cuanto en lo espiritual. Además en sus sátiras se puede llegar a la conclusión de que Quevedo hizo una réplica a toda la sociedad, con mas malicia que saña, con mas picantes frases que amargas, poniendo en ridículo a las mujeres irresistibles que cambiaban el rumbo de las

leyes tanto por su hermosura colocándose y entregándose al mejor postor de todas maneras se puede llegar a adivinar en sus escritos humorísticos una verdadera defensa de la moralidad de la mujer y mas que todo de la sociedad, que por hacer tomar el buen camino se entregó toda una verdadera vida y haciendo una restauración de la moralidad cristiana.

JULIÁN HARO DURAND.

QUEVEDO, POETA

Caballero de la pluma, sabe trazar con gracia y con inteligencia las debilidades de una sociedad inconsciente y pendenciera que por el camino de las pasiones y los vicios va cavando su propia sepultura; y clama contra ella, con ironía fina y ágil, y, fustiga la corrupción, y delata el afán del lucro con sarcasmo y originalidad. Su palabra tiene la dureza del filósofo y la suavidad del poeta. Amenaza y corrige; se resigna y vocifera, con la misma emotividad y con igual ironía. Tiene la maestría, de un estilo nuevo, el Conceptismo, que nace para desterrar el barroquismo en boga en estos momentos. Es un estilo limpio claro sin halagos ni retóricas, que acepta de la metáfora solo el juego intelectual. Lo bueno, si breve; dos veces bueno; predice Gracián y él lo adopta. "Mas obran quinta esencias que fárragos", dice

La forma poética sirve a Quevedo con toda eficiencia en su afán filosófico y moral. Siempre ya sea en verso o en prosa su profunda imaginación, se multiplica adoptando posiciones teológicas, moralizadoras o filosóficas.

Su gesto agrio y desconfiado se manifiesta en todo momento ya se encuentre ante el amor, ante la adulación, o el lujo desenfrenado.

Tiene Quevedo en si una dualidad bien definida. Dos aspectos de su personalidad que bien pueden ser producto de su sangre montañeza o el desgarró que le aporta su cuna madrileña. Pero en uno u otro caso es también necesario hacer notar que fue consecuencia del ambiente en que vivió.

Raimundo Lida dice que se contraponen la dualidad barroca: anhelo realista del mundo, que fuga ascética del mundo idealizado.

El autor del Buscón no entró en la lista de los que llevaron a cabo la derrota de los pedantes, porque fue sacado a colación no menos de cuatro veces en la sátira de Leandro Fernández de Moratín.

Además Quevedo interesa también porque logra su elevación a un plano nacional y político, de todo el pesimismo abstracto de la poesía barroca.

No obstante su incontrolable desenvoltura literaria, encuentra un solo frente, ante el que sabe inclinar su cabeza reverente, es su acendrado cristianismo, sincero, hondo, remachado de Filosofía estoica y sátira moralizadora aprendida de los clásicos latinos pero superada en la resignada conclusión.

Es alumno ferviente de Séneca.

En cuanto a su poesía amorosa, fluctúa también entre el anhelo de gozar y el miedo de sufrir, entre la ilusión del mundo soñado, y el desengaño de la realidad vivida. Habla de sueños y teme lo ideal; dice del dolor y teme la realidad.

Cuando se refiere el objeto amoroso sabe con bellísimas figuras adornar sus descripciones resultando insuperable, por la maestría del repertorio que pone en juego aún en los nimios temas. Por ejemplo cuando dice: La nevada mano de Aminta y el bostezo de Floris se prestan a bellísimos torneos poéticos en los que surge el gran maestro.

Y cuando se refiere a la sociedad de la época, atisba hondo va hasta lo más escondido, sacando a la luz a veces con sarcasmo e ironía las debilidades que la mima y destruyen.

Su profundidad es más aguda aún que la del mismo Garcilazo; él sabe llegar hasta lo más hondo de aquel mundo antiguo.

Con su lenguaje zumbón, satírico, burlesco pinta el cuadro de aquel tiempo: El oro entra a raudales. La sociedad desenfundada y corrompida se desliza vertiginosamente por una senda de vicios y crímenes hacia el caos y la ruina.

El dinero lo compra todo, si lo hay suficiente la vida es buena y alegre, si falta las virtudes no son reconocidas. Y el poeta con el filo de su palabra llega a dar el alerta. Clama contra esa sociedad artificial y desmedida, y la pinta de cuerpo entero. Matizándola de ironía festiva y maliciosa. Y siempre deja entrever en el fondo de su obra una nota pesimista de resignación ante aquella sociedad de truhanes chiflados, hidalgos, pícaros y hambrientos.

En su epístola *Censoria*, acusa el olvido de la Edad Heroica, el lujo exagerado, el afeminamiento de las costumbres, luego el desmedido afán del lucro, la sobre posición del materialismo al idealismo.

“Su poesía —dice Quintana,— nerviosa y fuerte; va impetuosamente a su fin y si sus movimientos se resienten demasiado de sus esfuerzos, afectación y mal gusto del escritor se lo ve marchar a veces con una pereza, una audacia y una singularidad que sorprenden.

En efecto, nerviosa, por su fluidez humana, ruidosa y ágil; y fuerte porque guarda en sí una dura realidad que dice de la fortaleza de su inteligencia.

Nadie como él para versos aislados y bellos, nadie como él para la poesía pomposa y valiente.

La intensidad verbal en busca de la eficacia expresiva "fusilería de miradas parciales" de rotundos aciertos de detalles que acaso deje en un segundo plano la línea general de la obra.

Lo que vale en Quevedo es su energía verbal, la carga de pensamiento y de nervio que hay en cada vocablo, su fuerza, su destreza en las descripciones.

CARMEN STELLA CASTELLANOS.

QUEVEDO Y EL POETA COLONIAL JUAN DEL VALLE CAVIEDES

La España del Siglo de Oro reunió toda una pléyade literaria y artística dotada de una profunda religiosidad que se elevó a cumbres gloriosas con los más puros místicos. Fray Luis de León, Santa Teresa, San Juan de la Cruz se entregaron a diáfanas elocubraciones tratando de olvidar "el mundanal ruido".

Pero España también conoció las flaquezas, el amor a los placeres y la bajeza de los hombres. Don Francisco de Quevedo y Villegas aparece entonces para cantarlas, realizando la obra del moralista que en su sátira puso jocosamente todo lo que tenía de ridículo.

Por su vida, en asociación directa con su obra, es el representante típico del español del siglo XVII: Noble andariego y político que conoció los azares del destino, departiendo en sus actividades con los diversos estratos sociales de su época; desde las vicisitudes estudiantiles y las cortes de los reyes hasta la lóbrega humedad de una prisión. Abarcó todos los géneros literarios; como prosista ensaya tratados políticos. "Marco Bruto" y sobre todo "La Política de Dios"; si bien no dan una nueva dirección política y según Fernández Guerra "la diadema está por hacer", en sus páginas hallamos una crítica de su tiempo y gobernantes de gran interés social.

Es en la prosa satírica y burlona en que iniciárase con las "Cartas del Caballero de la Tenaza" siguiendo los "Sueños" y cristalizando su humorismo en el "Buscón", lo mismo que en la poesía, donde se destaca el maestro. Con rasgos que son caricaturas geniales logra arrancar carcajadas aún tres siglos más tarde, lo que nos dá una idea cabal de la razón por la cual sus escritos fueran tan leídos y famosos en un público que tenía ante ojos los modelos, víctimas del sin par satírico.

Digno émulo es nuestro poeta virreynal, Juan del Valle Caviedes, tan desenfadado y burlón como Quevedo. Desgraciadamente no se le ha rendido el homenaje que se merece. Ricardo Palma en el prólogo al "Diente del Parnaso" se conduce de este olvido, del que a su juicio es, entre los poetas coloniales el que ostenta mayor pureza, "Caviedes no se contaminó con las extravagancias y el mal gusto de su época, en donde no hubo alumno de Apolo que no pagase tributo al gongorismo".

Encontramos muchos puntos de contacto entre el Poeta de la Ribera y el señor de la Torre de Juan Abad y si el sobrenombre calificaba con acierto lo opuesto del ambiente en que se desarrollaron, en cambio en la vena riente y dura hay gran similitud. En ambos su estilo deja un sabor amargo con su fondo escéptico emanado de una existencia que sabe de las contrariedades e infortunios. Si Quevedo fué hidalgo, Caviedes perteneció a una familia distinguida. El primero recibió una educación humanista, el segundo aunque no se ha esclarecido todavía si fué en España o en el Perú donde obtuvo su educación, su verso expresa tanto en el tema místico, como en el romántico y sobre todo en el satírico, un marcado gusto renacentista trasplantado y alimeñado con su sabor colonial.

Como consecuencia de una grave dolencia, las Letras salieron beneficiadas. Según parece de ella arrancó su inspiración poética, la que desde entonces no desperdició ocasión para utilizar con furor contra los médicos, a los que había cobrado ojeriza desde su malhadada enfermedad.

El "Diente del Parnaso" está casi íntegramente dedicado a los galenos, en sonetos, romances y coplas, se recorre uno a uno todos los de su tiempo y a todos los deja mal parados. Con chiste inimitable, que nos remonta al ilustre satírico hispano, dentellea a diestra y siniestra, a éste por tuerto a aquél por favorito de las damas y a todos por matasanos.

Quevedo con amplia perspectiva cumple una labor moralizadora al intuir los gérmenes de degeneración de su patria. Caviedes con un panorama más reducido vió en los médicos el prototipo de la farsa y poca preparación de una clase tenida en gran estima por una sociedad, que confundía el oro con el oropel, la pose por sabiduría.

La Medicina era entonces una profesión no muy recomendable ni digna y ambos poetas le dedican frases de muy poco aprecio. Quevedo en sus "Premáticas del Tiempo" declara enemigos del cuerpo a los médicos, cirujanos y boticarios y a su vez Caviedes los califica de "tumba con golilla y veneno con guantes".

Hasta en los motivos tienen las mismas ocurrencias. Quevedo suministra en su "Libro de todas las cosas y otras muchas más" soluciones para todos los problemas; Caviedes da "Remedios para

hacer lo que quisieres". Ni las desgracias físicas se libran de sus burlas. Oigamos a Quevedo en su ataque a un poeta jorobado.

¿ Quien tiene cara de endecha
y presume de aleluya?
“¿ Quien, porque parezca suya
no hace cosa bien hecha?
¿ Quien tiene por pierna mecha
y torcida por costilla?

Y a Caviedes refiriéndose a un jorobado que dejó a su mujer por casarse con una alta.

Fementido jorobado
cuyos mentidos amores
son engibados cariños
con que más tu cuerpo dobles,
ven acá, retrato feo,
no de Judas Iscariote,
sino figura de risa
del cuadro de los ratones.

Las deudas y desventuras acabaron con Caviedes; según podemos colegir por el informe de su deceso expresado por Jerónimo de Monforte y Vera, uno de los contertulios, en la Academia del Marqués Castell-dos-Rius, un día Lunes que se efectuaba la semanal reunión.

Si el Poeta de la Ribera, nacido en la villa de Porcuna en Andalucía, hubiése permanecido en la península, sería uno de los poetas de mayor lustre y renombre. Le hizo falta un ambiente más cosmopolita que lo apreciara y difundiera, si bien es cierto que en Lima se le distinguía, ya que colaboró en el certamen poético de 1694 dado en honor del Virrey Conde de la Monclova, que posiblemente fué su obra póstuma.

Sus versos poseen la gracia de Quevedo aunque sin la gimnasia del lenguaje para dar las pinceladas magistrales, pero en cambio no adolecen del alambicado estilo del señor de la Torre de Juan Abad. La poesía de Caviedes tiene el realismo del que se halla en contacto directo con los personajes que observa pasar por su tenducho, lo que no encontramos en Quevedo, demasiado sofisticado para la improvisación ingenua. Eso sí, en desfachatez el discípulo rivaliza con el maestro.

En España se dió un Quevedo y en la españolísima Lima floreció un Caviedes para adornar a las Letras con dos lirás nacidas

de la misma burlona alma española, que sabe cubrir con la risa las vergüenzas de una época y el fracaso de una vida.

SARA L. DE MONTERO.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y FRAY LUIS DE LEON

Difícil sería hacer un estudio comparativo entre la obra de Quevedo, vasta, compleja y de múltiples alcances y variados enfoques, y la obra de Fray Luis de León, el Príncipe de los Líricos Castellanos.

Ambos bebieron su inspiración en el mismo río, Castilla la Nueva, pero uno la tomó cuando era libre y travieso, en el silencio vivir de un pueblecito provinciano, Belmonte en Cuenca y otro en el bullicioso trajín de una suntuosa villa palaciega, Madrid.

La inquietante actividad de Quevedo, que lo lleva de la faustuosidad a la pobreza, de su patria a Italia, lo enfrenta con la apacible quietud de Fray Luis, que hace su vida encerrado en los claustros salmantinos de un convento y la Universidad.

Si sólo ambos tuvieron de común la época y la prisión que sufrieron, esto mismo es el origen de la disparidad que reina entre uno y otro.

Víctimas de la envidia y la calumnia ambos son encarcelados y en tanto uno se entrega a la melancolía:

Aquí en cátedra de muertos
atento le oí discursos
al Bachiller Desengaños
contra sofisticos gustos,

y en este Romance que comienza "Son las torres de Joray", impregna sus murrias con los conocidos versos:

Las glorias de este mundo
llaman con luz para pagar con humo.

el otro medita el perdón para sus enemigos y compone:

Aquí la envidia y mentira,
Me tuvieron encerrado
¡Dichoso el humilde estado

del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso,
a solas su vida pasa!
Con sólo Dios en compasa
ni envidioso ni envidiado.

y a su salida de la prisión reinicia sus clases con el "Como decíamos ayer..." hoy modelo de olvido y perdón.

Ambos son maltratados por el mundo y Quevedo contesta con la amarga sonrisa del despechado, con el sarcasmo del vencido para con su vencedor, y a la vez con la tristeza del que cosecha abrojos, donde esperó halagos. Fray Luis en cambio vuelve al cielo sus ojos y extrae de él todo el lirismo de "Noche Serena", todo el misticismo de "En la Ascensión del Señor", la paz de "A la vida retirada" y el ascetismo de "Los Nombres de Cristo".

Quevedo es despecho, Fray Luis resignación.

Quevedo se pierde:

Por la cumbre de un monte elevado
mis temerosos pasos tristes guío
por norte llevo sólo mi albedrío
y por mantenimiento mi cuidado.

Llega la noche y hállome engañado,
y sólo en la esperanza me confío;
llego al corriente mar de un hondo río
no hallo barca ni puente, ni hallo vado.

Por la ribera arriba el paso arrojó:
dame contento el agua con su ruido;
mas en verme perdido me congojo.

Hallo pisadas de otro que ha subido
párome a verlas; pienso con enojo
si son de otro, como yo perdido.

Fray Luis se encuentra:

Quando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado
y miro hacia el suelo

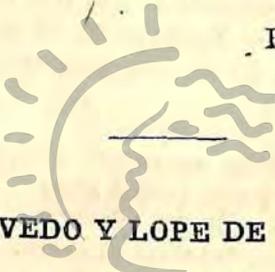
de noche rodeado
en sueño y en olvido sepultado,

el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
la lengua dice al fin con voz doliente
Morada de grandeza,
templo de claridad y de hermosura,
mi alma que a tu alteza
nació ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja oscura?

Quevedo se revuelve, no olvida, añora lo pasado, execra lo presente, no cree en el futuro. Fray Luis olvida, no añora, no execra. Cree.

Y Quevedo sólo ríe y Fray Luis sólo espera

HERNÀN GUERINONI Z.



QUEVEDO Y LOPE DE VEGA

Francisco de Quevedo y Lope de Vega (1562-1635) en la misma época de la literatura española: el Siglo de Oro, representan dos posiciones distintas; el uno siguiendo el camino del concepto, se empeña con tono casi siempre sarcástico, en ofrecernos un aspecto duro, crudo, casi tétrico de su patria; el otro que alcanza a crear la verdadera comedia española, transformando los motivos populares en un arte nuevo, sólo pretende satisfacer el anhelo del público que lo aplaude.

Quevedo es como alguien ha dicho “el más español de los españoles” quiso tanto a España y pretendió salvarla de la sociedad corrompida de su época, “de su época que fué —como hace notar Julián Juderías, biógrafo de Quevedo— una mezcla de vicios y virtudes, de grandeza y de miseria, de ciencia y de superstición, de ingenio y extravagancia, de aborrecimiento y caridad, de libertad y servilismo, de erudición y pedantería, de estoicismo y flaqueza, de cristianismo y cinismo”. (1). Por eso mostrándose como es, un estoico y un místico, con su propósito de moralizar, surge en medio de la decadencia cívica española cual un nuevo Quijote, señalando los vi-

cios y combatiéndolos, señalando las flaquezas y ofreciendo el remedio de su moral cristiana. Denuncia las inmoralidades del rey y sus ministros y sin intimidarse ante la amenaza escribe en su "Epístola Satírica Censoria" al conde Duque de Olivares:

"No he de callar por más que con el dedo,
ya tocando la boca, o ya la frente;
silencio avices o amenazas miedo,
¿no ha de haber un espíritu valiente?
¿siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿nunca se ha de decir lo que se siente?"

y así es Quevedo un espíritu valiente que dice siempre lo que siente, mientras Lope, cuyo mérito consiste al decir de Vossler en "no haber actuado ni como reformador, ni como restaurador, ni como rebelde, ni como renovador, ni ilustrando ni demoliendo", (2) conducía sus opiniones y convicciones acordes con la época y el pueblo a que pertenecía.

Lope de Vega, dotado de una vasta educación clásica, aunque su educación humanista y filosófica sea menos robusta que la de Quevedo es nada menos que un verdadero "Monstruo" como lo llamó Cervantes, monstruo en cuanto a su vida y en cuanto a su obra; es el más fecundo de todos los escritores y sus críticos se complacen en medir su obra por el número de páginas que pudo escribir diario, y él mismo lo hace notar

"Verdad que desmerece
por parecer mentira,
pues más de ciento, en horas veinticuatro
pasaron de las musas al teatro".

Quevedo fué un constante derroche de energía y su existencia, una continua lucha contra los hombres y las instituciones que hundían a España en el abismo,

"Miré los muros de la patria mía
si un tiempo fuertes, hoy desmoronados".

Personalmente Quevedo fué todo, su vida azarosa está llena de aventuras y de intrigas políticas y la crudeza de sus días y su trabajo infatigable se refleja en sus escritos, que son el complemento de su acción; intelectualmente abarcó todo, en sus obras festivas,

testigo de tanta costumbre corrompida, nos da según Alfonso Reyes “una interpretación burlesca del valor humano”, (3) al ponernos frente a personajes vacilantes y perversos: pícaros, truanes, prostitutas, mendigos, etc., en sus obras políticas, verdaderos panfletos de oportunidad contra malos ministros, solo quiere remediar el mal político que para él tiene una causa de orden ético; sus obras filosóficas y morales, en las que no investiga ningún sistema nuevo, las escribe inspirados por la realidad, por esa triste y dolorosa realidad en que

“Mudos están los males,
no hay cuidado que hable,
faltan lengua y voz a los dolores”

Mientras Quevedo trata de remediar el mal moral o político, Lope, crédulo y supersticioso, se mantiene apegado a la tradición medioeval, sea por que España es la mas medioeval de las naciones europeas, o sea porque el alma de Lope está empapado del sentir popular.

Lope de Vega que terminó sus días dedicando su pluma a Cristo, tuvo como puede verse a lo largo de sus obras una constante preocupación amorosa, pero no en forma anárquica como en un Don Juan si nó armonizándose y marcando etapas de su vida: Filis, Belisca, Amárilis, Dorotea, cada una de sus heroínas ha sido una de sus preocupaciones; en tanto Quevedo ríe del amor o trata de ridiculizar a las mujeres, pese a que fué muy aficionado a ellas. Pero si en Quevedo no hay la preocupación amorosa, hay en cambio otra preocupación mucho más sombría; la idea de la muerte que hasta en sus obras más serias pone un toque de estremecimiento y hace decir a Menéndez Pelayo “que su estilo parece una perenne danza de los muertos” (4).

“No me aflije morir, no he rehusado
acabar de vivir, ni he pretendido
alargar esta muerte, que ha nacido
a un tiempo con la vida y el cuidado”.

LAMENTACIONES

“Y ví, que estuve vivo con la muerte,
y ví, que con la vida estaba muerto”.

LISONJAS DE UN SUEÑO

El tono de Lope es de un sentimentalismo que se mantiene equidistante del cultismo y conceptismo aunque a ratos rompe este equilibrio y se descubren en sus versos una dosis de oropel culto, o también sus incursiones en el campo del conceptismo cuando comienza a jugar con las ideas, como en el fragmento de este romance

“Sin alma, ausente la suya,
sin cuerpo, enterrado el cuerpo,
sin tierra, que todo es sangre,
sin aire, que todo es fuego,
sin fuego, que todo es agua,
sin agua, que todo es hielo”.

Las relaciones de Quevedo y Lope fueron de las mejores, en el “Laurel de Apolo” escribe Lope al referirse al “docto don Francisco de Quevedo”.

“Espíritu agudísimo y suave
dulce en las burlas y en las veras grave;
Príncipe de los líricos, que el sólo
pudiera serlo, si faltara Apolo

y amango su ingenio, por no poder alabarle a “falta de conceptos y colores” termina con la esperanza de que

“Nazcan mundos que su fama ocupen”

Quevedo a su vez escribe refiriéndose a su contemporáneo: “Lope cuyo nombre es universalmente proverbio de todo lo bueno, prerrogativa, que no ha concedido la fama a otro hombre”.

Aunque la nota picante se encuentra diseminada en toda la producción de Lope, nunca desciende éste, a la narración de las mas bajas picardías, como lo hace Quevedo, que tan pronto pasa de la disertación filosófica a la novela picaresca, de lo místico a lo cómico.

Quevedo introdujo en España el sentido del escepticismo. El autor del “Buscón” es un escéptico, un insatisfecho de la vida, gusta mostrarnos al hombre por su cara falaz, el mundo para él no tiene ningún valor y la vida le parece frágil y vana, en un soneto al tiempo dice:

“Cualquier instante de la vida humana es nueva ejecución con que me advierte cuan frágil es, cuan mísera, cuan vana”.

Quevedo es profundamente realista y su realismo es tan claro cuando fustiga y cuando quiere remediar. Lope es también un realista como Quevedo, muy acertada es la opinión de Alfonso Reyes cuando dice: “Lope gran transformador de la naturaleza en poesía, nos aparece como una vertiginosa rueda metafísica, que arrojará sobre el mundo estético la realidad práctica triturada y desmenuzada” (5). Entraña Lope en su personalidad, la personalidad colectiva, en todos sus escritos hay siempre un algo que flota en el medio en que vive, por eso todo en él se nos presenta como una unidad compacta: el hombre, la vida, la obra, el medio y la época.

Menéndez y Pelayo escribe cuando se refiere al Fenix de los Ingenios “Con su alma de poeta nacional, Lope tiene una conciencia mas o menos clara de su obra y admite que la comedia es una imitación de la acción de los hombres y de las costumbres de su siglo” (6) Así es como Lope libre de las dos epidemias literarias de su tiempo, cultismo y conceptismo alrededor de cuyas escuelas gira “La guerra literaria en España” (Lope contra Góngora, Góngora contra Quevedo, Quevedo contra Ruiz de Alarcón y este contra Lope), de que nos habla Alfonso Reyes, logró salvar su individualidad en la literatura, creando un nuevo arte teatral, mas animado, más nacional, menos clásico y mas popular, como el mismo lo justifica en estos versos del “Arte Nuevo de Hacer Comedias”:

«Jorge Puccinelli Converso»

“Y cuando he de escribir una comedia,
encierto los preceptos con seis llaves,
saco a Terencio y a Plauto de mi estudio
para que no me den voces, que suele
dar gritos la verdad en libros mudos;
y escribo por el arte que inventaron
los que el vulgar aplauso pretendieron
porque, como las paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto”

en todas sus comedias Lope sólo trata de adaptarse a los caprichos del vulgo. Quevedo es en cambio el creador de una escuela sin pensarlo ni buscar el vulgar aplauso, conduciendo el pensamiento por un esfuerzo interno de excesiva inspiración llega a caer en el conceptismo y jugando con las ideas como Góngora jugó con las pala-

bras, se pierde por su profundidad, como Góngora se perdió por su brillantez.

LUIS H. RAMÍREZ M.

GONGORA Y QUEVEDO

Hombre conocedor de las más bajas pasiones humanas así como también de su más crasas aberraciones, Quevedo no halló jamás obstáculo alguno para opinar con sólidos argumentos sobre el Espíritu Santo y otros tópicos celestiales. Escritor de personalidad dual en el sentido de que escudriña minuciosamente el sector ético y anti-ético hominales. Digo esto, porque él como otro ninguno nos pinta con esa su socarronería suígeneris conciencias perversas y hasta cierto punto nos acicatea la mente para concebir la afirmación de que fué testigo y actor de las innúmeras cienagas costumbres de su época. En Quevedo el pensamiento sueña con la acción, no encontramos la especulación mental serena, de la creación literaria reposada como en Gracian o Cervantes. Su vida es puro dinamismo; en él la idea es simple complemento del hecho y éste es intelectualizado, inspirado en motivos intelectuales, llevado a cabo por un hombre propiamente intelectual. ¿Este hecho o hecho utilizado acaso no constituye una profunda novedad en la historia del pensamiento español? Otra singular característica Quevedesca impresa en España la tenemos contenida en un curioso acontecimiento. En principios Quevedo es creyente, místico acendrado y hasta cucufato, pero en una etapa posterior sus matinales ideas se anquilosan para dar pase a la traviesa irreverencia, al escepticismo escrupuloso y a la franca profanidad. De esta manera llegamos por deducciones, analogías a subversiones de valores, a su destrucción a las que Quevedo nunca llegó, pero que sí nos colocó en una formidable pendiente para rodar vertiginosamente hacia lo opuesto de sus ideas juveniles. En un duelo singular víctima a su adversario y este hecho le obliga a refugiarse a la sombra de Osuna. Al caer éste adviene Felipe IV y como no comulgó con las ideas del nuevo gobernador de Nápoles, duque de Olivares, ve sellarse en su vida continuas intrigas y zozobras que lo impelen a conocer diferentes lugares casi siempre en contradicción con su libre albedrío.

Quevedo pudo haber vivido tranquilo en medio de holguras y alabanzas, pero prefirió existir protestando como un centinela de la república. Patriota en grado heroico, creyó haber nacido para los esfuerzos varoniles por antonomasia, hombre férreo que nunca flaqueó ante las voluptuosidades de la Italia de entonces. Después de la Acción, decir lo que en gana le viniese, Hablar y Escribir eran sus mayores deleites. En cuanto a su estilo, podemos afirmar que casi siempre pecó por su mal gusto, mal gusto que fué fruto de la genialidad irresistible y camino seguro para llegar a la manera tétrica. Su estilo no es una catarata que mana, sino chorro caprichoso que salta y se sacude elegante en el aire. Es una metralla de palabras, un laberinto precioso de ideas contrarias, un estado agudo de la mente. Pero, todo tiene su límite, Quevedo también sabía callar cuando creía conveniente hacerlo.

Por otra parte tenemos la existencia aureolada de don Luis de Góngora y Argote, que es sinónimo de fragancia provinciana y por asilarse en la Iglesia de Córdoba constituye antítesis de la vida palaciega y cortesana del auténtico representante del Conceptismo en oposición directa al Cultismo, personificado en Góngora. La primera escuela, respetuosa de la lengua tradicional, preocupada en emerger un esfuerzo íntimo, una manera de guiar el pensamiento, que procede mediante acertijos, antítesis, sutilezas y asociaciones inesperadas, es ciertamente hija legítima de la educación escolástica. En cambio la segunda, consistente en un preciocismo lingüístico, en un abuso de la erudición antigua, en la frase zigzagueante y en el empleo de neologismos latinos, nunca opinó sobre el Conceptismo, aunque con mucha frecuencia se valió de sus métodos. Quevedo realiza en varias de sus obras como en la *Culta*, la *Aguja casurra* burlas del cultismo. El gongorismo o sea la voluntad de evasión del decir normal encontramos ya en Lucano, como lo estará después en don Luis. Estos dos cordobeses constituyen la tendencia barroquizante por esencia y mientras que en el eximio narrador Juan de Mena se frustra por prematura, en Góngora alcanza un valor extraordinario. Menéndez y Pelayo y Adolfo de Castro sostienen que los gérmenes del gongorismo hunden sus raíces en Garcilaso y se amplían en Herrera. Arce en cambio defiende la antítesis, es decir, que aquél es opuesto al gongorismo. Góngora no con muy poca justicia ha merecido el nombre de Homero español, título en mi concepto algo incompleto, porque él nunca esgrimió su pluma en los campos de los poemas épicos, vagó sí como Claudiano traspasan de tal vez en sales y pimienta al inmenso Marcial. Cuando ponía su naturalidad era culto y puro sin que la agudeza de su ingenio hiciera inaccesible sus pensamientos, como aconteció en efecto cuando anhelando escabullirse de la masa soberana cala muy hondo en la obscuridad. Este feliz yerro tiene también su explicación y disculpa, desde el instan-

te en que aún con él se encumbra y muestra inigualable y nunca superado. Es cierto, que se perdió en sus Soledades, pero ulteriormente gozó de la admiración y veneración crecientes, cuando con más cuidado le indagaron sus ingenios y ensalzaron sus agudezas. Entre éstas tenemos por ejemplo, cuando alude a Quevedo en una parte de sus Sonetos y le dice con ocasión de las críticas acres que soportaba sus Soledades, que el autor de los Sueños "duerme en español y sueña en griego". Luego en un párrafo interesante de sus Romanes vuelve a incidir sobre don Francisco, manifestando, que Tisbe, el de las fábulas, halla en el desván una rima que la pared siendo tal y no poeta había construido una más clara que las de Quevedo. Por las perspicacias literarias de estas dos eruditas columnas del siglo XVII no es justo considerar a este último como un descenso del anterior, denominado siglo aurífero. Anota Azorín — "La plenitud literaria hay que reconocerla en los escritores de la centuria diesiesietesca. Pero, esta madurez trae en cierta manera una decepción: a las inquisiciones que cada vez se aguzan más van sustituyendo un conformismo letárgico general. La crítica, que es el Sursum Corda de todas las artes, no hereda absolutamente nada de Juan Valdez ni se vuelve a poner de manifiesto las ambiciosas anotaciones que hiciera a Garcilaso don Fernando Herrera. Estamos en el lapso en que el desarrollo exuberante de la Comedia a través del siglo XVII fascina y atrapa al bullicioso ambiente teatral una verdadera muchedumbre de "oportunistas". La noble profesión de Cervantes tambalea al perder brillo, pero en cambio se abre erguido el sendero immaculado de la Libertad. Esta aflora acompañada de indignancia literaria cuya meta ineluctable ha de ser la improvisación, la verbosidad, términos equivalentes de avulgaramiento. Como corolario de esta lenta evolución toca las puertas de Madrid la guerra literaria cuyos protagonistas luminosos han de encarnarse en la gigantesca figura de Góngora y Quevedo, dignos representantes de la corriente barroca. En el Renacimiento el arte y la Literatura tienden a aislar las formas, encaminándolas a modelos clásicos, greco-latinos; ahora veremos cómo la belleza se busca en lo impreciso, lo dinámico y tumultuoso. Subsisten los mismos elementos anteriores, pero aplicados en forma distinta. En consecuencia el barroquismo descansa en la cultura renacentista y procede en primer término por acumulación, ya que barroquismo en italiano equivale a *acumulación*. En segundo lugar, se lleva de encuentro las líneas básicas del estilo, actuando no de acuerdo a una *norma*, sino según un escozor personal. Por esto el arte barroco tiene un sentido caprichoso que procede de lo definido a lo indefinido, de la prisión severa a la libertad pintoresca. Góngora como marca el término del proceso de acumulación de elementos estéticos que venía haciéndose desde el Renacimiento, constituye partida de un nuevo estilo y ápice de pro-

gresión lógica. El no hace más que llevar a su cúspide el afán de enriquecimiento del lenguaje, bebiendo en la fuente de la cultura anterior. La metáfora es clave de la poesía gongorina, abusó de ella movido por ese afán de evadirse de lo cotidiano de crear con este lenguaje restringido un mundo también limitado. Góngora no se sienta sobre la realidad como los místicos sino, que cuidadosamente la disfraza como cuando nos dice: "el cuadrado pino, la cetera de pluma, áspides volantes, servido ya en cecina, purpúreos hilos es de grana fina". Don Luis sabe dotar de sonoridad en forma inteligente a sus versos, colocando las palabras más nítidas en la cima de la sonoridad. En el pensamiento gongorino encontramos la melancolía, y el contraste: "amor burlado, placer torturante, amoroso veneno en bella boca" — Alfonso Reyes — En el contraste: frente a la poesía de alta cámara, ofrece Góngora las Letrillas, Romance de más cruda porquería que imaginarnos podemos. Góngora, tanto en sus temas populares como en los llamados mayores afina su instrumento lírico con igual rigor. En sus sonetos nos habla de sus viajes, de sátiras. La canción "De la toma de Larache" se toma como punto de partida del nuevo estilo gongorino; ya no se satisface con hablar de la música del río, de la canción del agua, le interesa más ahora cristalizar metafóricamente el instrumento sonoro.

LEONCIO ANGLAS QUINTANA.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

QUEVEDO Y LA NOVELA PICARESCA

Sátiro disfrazado y con un aire de Doctor en Teología, así es como yo imagino al Quevedo del siglo XVII. Hombre de colosal estatura intelectual y de robusto pensamiento, dilapidó su vida literaria como poeta, novelista, teólogo, humanista, filósofo y estadista y que como bien dijo Alfonso Reyes en sus "Capítulos de la Literatura Española", perteneció a aquella falange de hombres que "hundidos los pies en la vida picaresca, miraban al cielo con arrobamiento místico", frase que los pinta de cuerpo entero y que nos muestra a la sociedad de aquellos tiempos, de gran misticismo mejor dicho de gran fanatismo y de gran licencia en las costumbres a la vez. Vedle en algún retrato suyo como a pesar de sus espejuelos y de su grave peluca, se descubre su genio picaresco y malicioso a través de sus ojillos vivaces y de su boca irónica con una sonrisa semi esbozada a flor de labios, pareciendo que mirara con sarcasmo. Es el hombre

antítesis, el de los contrastes, en cuyo espíritu reían y lloraban al mismo tiempo las máscaras de la tragedia y de la comedia. Esto era natural, dado que a mi parecer, Quevedo era el representativo típico de su siglo, siglo de grandes transformaciones espirituales y que pasaba de un estado en que el pensamiento estaba como dogmatizado y en el cual todo giraba alrededor de la religión a otro en que éste se liberaliza, se evade de las estrechas cárceles del fanatismo religioso y libre de su encierro ríe este espíritu, ríe por boca de Quevedo y llora también al recordar su antigua prisión. Quevedo oscila, como toda su época, entre los polos de la realidad y del idealismo, y pasa la mitad de su vida satirizando todo aquello que chocea a su espíritu fino y sensible y la otra mitad, arrepentido de sus achaques burlones, elevándose en alas del pensamiento místico, pero sin abandonar jamás su mueca burlona. Sensibilísimo de temperamento, muy pronto descubrió las falacias de la sociedad de su tiempo y surge avasallador en él un afán moralista, estoico, e irguiéndose en juez de los demás se dedicó a caricaturizar los tipos sociales que le eran odiosos.

Entre sus obras picarescas es notable su "Historia de la vida del Buscón" de intenso realismo y a base de trazos magistrales, pero con ausencia de colorido de emoción, es una narración gris de un color "sucio" y desteñido de los tipos del bajo fondo de la sociedad española. Descripción de la vida de los pícaros y sus afanes y miserias, toda llena del desencanto y amargura conque el autor matiza sus líneas.

Es la historia de un sujeto de turbio origen, hijo de una ramera y de un barbero, quien inicia sus aventuras incorporándose como "valet" diríamos ahora, de un hidalgo acaudalado a quien acompaña a la escuela regentada por un domine llamado el licenciado Cabrera, quinta esencia de la tacañería quien los mata de hambre. Rescatados por los padres del condiscípulo los mandan a la Universidad de Alcalá de Henares donde Públicos comete todo género de barrabasadas y de fechorías. Se enrola luego a una troupé de pícaros hasta que va a dar con sus huesos a la cárcel, pretende mas tarde a una dama principal para aprovecharse de su hacienda, luego se mete a cómico, donde obtiene regular éxito. Cambia después la pluma por la espada y se convierte en espadachín y finalmente embarca a Indias.

En esta obra es de notarse el parentesco intelectual que tiene Quevedo con Emilio Zola, de la novela realista francesa, ambos gustan de regodearse en las inmundicias y obscenidades de la vida, removiendo el fondo del pantano social con el palillo de su ingenio. Trata el autor otros temas mas religiosos y menos profanos, pero la sombra de su espíritu burlón y el eco de su risa lo acompañarán

siempre. La voladora fama al anunciarlo a los cuatro vientos solo lo considera en su aspecto burlón y hoy el mundo lo recuerda mas como sátiro que como moralista.

HUBERT WIELAND.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y LA "POLITICA DE DIOS"

Despierta interés la personalidad literaria de don Francisco de Quevedo Villegas, a través de su obra "Política de Dios", que le hiciera merecer juicios sinnúmero como gran personaje de la comunidad cristiana:

"Antes que buen estadista Quevedo era buen cristiano".

"A un espíritu profundamente religioso tenía que repugnarle aquella sistematización del fraude y la añagaza".

"Había aprendido en los grandes maestros cristianos que la ciudad terrestre ha de estar ordenada a la ciudad celeste".

si se tiene en consideración las turbulencias de su vida doméstica y pública, el lastre que a nosotros llega de una pícara tradición popular y, hasta en el orden religioso, su posición beligerante y contraria a Teresa de Jesús en defensa de Santiago el Apóstol, cuando el fervor de España la escogía como protectora y Santa nacional. Frente a la mesurada y sobria, concisa y madura, fina, profunda y engalanada reflexión que en cada inferencia nos ofrece toda su obra cabal, en la que él, erudito sin ponderación, alcanza los misterios que interpreta con severidad, a la par que se hace humilde sin regatear insignificancia:

"¡Gran batalla! Dios con el mundo, el espíritu con la carne, la verdad con la presunción".

"No debe desacreditar esto mi ignorancia ni mi perdición. El que desprecia la virtud porque la enseña el pecador, es malo aún en aquello que el malo es bueno".

“Si Cristo es oveja y pastor, si fue pastor y cordero, si los herejes son ovejas y lobos, hagan la defensa de los católicos ovejas y perros”.

Surge inmediatamente con el contraste la interrogación y, en tal ambiente, la dificultad para la justeza de una crítica que rebasa la obra en sí y llegue a la persona del autor para indagar hasta qué punto ella es parte de su ser, o si fué solo un oficio intelectual en que con toda prescindencia actúa la razón tocando meramente a la superficie para subsanar, en acto externo de nimia y simple oportunidad.

Este es el caso de don Francisco en la obra teológica a que aludimos, que le ha ganado ponderaciones que están sobre las que podrían haberse vertido si se hubieran ajustado a su maravillosa y particular creación, en la que no importa el fin que se propone, interesándonos más, la serena majestad con la que apunta, los personajes y el instrumento de que se vale, el conocimiento del medio en que actúa y el reactivo escrutador con el que extrae, descubre y hasta crea nuevas y extrañas conclusiones, que, por el orden al que pertenecen adquieren tal rotundidad que hacen caer en culpa a quien las ignoraba y aún a quien procedía con sana y halagadora intención doselada de inocencia.

Así se vuelve teólogo y asume su prestancia elevándose sobre los demás para señalar y dirigir, escoge nada menos que al mismo Dios como principal, y, para no parecer abstracto en demasía, en un mundo de realidades que ya dejaba atrás a una edad teocéntrica por excelencia, toma los Evangelios de cuyo contenido hace filigranas con un dominio que asombra y los escudriña para lanzar enseñanzas que parecieren invenciones del azar, pero que dejan tal teflexión que convence, y si es en alma creyente, como el caso al que fueron dirigidas, no menos conmueven que revocan y renuevan. Y si poco fuera, se embarca con la Divina Humanidad que ofrece como ejemplo vivo que es, pero con nueva fisonomía en la que no había sido vista y conocida hasta entonces. Lógico es deducir, por lo que observaremos mas adelante, que evadía toda contradicción haciendo imposible cualquier protesta a que se pudieran prestar sus conclusiones, pero su agudeza y viva penetración no quiere sufrir equívoco, ni exponerse al tibio sentimentalismo pronto para aceptar lo piadoso pero no a confirmarlo con la acción, y aparenta ignorar la tradición añeja, con ansia de cultura propia, del pueblo español, su alcurnia cristiana de la que hace blasón, la intransigencia de su celo que trasmigra en alma y causa su fe, para así y mejor de esta manera alcanzar la meta por caminos objetivos. Con la certeza íntima del conocimiento de tal médula, pincha la realidad en el núcleo mismo de donde fluye y con destreza disimula en consejo la acusación.

No parece ser efectista mas sí soñador, pues el ideal que propugna está ¡tan lejos! de todo radio de acción ¡Cristo! ¡Sí! ¡Pero era Dios! Entonces el genio realista de Quevedo esquivo como satírico que es, blande aquí la cuarta dimensión de su arquetipo hacia el fin que se propone con su obra: la aplicación.

“La mala yerba si se le corta hojas no se remedia, antes refuerza la raíz”.

“No importa juramentos, ni palabras, ni empeños. Juramentos hay de tal calidad que lo peor de ellos es cumplirlos”.

“Ser rey es oficio y el cargo no tiene parentesco: huérfano es”.

“Bien pueden tener mayores excesos los reyes, y conocer que la boca que los aconseja mal, los escupe”.

“Y he aquí el meollo de la cuestión. El aparente contenido disimulado tras las figuras, no es mas que el formato intelectual que su soberbia imaginación descubriera, aserción que él mismo rubrica cuando dice: “Yo escribo lo que ví, y doy a leer mis ojos, no mis oídos”. No se propone escribir como cristiano, que no lo es, mas allá del título que el bautismo otorga, sino a valerse del cristianismo por la categoría superior que encarna. El conocimiento de la materia es el bagaje de su gran cultura intelectual comprensible si se tiene en cuenta que en aquellos tiempos, y sobre todo en España, la fuente teológica era el manantial imprescindible de toda inteligencia cultivada por insignificante que fuera. Su actitud sumisa hacia el Santo Padre, Vicario de Cristo, es la consecuencia de un respeto natural en el español que no había lamido la soberbia humana del estado cívico neutral y por lo tanto aquel gesto no provocaba mengua, antes merecía dignidad y honor. Sus protestas de fidelidad, sus razonamientos por las angustias de la iglesia con los acontecimientos de Inglaterra y Alemania, es la actitud de auténtico nacional con sentido de categoría y noción de valor. En fin todo él muestra al simple cristiano natural, mas no al sobrenatural que es el auténtico cristiano.

Se puede aceptar que es Maquiavelo quien por reacción lo inspira, con su obra *Del Príncipe* que él llama *Del Tirano*, pero no en defensa de la moral cristiana sino como político que “sentía la vocación profunda del bien social”, como hombre cuerdo que sabía razonar con equilibrio y serenidad, con espíritu de investigación, con sentido de causa y efecto.

Por esto juzgo desacertado aquel juicio que quiere calificar a su persona por la apreciación formal de la obra de indiscutible singularidad. La crítica tiene que ser estricta y para ser ha de ser justa, lo que no sucede cuando hay apropiación o hay desmedro.

Está lejos de ella la personalidad total del hombre que hace una armonía de su conducta y pensamiento, que actúa como piensa y que vive en función de lo que cree. Cuando esto no sucede o las alternativas de la vida no han sido justificadas, la apreciación tiene que ser de directa consecuencia sin generosas invenciones que la alteran y la disminuyen para que sea sensata y cuerda. La justificación de un mérito no tiene por qué sufrir adulteración alguna por más que aparentemente lo haga resaltar porque produce confusión en vez de orden, imprudencia en vez de sabiduría. Nadie pretende examinar y menos calificar la luz del sol por la claridad como el día que en la noche diera la luna, porque ello haría incurrir en equivocación. De igual manera es exagerado llamar cristiano en sentido estricto a don Francisco de Quevedo, por su inspiración evangélica que es puramente intelectual, por la maestría y admirable distribución con la que sigue los pasos de Jesucristo, por las reglas de conducta que saca de cada una de las acciones que examina o por la ahincada investigación que bien pudo demandarle un gigantesco esfuerzo de realización o por la apariencia magnífica de su espíritu comprensivo a través de su obra llena de moderación y recogimiento:

La escrupulosa veracidad en el testimonio, la sensatez y cordura de su juicios, el conocimiento y desarrollo de su tema, el caudal de su saber, lo ubican entre los congregados alrededor de la teología, pero de ninguna manera dentro de la autenticidad del cristianismo que es correlación y que cuando se profesa con gravedad, trasciende más allá de la ciencia: a la vida. Y esta en la persona de don Francisco de Quevedo Villegas pudo haber estado próxima pero no dentro de las pautas severas pero no imposibles de la moral y la fé. Fué un teólogo cristiano pero no un cristiano literato

«Biblioteca de la Universidad de Los Andes»
«Jorge Puccinelli Converso»

PORFIRIO SILVA ARENAS.

LOS SUEÑOS DE QUEVEDO

La obra de Los Sueños de Quevedo, escrita en la época de juventud está llena de *emoción pasional*, como cuando se refiere al alboroto que causa el juicio universal y en el que encuentra que las almas huyen unas sin brazos, otras cojas o tuertas, pero lo curioso es que el sólo observa que el escribano es el único que desea cambiarse de alma, arguyendo que no le venía bien a su cuerpo y descartarse de ella. Los lujuriosos tampoco quieren sus ojos ya que ellos solos serían sus propios testigos. A cada cual coloca Quevedo en el lugar

que le corresponde a los ladrones y a los avaros y vuelve a encontrar a un grupo de escribanos huyendo de sus orejas que ya no les hacían falta, porque por ladrones las habían perdido en vida. Brillante ingenio muestra cuando dice de los mercaderes que se habían vestido las almas del revés y que los cinco sentidos los tenían en las uñas de la mano derecha, dando a conocer así el espíritu exclusivo comercial de estos. Cita a las mujeres públicas, a los médicos, a los verdugos, sastres, zapateros, taberneros los cuales se hacían sordos por no salir de la sepultura y sacando la cabeza un abogado pregunta a donde iba tanta gente y luego que le dijeron Al Tribunal de Radamanto, volvióse a meter en su sepultura para evitar un viaje inútil, ya que para él estaba reservado el infierno.

Al hacer una visita al licenciado Calabres encuentra a un atormentado que atadas las manos y suelta la lengua daba voces descompuestas y al preguntar ¿quien era? le dijeron que un endemoniado, pero replicó el espíritu que más bien era un alguacil endemoniado, porque al parecer de él el mismo demonio estaba por fuerza dentro del alguacil, ya que ambos tenían igual oficio el de condenar siempre a los hombres, los primeros por procurar los vicios y pecados en el mundo y los alguaciles por menesterlos para su sustento y que además son diablos por su varilla y los demonios alguaciles sin vara, colocando a unos y otros en igual profesión u oficio. No olvida Quevedo a los poetas, de quienes dice que se atormentan oyendo hablar de las obras ajenas; pero los que peor la pasan son los poetas de comedias que por hacer enredos y marañas se sitúan entre los procuradores y solicitadores. Judas se encuentra entre los mercaderes. Los malos Ministros entre el mal ladrón, clasifica a los enamorados como una mancha que todo lo toca, porque hay enamorados de sí mismos, del dinero de las palabras y de las mujeres de los cuales hay no poco en el infierno ya que ellas forman riachuelos con malos tratos y peores correspondencias les dan ocasión de arrepentimiento a los hombres.

La concepción que hace Quevedo en este tercer sueño está ajustado a la concepción religiosa cristiana, que preconiza el camino del cielo sembrado de espinas y abrojos, sendas estrechas y sinuosas, mientras que las que conduce al infierno son amplias, llenas de rosas; costando a los primeros sacrificios y peligros, mientras a los otros la vía se les hacía atrayente y fácil; llama así su atención notar que no hay huellas de bestias, ni de carros ni señal de rueda alguna y al preguntar él le contestaron ese el camino de la verdad, de la virtud en el cual no hay venta ni mesón. Luego dá un paso atrás y saliendo del camino del bien vuélvese sobre la izquierda y halla todo tan reverendo, con coches, carrozas cargadas de competencias al sol en humanas hermosuras y gran cantidad de galas y solo el poner el pie en el umbral del camino lo hizo como deslizarse sobre el

hielo y encuentra allí todo lo que desea, músicas, bailes, fiestas, juegos, saraos. Aquí se siente tan cómodo que se da cuenta que en el otro camino faltaba todo y que hasta los sastres estaban ausentes porque las personas caminaban desnudas y rotas. Siguen un orden casi estricto los diferentes personajes mercaderes, joyeros, letrados, médicos y ellos hay una pléyade, calificando a los letrados de ponzañas graduadas. Pasan y en la puerta se encuentra la Justicia espantosa y temible y en la segunda entrada el Vicio desvergonzado, la Incredulidad resoluta y ciega, la Inobediencia bestial y desbocada, la Blasfemia insolente y tirana llena de sangre, siguen luego los herejes y todo un cortejo de seres a quienes lleva Quevedo según su lote de responsabilidades, no se le escapa aún dentro de su profunda filosofía su espíritu satírico, burlón y humorístico.

El gran escritor revela en los sueños "El Mundo Por de Dentro" un profundo conocimiento de la realidad, cuando se imagina el Desengaño, con sus harapos y andrajos conocedor del valor del tiempo de lo profundo, de lo filosófico y haciendo crítica a lo superficial y pasajero. A la Hipocresía que tanta podredumbre encierra; Dentro de la actual sociedad establecida encontramos perfectamente aceptable esta formidable crítica de Quevedo. Cuantas manifestaciones en casos similares de un entierro son sólo apariencia y protocolo, quedando lejos, la realidad de un sentido dolor o sentimiento.

En este nuevo sueño se encuentra a un grupo de médicos que acompañados de boticarios forman un cortejo fúnebre por la forma como van aparejados que los encuentra Quevedo como si fueran tumbas con orejas y dice tan acerbamente que Galeno remitió a los médicos de la cámara a la orina y al encontrarse con la muerte, como cosa curiosa advierte que cada cual llevamos la muerte encima, o somos la propia muerte.

En el último sueño "Casa de Locos de Amor", cataloga a las doncellas, a las casadas, a las viudas como si en este sueño se vaciara todo el encono que sentía por la mujer.

A través de Los Sueños de Quevedo se encuentra diversos aspectos y matices que llevan al conocimiento profundo del ingenio burlón, pronto feliz; a la agudeza refinada de su crítica que con desenfado señala los errores y los vicios y los fustiga implacablemente. Tiene variantes en su vida de apasionado en su juventud, toma sesgos melancólicos su carácter, debido, sin duda, a múltiples circunstancias su cristiano estoicismo. No se aparta de la realidad pura y en tancias, para terminar en ciertos momentos y llegar a su mayor alus conocimientos muestra profunda filosofía. Se muestra enemigo de la mujer y no hay aspecto ridículo y vergonzoso que no lo muestra desnudamente. Su lenguaje es duro, sin disfraces, enérgico, pe-

ro llenos de verdad y honradez, aunque un tanto vulgar y poco evolucionado. No escapa a la característica de los escritos españoles ceñido a los moldes religiosos. Posee inteligencia clara y precisa.

JULIA J. VDA. DE PHILIPPS.

QUEVEDO Y CAVIEDES

El género satírico enriquecido por Quevedo, se desenvuelve con notoria fluidez y excepcional calidad, y la importancia de su obra logra llamar la atención del mundo culto de aquella época. Por su libertad en la acción intelectual, trae, como diría Alfonso Reyes; "*Acaso una profunda novedad en el pensamiento español*". Claro está, es el autor de una corriente completamente distinta en la apreciación y posesión del hombre frente a las cosas e instituciones. Su concepción literaria es el punto de partida del que va comenzar a emigrar, más tarde, un nuevo sentido filosófico.

Surgen imitadores de Quevedo, dentro y fuera de España. En América se vislumbra con meridiana claridad, cierta acentuación y tono Quevedesco. Es en la segunda mitad del siglo XVII, a poco la villa de Porcuna, Andalucía, el poeta que más tarde en el Perú desaparecer la ilustre figura del autor de *Los Sueños*, que nace en y América, iba representar con mayor propiedad el género satírico. Se trata de Don Juan del Valle Caviédes, español de nacimiento, pero de obra genuinamente peruana.

Los rasgos biográficos de su infancia y juventud no están debidamente esclarecidos, pero se puede afirmar que recibió cierta educación religiosa, trascurriendo su juventud en un ambiente lleno de emotividad y aventuras.

A la mitad de su vida, vemos a Caviédes en el Perú, dueño de una apreciable fortuna se dedicó a malgastarla; lo que arruina su salud y agota su dinero.

Comienza a sentir inclinaciones por la poesía festiva. Su ingenio se despierta con el convalecer de una enfermedad, y Caviédes hace rodar en el ambiente limeño sus burlescas inventivas contra los médicos, que más que doctores en ciencia lo eran en empirismo.

Su pasión por la poesía lo lleva a producir una serie de romances, décimas y epigramas que evidencian una genial creación satírica.

En 1671, convencido de la imposibilidad en seguir aquella vida desenfrenada opta por casarse. Establece, o quizás solo frecuentaba,

un negocio, en uno de los cajones de la Ribera, de donde le valió el nombre de *Poeta de la Ribera*.

En las obras de Caviedes hay que distinguir dos tendencias perfectamente marcadas. La primera coincide con sus años mozos y es en la que produce el aspecto clásico de su poesía. Por el criollismo y la expresión castiza, sus versos, no han perdido la fresca lozanía que el tiempo le ha mermado, por lo que, muchos de sus poemas cobrarían boga hoy en día.

A esta primera parte, pertenecen; El Diente del Parnaso, Poesías Diversas y otras composiciones de carácter jocoso. Las versiones de esta clase de poemas nos demuestra en Caviedes una profunda visión crítica de los defectos de la sociedad de su tiempo; y su temeraria valentía en divulgar y atacar tales costumbres hicieron de él *El gran vacío en la literatura colonial*.

Frente al gongorismo asfixiante, el Poeta de la Ribera constituye la reacción. Sus sátiras contra los médicos, sus atrevidos diálogos, sus pendencias sobre las damas virreyales, son compendios de una gran fuerza satírica, que podemos apreciar en estas muestras:

A los médicos no los satisfago
y salvedades no hago.
A todos, por idiotas, los condeno
porque ninguno hay bueno,
desde Bermejo tieso y estirado
hasta Liseras, giba y agobiado.

Manejó la vena festiva con maestría y genio singular, y su carencia de estudio y cultura lo salvó de ser arrollado por la ola espumosa del culteranismo. Su risible sátira contra los Hipócritas, es también digna de mención:

Quien trate de fingirse virtuoso
que es ejercicio grave y frutuoso
póngase gran sombrero y zapatones
aunque otra cosa digan sus calzones.

La otra fase de su producción, es en la que revela sus aficiones de poeta místico, sobresaliendo por sus sonetos de fervorosa inspiración religiosa.

Del valioso manuscrito que se guarda en la Biblioteca Nacional, transcribimos textualmente, el siguiente soneto inédito, titulado: *Pidiendo perdón al Alma arrepentido a Dios*

Dueño del Alma en quien amante fío
la gracia, y el perdón de mi pecado,

que aunque ingrato, y traidor con vos e andado
uno es vuestro mi bien, y lo otro es mío.

Si os ofendí con ciego desvarío,
y la Razón de aquesto me ha apartado
no hagáis de un miserable un condenado
pero vos lo habéis de hacer si en vos confío.

Ya basta mía para enojos
consoladme en la pena, y el quebranto,
mirad como de un frágil mis antojos.
Respondedme mi bien, mas entretanto.
Salga el Alma desecha por los ojos
para que labe mis culpas con el llanto.

Caviedes no se conformó con la carcajada, sino que además cultivó un depurado lirismo poético. Apuntó la sátira, al igual que Quevedo, en aquellas situaciones que requerían una ineludible regeneración. La obra de ambos fué de una trascendencia social innegable.

¿Conoció las Obras de Quevedo? — Es muy probable que así fuera, además de ser un autodidacta, Caviedes, recibió la influencia del insigne literato español, que la volcó con maravillosa originalidad de estilo, en todas sus composiciones. El Poeta de la Ribera, constituye uno de los más notables representantes del género satírico. No poseyó la erudición ni cultura de Quevedo, pero la vena festiva de su ingenio rayó paralela a la del Señor de la Torre de Juan Abad.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

LUIS CURIE.

• FRANCISCO DE QUEVEDO Y CESAR VALLEJO

Hallar analogías entre la poesía de Francisco de Quevedo y la de nuestro César Vallejo, no es empresa osada ni singular. Quevedo es uno de los agonistas más cabales de la lírica española y César Vallejo es el poeta más hondo y dramático en el Perú. Sin intento de paralelo, sin ánimo de investigación exhaustiva, al paso fugaz de las lecturas, procuraremos encontrar las coincidencias en la expresión y en el espíritu de ambos artistas. . Comenzaremos por señalar

que la humana existencia de ambos muestra coincidencias sugerentes. Los dos vivieron la agitada pasión de los agonistas castellanos, fué la voz de ellos, voz de salmistas y de profetas de su pueblo. En su ventura y desventura ambos vivieron la aventura profunda de nuestra raza. Desde distancias lógicas —tres siglos— y en circunstancias diversas, cada uno cumplió con el deber de lealtad que se exige, ahora más que nunca, a los artistas. Quevedo y Vallejo fueron carne de su gente, española y peruana gente, y es más ambos pelearon por ella, por eso fué la de ellos, fidelidad perfecta. Corrieron el destino de su pueblo, se contagiaron de su pasión, de su dolor y su congoja. Así fueron militantes y combatientes. Quevedo contra los Felipes “grandes a manera de hoyo” y Vallejo contra el facismo. Las banderas serían distintas, pero la intención la misma; las armas serían diferentes, pero la marcha y el objetivo uno solo.

Para Quevedo, igual que para Vallejo, la tierra y la raza —Patria y Pueblo— fueron su gozo, su dolor y su orgullo. La dura escala de lo español, que puede ser también la dura escala de lo humano, fué recorrida por ambos hasta ganar el derecho a vivir en la historia —no solamente en la Historia Literaria— con bien merecida hondura permanente. Amigos lejanos, en la lejanía de trescientos años, vive el uno en el otro, con la misma vieja sangre común, invencible y vencedora. Los poetas cuya obra queda en el tiempo se hacen más vivos, más reales y corpóreos a través de los años. Porque es la suya vieja y nueva —eterna— poesía que perdura sin mengua, y al recordarla se la siente renovada en su totalidad, en su presencia y la unidad natural de su grandeza.

Al celebrarse este año el tercer centenario de la muerte de Quevedo, su arte muestra la plenitud de su vigencia y se incorpora más al dolor y a la esperanza de los hombres que hablan su lenguaje. Fueron su vida y su muerte tan leal hazaña española, que pensarlo, sentirlo, es situarlo en el ímpetu doloroso y terco del alma de su gente. No hay España tan genuina, en su raíz y en su flor, como en este poeta madrileño.

César Vallejo es no solamente el más alto poeta peruano de este tiempo sino también uno de los más calificados poetas castellanos. En realidad es, hasta ahora, el único poeta peruano que puede reclamar el derecho a llamarse clásico. No se trata de un poeta con insignificantante significación vernácula, como han pretendido destacarlo su provincianos glosadores, entre ellos, el menos afortunado, Antenor Orrego, cuando coloca el acento, reiteradamente, sobre la poesía “peruana” de Vallejo. No hay tal, es la suya una poesía castellana y por la alta calidad que ostenta, universal.

Desde su libro inicial, "Trilce", "Poemas Humanos" y "España aparta de mí este cáliz", sigue una misma marcha gloriosa. Su voz no cabe en ningún casillero de escuela, tendencia o cenáculo. Como en el arte de Quevedo no existe en la suya nada formalista, limitado, constreñido o achicado. Desde su primer libro: "Heraldos Negros" (1918) comienza el descubrimiento y conquista de sí mismo sin escuchar las sirenas de artificiosas tendencias. Como el navegante antiguo siguió su rumbo, sin pensar en la peripecia ni en la distancia del puerto. "Vivere, navigare ets", dijo el latino y nuestro poeta siguió solo su glorioso rumbo. Así penetró en lo clásico, que es lo perdurable por la calidad de la obra, por la categoría del logro y la virtud permanente de la creación.

Es el misticismo, la esencia de la verdad estética de Vallejo, el que sirve de puente de plata para señalar las coincidencias que busca este trabajo. Jamás poeta americano alguno siente tan íntima y definitivamente su unión con Dios, figura de pasión, de dolor y esperanza. En las vegas agrestes de Santiago de Chuco, en la serranía de metal y soledad, repite la pasión de Cristo hasta encontrar una antigua sonancia en su voz atormentada. Así fué como por los caminos del tormento interior llegó al tormento terrestre, al pueblo que también tiene su cruz y su tormento.

"Perdóname Señor: qué poco he muerto"

dijo alguna vez con el tormento a flor de labio. Ese tormento es el hambre y la sed de justicia. Así bajó los ojos de la lontananza infinita y celeste, dejó la carne libre del cilicio y buscó el humano dolor que reptaba por todos los caminos. Así nace la pasión, la agonía, la lucha con la imagen de la muerte esperando en todos los caminos de la vida.

Aspectos desdeñados de la grandeza de Quevedo, en su arte lírico, los buscaremos con afán en la lectura breve de sus obras, para señalar el símil, en la temática de la muerte, con la producción de Vallejo. En ambos queda eso que no puede morir como el hombre, su angustia, su humanidad y aquella guerra entre la muerte y la vida, que es toda agonía.

"Amando la vida con saber que es muerte"

afirmó Quevedo, y Vallejo apunta, en "Himno a los voluntarios de la República":

“Humea ante mi tumba la alegría”.

Por estos caminos hallaremos la verdad de ambos. Oscuros héroes de renunciación y vidas agarrotadas, golpeados por el infortunio, dolidos en la entraña y el hueso más íntimo por la injusticia, de sus labios ha de salir la canción dulce, apasionada, serena o violenta de la vida y la muerte.

Comparemos estos dos sonetos:

EL POETA A SU AMADA

“Amada, en esta noche tu te has crucificado
sobre los maderos curvados de mi beso;
y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado,
y que hay un viernes santo más dulce que ese beso.

En esta noche rara que tanto me has mirado,
la Muerte ha estado alegre y ha cantado en su hueso.
En esta noche de Setiembre se ha oficiado
mi segunda caída y el más humano beso.

Amada, moriremos los dos juntos, muy juntos;
se irá secando a pausas nuestra excelsa amargura;
habrán tocado a sombra nuestros labios difuntos.

Y ya no habrán reproches en tus ojos benditos
ni volveré a ofenderte. Y en una sepultura
los dos nos dormiremos, como dos hermanitos.

«Jorge Puccinelli Converso»
CÉSAR VALLEJO (“Heraldos Negros”).

AMOR CONSTANTE MAS ALLÁ DE LA MUERTE

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra, que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora, a su afán ansioso lisonjera;

mas no de esotra parte en la ribera
dejará la memoria en donde ardía;
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a ley severa;

Alma, a quien todo un Dios prisión ha sido,
venas, que humor a tanto fuego han dado,

médulas, que han gloriosamente ardido,
Su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, más tendrán sentido.
Polvo serán, más polvo enamorado.*

FRANCISCO DE QUEVEDO.

En ambos poemas se funden los mismos matices y las mismas armonías. Es la muerte bienhechora y algo que triunfa sobre ella. Esa misma tónica podemos hallarla a lo largo de la producción de ambos poetas, repetida y constante. La lectura de "Heraídos Negros" nos deja una sensación de dolor humano, de congoja, de sufrimiento repetido. Es el poeta en la familiar comunión y en el mundo áspero que le rodea, el idilio muerto y el recuerdo que flota sobre las brumas de la azul melancolía. En "Trilce" esa angustia se agosta y penetra hasta lo más profundo del alma. Cala el destino del hombre en su espantosa soledad. Recordemos que fué escrito este libro en la prisión. Allí viene el recuerdo a morder su amargura y viene y vá la muerte en cada hora. Nada más dramático que este poema de "Trilce".

LXXV

"Estáis muertos.

Qué extraña manera de estarse muertos. Quienquiera diría no lo estáis. Pero, en verdad, estáis muertos.

Flotáis nadamente detrás de aquesa mebrana que pendula del cenit al nadir, viene y va de crepúsculo a crepúsculo, vibrando ante la sonora caja de una herida que a vosotros no os duele. Os digo, pues, que la vida está en el espejo, y que vosotros sois el original, la muerte.

Mientras la onda vá, mientras la onda viene cuán impunemente se está uno muerto. Solo cuando las aguas se quebrantan en los bordes enfrentados, y se doblan y doblan, entonces os transfiguráis y creyendo morir, percibís la sexta cuerda que ya no es vuestra.

Estáis muertos, no habiendo antes vivido jamás. Quienquiera diría, no siendo ahora, en otro tiempo fuisteis. Pero, en verdad, vosotros sois los cadáveres de una vida que nunca fué. Triste destino. El no haber sido sino muertos siempre. El ser hoja seca, sin haber sido verde jamás. Orfandad de orfandades.

Y, sin embargo, los muertos no son, no pueden ser, cadáveres de una vida que todavía no han vivido. Ellos murieron siempre la vida.

Estáis muertos

Juan Larrea dice que Madre y Muerte son los temas que centran la obra poética de Vallejo. En efecto sobre el tema de la "muerta inmortal", escribe Vallejo sus más calificados dramas y por ese camino llega a la tierra madre y a la Madre España, la popular y la republicana, por la cual tanto dió de su vida y de su arte. Al final de su libro "poemas humanos" dice Vallejo:

"En suma, no poseo para expresar mi vida sino mi muerte". Y es ese acento el que informa su producción más señera. Y en otro de sus poemas, en un soneto que está bastante difundido, se anticipó a su propia muerte, expresando las circunstancias en que se verificaría. Nada más lleno de augurio doloroso, de anticipación de la muerte, de visión anticipada y certera que este soneto de Vallejo

PIEDRA NEGRA SOBRE UNA PIEDRA BLANCA

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual ya tengo el recuerdo.
Me moriré en París — y no me corro —
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será, porque hoy, jueves, que prosó
estos versos, los húmeros me he puesto
a la mala y jamás como hoy, me he vuelto,
con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada:
le daban duro con un palo y duro

también con una soga; son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos.....

"Solo la muerte morirá", afirma con énfasis y de la lectura de este poemario se desprende toda la dramática, solitaria y alta grandeza de España y del pueblo del mundo entero. León Felipe reclama para su pueblo español el privilegio de haber llamado siempre la atención del mundo, con gritos que quedaron grabados para

siempre. El grito de Trina, anunció la tierra del nuevo mundo. El grito de la guerra civil anunció la tragedia. Pero hombres y pueblos pretendieron ignorar el dolor de la tierra y del habitante de España y todos han sufrido las consecuencias. Esa muerte colectiva, esa destrucción en masa, no ha tenido cantor más admirable que Vallejo. La muerte en todas sus formas se abre frente al mundo como la sonrisa de una rosa de sangre. La muerte violenta y cruel, la muerte doméstica de Ramón Collar, yuntero y hombre, la de Pedro Rojas, ferroviario y hombre que solía llamar a la vida escribiendo con su dedo grande en el aire "Viban los compañeros, Pedro Rojas". La imagen española de la muerte, con su fusiles húmedos de lluvia y los revólveres goteando lágrimas, todo es sinfonía de muerte, actitud de muerte, pero también anuncio de futuro, de vida sobre todas las cosas. Y es aquí, en estas páginas húmedas de lágrimas, de sangre, de pasión humana, de dolor infinito, que descubrimos la raíz honda de la poesía de Vallejo y su identidad con la lírica española de todos los tiempos. El siguiente soneto de Quevedo puede haber sido suscrito por Vallejo:

ENSEÑA COMO TODAS LAS COSAS AVISAN DE LA MUERTE

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, ví que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados;
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa, ví que amancillad
de anciana habitación eran despojos;
mi báculo más corvo, y menos fuerte.

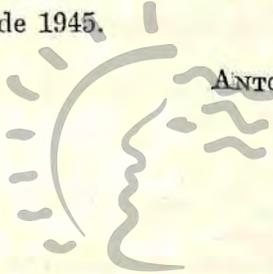
Vencida de la edad sentí mi espada
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

Esas vivencias, contrarias — vida y muerte — de España, han sido magistralmente interpretadas por Quevedo y Vallejo, a la distancia larga de tres siglos, sobre una misma realidad tremante. No puede negarse que el soneto anteriormente copiado y el mundo actual de España muestran una misma verdad y una misma realidad tremenda e innegable

Desde una distancia tan larga, al cabo de una pasión en la cual lagunas de siglos señalan altos y rudos derroteros, el español hombre, el hombre de nuestra raza, más que étnica idiomática, se encuentra con un acento común que viene desde largo tiempo. Son los mismos temas, aunque la forma sea distinta. Será la llamada técnica, diferente, pero la realidad del tema es la misma, en su hondura, en su profunda raíz y en su flor deslumbrante y maravillosa.

Francisco de Quevedo y Villegas y César Vallejo, castellano el primero y peruano de Santiago de Chuco, bravío corazón del Perú, el segundo, por los mismos hondos y dramáticos caminos de la sangre y de la vida, llegan al común territorio lírico. A aquel en el cual un frío de muerte, de pasión, de tristeza y melancolía, señala el rumbo combatiente y agónico de ambos pueblos y de nuestra raza. Más que raza de sangre, raza del espíritu, que es el que ondula a través de los siglos y persiste, afirmativo y victorioso.

Lima, 25 de Octubre de 1945.



ANTONIO VENTOCILLA.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

BIBLIOTECA DEL SEMINARIO DE LETRAS Y PEDAGOGIA

BOLETINES Y REVISTAS RECIBIDOS:

- 1.—Revista Médica Hondureña.—Año XV.— No. 117.—Tegucigalpa.
- 2.—Boletín Informativo. (Universidad de Chile).—Año I.—No. 1, 2, 3.—Santiago de Chile.
- 3.—Lectura Para Maestros.—(Of. de Cooperación Intelectual).—No. 17.—Washington D. C.
- 4.—Boletín de la Escuela Nacional de Ingenieros.— Serie III.—Tomo XVIII.—Lima.
- 5.—Atenea.—Año XXI.—Tomo LXX.—No. 236, 240, 241.—Concepción (Chile).
- 6.—Anales de la Facultad de Farmacia y Bioquímica.—Tomo V.—No. 1, 2, 3, 4.—Lima.
- 7.—Revista Universitaria.—Año XXXIII.—No. 86, 87.—Cuzco.
- 8.—El Economista.—Tomo XIII.— Año VII.— No. 146.— México D. F.
- 9.—Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas.—Vol. III.—Tomo III.—No. 9.—Buenos Aires.
- 10.—Boletín de la Academia Nacional de la Historia.— Tomo XXVIII.—No. 109.—Caracas.
- 11.—Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia.—Tomo XIX.—No. 2.—Montevideo.
- 12.—Revista Nacional.—Año VIII.—No. 84, 85.—Montevideo.
- 13.—Universidad.—No. 23.—Panamá.
- 14.—Boletín de la Academia Panameña de la Lengua.—No. 1, 2.—Panamá.
- 15.—Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales.—No. 32.—Lima.
- 16.—Revista de la Guardia Civil del Perú.— Año XIV.—No. 160.—Lima.

- 17.—Sur.—Año XIV.—No. 130.—Buenos Aires.
- 18.—Noticias de México.—Año V.—No. 106, 107.—México D. F.
- 19.—Boletín de la Unión Panamericana.—Julio 1944.—Setiembre, 1945.—Wáshington D. F.
- 20.—The Yale Review.—Vol. XXXIV.—No. 4.—Yale University Press.
- 21.—Revista Hispánica Moderna.—Año X.—No. 1 y 2.—New York. Buenos Aires.
- 22.—Studies in Philology.—Vol. XLII.—No. 3.—The University of North Carolina Press Chapel Hill.
- 23.—Revista de la Escuela Militar de Chorrillos.—Año XX.—No. 233.—Chorrillos (Lima).
- 24.—Revista del Archivo Nacional.—Tomo IV.—No. 63, 64, 65.—Bogotá.
- 25.—Instituto Nacional de Estudios de Teatro.—Cuaderno de Cultura Teatral.—No. 21.—Buenos Aires.
- 26.—Philosophy and Phenomenological Research.—Vol. V.—No. 4.—University of Buffalo.
- 27.—Revista del Museo Atlántico.—No. 8, 9.—Barranquilla (Colombia).
- 28.—Hispania.—Vol. XXVIII.—No. 2, 3.—Wáshington D. F.
- 29.—Biblos.—Año III.—No. 15.—Buenos Aires.
- 30.—Mundo Eslavo.—Año VIII.—No. 74, 75.—Lima.
- 31.—Revista Nacional de Cultura.—Año VII.—No. 50.—Caracas.
- 32.—Revista de la Universidad Católica.—Tomo XIII.—No. 4, 5.—Lima.
- 33.—Anuario Estadístico de la Ciudad de Lima, 1944.—No. 1.—Lima.
- 34.—Educación.—Año VI.—No. 37.—Caracas.
- 35.—Boletín de la Escuela Municipal Aguayo.—Año VI.—No. 11.—La Habana.
- 36.—Inglaterra Moderna.—No. 107.—Hanover Street, London W.
- 37.—Juventud.—Año II.—No. 19, 21.—Lima.
- 38.—Ancash.—Año I.—No. 1.—Lima.
- 39.—Sur.—No. 131.—Año XIV.—Buenos Aires.
- 40.—Revista de Derecho y Ciencias Políticas.—Año VIII.—No. 3.
- 41.—Revista Nacional.—Año VIII.—No. 86.—Montevideo.
- 42.—Revista de la Guardia Civil del Perú.—Año XIV.—Lima.
- 43.—Universidad de Antioquía.—No. 71, 72.—Medellín (Colombia).
- 44.—Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia.—Tomo XIX.—No. 3.—Montevideo.
- 45.—Hispanic Review.—Vol. XIII.—No. 3.—The University of Pennsylvania.
- 46.—Boletín del Museo Nacional.—No. 3.—Río de Janeiro.

- 47.—Anales de Instrucción Primaria.—Epoea II.— Tomo VIII.— No. 1.—Montevideo.
- 48.—Educación.—Año VI.—No. 37.—Caracas.
- 49.—Boletín de la Unión Panamericana.— Agosto, 1945.— Wáshington.
- 50.—Atenea.—Año XXII.—Tomo LXXXI.—No. 242, 43.— Concepción (Chile)
- 51.—La Gaceta Filosófica.—Año V.—No. 4.—México D. F.
- 52.—Revista Médica Hondureña.—Año XV.—No. 118, 119.— Tegucigalpa
- 53.—Universidad Católica Bolivariana.— Vol. XI.—No. 40, 41.— Medellín (Colombia).
- 54.—Britain To Day.—No. 112.—London.
- 55.—Archivos de la Universidad de Buenos Aires.—Año XIX.—Tomo XIX.—No. 4.—Buenos Aires.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

ACTIVIDADES DEL CLAUSTRO

NUEVO DECANO.

En sesión de 18 de agosto último, la Junta de Catedráticos, accedió a la solicitud de licencia formulada por el Decano de la Facultad de Letras y Pedagogía, doctor Horacio H. Urteaga, habiéndose hecho cargo del Decanato, por excusa de los doctores Luis Miró Quesada y José Gálvez, el doctor Pedro Dulanto, de conformidad con lo dispuesto por la ley Orgánica de Educación Pública.

NUEVO DELEGADO AL CONSEJO UNIVERSITARIO.

La Junta de Catedráticos en sesión de 21 de agosto ppdo. eligió como Delegado de la Facultad ante el Consejo Universitario al Dr. Luis Alberto Sánchez, por renuncia irrevocable del anterior, Dr. Roberto Mac Lean.

NOMBRAMIENTO DE UNA COMISION DE CATEDRATICOS

«Jorge Puccinelli Converso»

En la sesión de Junta de Catedráticos de fecha 18 del mes de agosto se acordó por unanimidad designar una Comisión presidida por el Doctor Luis A. Sánchez e integrada por los doctores Luis E. Valcárcel y Luis F. Xammar, para que reuniéndose con los delegados nombrados por el alumnado de los distintos años de estudios de la Facultad, recogiera la opinión de ellos sobre los diversos aspectos relacionados con la reforma universitaria.

ELECCION DE CATEDRATICOS PRINCIPALES INTERINOS.

En sesión de 28 de mayo ppdo. la Facultad eligió como Catedráticos Principales Interinos, al personal que se indica a continuación, de las asignaturas cuyos Catedráticos Titulares gozan de licencia:

Dr. Luis Felipe Alarco, de Psicología General.

Dr. Manuel Argüelles, de Psicología General y del Adolescente.

Dr. José M. Valega, de Historia del Perú (Conquista y Colonia).

La Facultad, en sesión de 30 de mayo del año en curso, eligió al Dr. Francisco Cadenillas por renuncia del Dr. Teodosio Cabada como Catedrático Principal Interino de Historia de la Civilización para los alumnos de la Facultad de Ciencias Económicas.

ELECCION DE CATEDRATICOS PRINCIPALES TITULARES.

La Junta de Catedráticos, en sesión de 30 de mayo último y en ejercicio de la atribución que le acuerda la ley, eligió directamente: en acto secreto y por unanimidad de votos, como Catedráticos Principales Titulares de las respectivas cátedras que han venido sirviendo a los Profesores que se mencionan a continuación:

Dr. Luis Alberto Sánchez, de Literatura Americana y del Perú.

Dr. Luis F. Xammar, de Autores Selectos de la Literatura Universal.

Dr. Augusto Tamayo Vargas, de Historia de la Literatura Moderna.

DIRECTOR DE TRABAJOS DE ORIENTACION DE FOLKLORE.

El Dr. José Gálvez, fue elegido por la Junta de Catedráticos, en sesión de 28 de mayo ppdo. como Director de Trabajos de Orientación de Folklore.

ELECCION DE CATEDRATICO AUXILIAR.

La Facultad, en sesión de 18 de agosto, eligió al Dr. Carlos Velit, como Catedrático Auxiliar Interino de Elocución y Composición Castellana.

CENTRO FEDERADO DE LETRAS Y PEDAGOGIA.

En el mes de agosto se verificaron las elecciones de Delegados al Centro Federado, en los diferentes años de estudios de la Facultad, habiendo sido elegidos, por el primer año los señores José Carlos Mariátegui, José Casapía y Manuel Benites; por el segundo año los señores Justo Avellaneda, Hugo Sanguinetti, Carlos Wiese; por el tercer año la señorita Cecilia Giribaldi y los señores

res Julio César Pozo y Eduardo Ochoa; por el cuarto año los señores Alberto Rubio Fatacioli, Gustavo Pons Muzzo y Eugenio Arias Fiscalini.

La Directiva ha quedado constituida en la siguiente forma: Alberto Rubio Fatacioli, Secretario General; Julio César Pozo, Secretario del Exterior; José Casapía, Secretario del Interior; Cecilia Giribaldi, Secretaria de Economía; Gustavo Pons Muzzo, Secretario de Prensa y Propaganda; Justo Avellaneda, Secretario de Cultura; Manuel Benites, Secretario de Asistencia Social; Hugo Sanguinetti, Secretario de Deportes.

Los Alumnos, Delegados a la Federación de Estudiantes son: Alberto Rubio Fatacioli, Justo Avellaneda, José Casapía, Cecilia Giribaldi, Gonzalo Rose, Manuel Mejía Valera, Pedro Mendizábal y Eduardo Jibaja.

GRADO DE BACHILLER EN HUMANIDADES.

Con fecha 24 de mayo ppdo., optó el grado de Bachiller en Humanidades, doña Carmen Salas, quién sustentó en este acto, un trabajo intitulado: "Diez Danzas Indígenas en el Departamento de Puno".

La Facultad, confirió el grado de Bachiller en Humanidades a don Augusto Carrillo Huichi, en sesión de 30 de mayo último en mérito de la tesis que presentó, titulada: "Manuel González Prada a Través de Páginas Libres".

La señorita Lidia Rando Ramos, en sesión de 6 de junio del año en curso optó el grado de Bachiller en Humanidades, habiendo sustentado en este acto, una tesis intitulada: "La Ciencia Folklórica y su Aplicación Pedagógica en el Perú".

En sesión de 11 de julio ppdo. la Junta de Catedráticos confirió el grado de Bachiller en Humanidades a don Medardo Franco Calle, en mérito de la sustentación que hizo del trabajo que presentó intitulado: "Ensayo sobre el Misticismo y el Fanatismo como Valores de la Evolución del Pensamiento Humano".

Con una tesis intitulada: "El Romanticismo en la Argentina.— José Marmol" optó el grado de Bachiller en Humanidades, en sesión de 18 de julio, la señorita Thula Hurtado.

GRADO DE DOCTOR.

La Junta de Catedráticos, en sesión de 19 de julio ppdo. confirió el grado de Doctor en Pedagogía, especialidad de Historia y Geografía, al Bachiller don Antonio Alva y Alva, quién sustentó como tesis un trabajo intitulado: "Hacia una Interpretación Histórica,

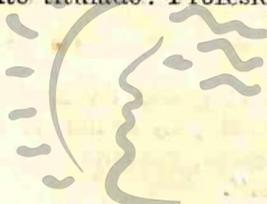
Pedagógica y Social del Colegio Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe. 1841-1919”.

La Facultad, con fecha 25 de julio último, confirió el grado de Doctor en Filosofía a don Neil A. R. Mackay, quién presentó con ese objeto una tesis titulada: Un Nuevo Concepto de la Naturaleza.—Introducción de la Filosofía de A. Whitehead”.

TITULOS DE PROFESOR DE SEGUNDA ENSEÑANZA.

La Junta de Catedráticos, en sesión de 11 de mayo ppdo. confirió a don Carlos Carrión Quijano, el título de Profesor de Segunda Enseñanza en Historia y Geografía, habiendo sustentado el graduando en este acto una tesis intitulada: “Los Equipos de Trabajo en la Enseñanza de la Geografía Humana y Económica”.

En sesión de 13 de julio último, la Junta de Catedráticos otorgó el título de Profesor de Segunda Enseñanza en Filosofía y Ciencias Sociales a don Marcial Vásquez Mejía, en mérito de la sustentación del trabajo que presentó titulado: Profesiogénesis”.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

ADVERTENCIA

LA CORRESPONDENCIA Y CANJE DE LA REVISTA DIRÍJASE A LA SECRETARÍA DE LA FACULTAD DE LETRAS. UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN MARCOS, CALLE DE SAN CARLOS No. 931.

LAS INSTITUCIONES A QUIENES ENVIEMOS LA REVISTA LETRAS SE SERVIRÁN ACUSAR RECIBO DE LOS NÚMEROS QUE LLEGUEN A SU PODER, A FIN DE CONTINUAR ENVIÁNDOLES NUESTRA PUBLICACIÓN. LA FALTA DE ESTE ACUSE DE RECIBO DETERMINARÁ LA SUSPENSIÓN DEL ENVÍO DE LOS NÚMEROS POSTERIORES.

ESTE ACUSE DE RECIBO NO ES NECESARIO SI LA INSTITUCIÓN DESTINATARIA, NOS FAVORECE CON EL CANJE DE SUS RESPECTIVAS PUBLICACIONES.





Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»